IRENE ADLER

SHERLOCK, LUPIN Y YO

CRIMEN en la CACERÍA del ZORRO

Londres, 1872. Irene está preocupada por su padre; en los meses del invierno el estado de ánimo de Leopold Adler se ha vuelto cada vez más sombrío. Para sacarlo de sus oscuros pensamientos, un amigo los invita a pasar unos días en el campo, donde la chica podrá dedicarse a la lectura y la equitación, mientras que su padre participará en una cacería de zorros. Pero, en aquel ambiente de calma aparente, un hombre desaparece y nadie lo busca. Irene comprende que algo no cuadra y les escribe una carta a Sherlock y Lupin pidiéndoles ayuda.

Irene Adler

Crimen en la cacería del zorro

Sherlock, Lupin y yo - 9

ePub r1.0
Titivillus 15.04.2019

Irene Adler, 2015
Traducción: Miguel García

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Crimen en la cacería del zorro

Capítulo 1. Los días grises

Capítulo 2. Dos sombras en la niebla

Capítulo 3. Una marcha sin ganas

Capítulo 4. Un viaje, dos libros

Capítulo 5. Camino de Devonshire

Capítulo 6. Un hombre soporifero

Capítulo 7. Caza del zorro

Capítulo 8. Un paseo muy movido

Capítulo 9. Velada en Ashfield Hall

Capítulo 10. El huesped desaparecido

Capítulo 11. Un mensaje urgente

Capítulo 12. La habitación número cinco

Capítulo 13. El pozo de las brujas

Capítulo 14. Un pueblo revuelto

Capítulo 15. Una cómica anécdota

Capítulo 16. Un magro botín

Capítulo 17. Una sorpresa en el bosque

Capítulo 18. Una piedra en el estanque

Capítulo 19. Casi una alucinación

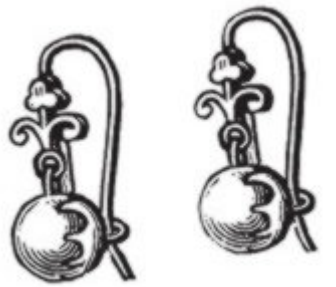
Capítulo 20. Una indagación londinense

Capítulo 21. Bajo los bastiones de Sebastopol

Capítulo 22. Del otro lado del abismo

Capítulo 1

LOS DÍAS GRISES



Esperaba la llegada de marzo como se espera a un salvador o, en el caso de chicas con principios mucho más sencillos que los míos, a un prometido.

Si el otoño había sido templado y agradable, hasta el punto de que casi me había convencido de que el detestable clima británico no estaba tan mal después de todo, el invierno de aquel 1872 me había envuelto como una telaraña y sus interminables días oscuros y neblinosos habían acabado por entristecerme.

De poco servían para alegrarme las luces de Londres que se encendían una tras otra en las calles en penumbra, ni las risas, a decir verdad no demasiadas, con mis amigos. El problema no era la oscuridad, y tampoco el frío que nos pinzaba la cara. Era el gris que, ofuscador e implacable, subía desde las aguas cenagosas del Támesis y las chimeneas de las fábricas y goteaba de las ramas negras de los árboles de Hyde Park. Hasta me parecía que los carruajes se movían más despacio y que de las puertas entreabiertas de los *pubs* no salía el habitual charloteo interrumpido por el choque de las jarras de cerveza, sino un afligido murmullo cargado de fatalidades inexplicables.

Tal vez no me hubiera sido tan difícil identificar las causas si solo le hubiera dedicado un poco de mi tiempo, pero lo cierto es que no he llegado a ellas con claridad hasta ahora, muchos años

después y teniendo sobre mi espalda las experiencias de una vida entera vivida en tantas situaciones de peligro y entre dos continentes. Por entonces, en aquel plomizo febrero, todo me parecía inmóvil, estancado y sin vida, incluido mi sueño de convertirme en cantante lírica que chocaba con la gris realidad: yo no era más que una de las numerosas hijas de buena familia de la ciudad que podían permitirse las clases particulares de la señorita Langtry.

Afortunadamente para mí, ahí estaba el señor Horace Nelson, nuestro mayordomo, para prestarme libros que yo devoraba y que a menudo me salvaban del tedio más invencible. O quizá, después de todos los secretos que habíamos compartido, sería más justo llamarlo mi cómplice en la familia. Sus preferencias literarias enriquecían el horizonte de mis lecturas, que, si hubiera sido por la profesora de Literatura, la señora Symonds, se habrían limitado a John Milton, Alexander Pope y Samuel Richardson. El preceptor que mi padre había elegido para mí, el señor Grimston, hacía poco que había añadido clases de Latín y Griego a las de Matemáticas, y el buen hombre, en las cuatro horas semanales de que disponía, intentaba persuadirme de la utilidad de repetir *rosa, rosae, rosam, rosae* y no sé qué más. Pero sus resultados conmigo eran, por decirlo de alguna forma, modestos.

Las causas, decía yo, de mi profunda desatención y de mi tristeza había que buscarlas muy cerca de mí y, como frecuentemente sucede cuando el sufrimiento parece inexplicable y muy hondo, estaban ligadas a mi madre. O, mejor dicho, a mis dos madres. Geneviève, la madre que ya no tenía, y cuya ausencia me pesaba más cada día aunque cuando todavía estaba viva, hasta aquella maldita noche en París, ella y yo nunca nos hubiéramos llevado demasiado bien. Y mi verdadera madre, tan imperturbable dentro de su dulzura, incapaz de contarme por qué me había abandonado, cuál era su historia y, por tanto, la mía. Sophie, de todos modos, había venido a verme en Nochevieja por invitación de mi padre, Leopold, que de esa forma había creído complacerme. Y me había complacido, pero en aquella fiesta, que por lo demás transcurrió en un ambiente alegre y cordial, nosotras no habíamos hablado mucho y yo me había resignado ya a la idea de que la distancia y aquellos secretos que había entre nosotras eran para

Sophie una manera de protegerme, aunque el deseo de descubrir de qué querría protegerme asomaba a menudo y con gran vehemencia entre mis pensamientos.

En todo caso, tenía joyas nuevas: un par de pendientes de perlas deliciosamente rosadas que hacían juego con el broche que Sophie me había regalado la Navidad del año anterior. Reposaban juntos en el fondo del cajón de la correspondencia de mi *secrétaire*. Era este un hermoso mueble de madera clara, con muchos cajoncitos a un lado y a otro de la escribanía central, en piel verde con borde dorado. El tintero y las plumas, los lápices y el abrecartas, todo tenía su sitio en aquel escritorio, al que me sentaba para redactar páginas y páginas de pensamientos que se deshacían sobre el papel como volutas de humo. Un poco como estoy haciendo en estos momentos, con igual espíritu dramático, pero con menos ingenuidad infantil.

Si me asomaba a la ventana, veía las hileras de tejados de Londres, semejantes al dorso de innumerables peces alineados como en los puestos del mercado. Si la abría y miraba abajo, a las aceras, imaginaba una turbia historia sobre cada paseante: si un hombre alzaba los ojos para observar una ventana, era un ladrón que estaba estudiando su próximo golpe, y si se tocaba la gorra, estaba transmitiendo información secreta a un cómplice situado al otro lado de la calle; si una ráfaga de viento le arrebataba el paraguas a una chica era para poder rozar después, en público, la mano de su amante, que se había precipitado a recogerlo. En aquel pasatiempo se adivinaban con claridad los efectos de mi frecuente trato con Sherlock Holmes, que había agudizado mi sentido de la observación, y con Arsène Lupin, que me había enseñado a desenmascarar los subterfugios de la gente.

Pero lo que, en aquel sombrío febrero, ciertamente no habría podido imaginar era lo que de verdad estaba sucediendo a poca distancia de mi casa. Y todavía hoy, si vuelvo al pasado con los ojos de la imaginación, me cuesta creerlo.

Es por ese hecho por el que debo empezar esta historia, por un crimen que no presencié pero que, como otros acontecimientos igual de terribles demostraron a continuación, tuvo que producirse más o menos como sigue.

Capítulo 2

DOS SOMBRAS EN LA NIEBLA

La niebla era cerrada, densa, y flotaba como una pálida criatura entre las ondas del Támesis y las luces de las pocas embarcaciones. Era de noche, y si había luna o estrellas no se alcanzaba a distinguirlas. Dos hombres caminaban despacio, uno junto al otro, entre los ruinosos restos de unos viejos almacenes. Muros corroídos, ventanas rotas. A los lados de la calle, una superficie de barro brillante y árboles esqueléticos de color carbón. El silencio que reinaba entre los dos tenía un algo de confidencial. Se conocían, pero no les gustaba hablar. Si un resplandor hubiese iluminado sus rostros y en aquel instante se hubieran cruzado con un transeúnte, este habría visto dos figuras apenadas, una de ellas aquejada de un horrible tic nervioso que la obligaba a dilatar sin control el ojo derecho mientras que el izquierdo, como extenuado, permanecía siempre cerrado. Pero, por desgracia, ninguna luz conseguía penetrar en aquella noche neblinosa y el lugar del encuentro había sido elegido deliberadamente para que no pasara nadie.

—No podemos seguir así… —murmuraba el hombre del ojo desencajado—. Mira en qué estado nos encontramos. He vendido mi casa. Y pronto venderé también mi consultorio… ¿De verdad quieres que me gane la vida… aquí?

—No hay nada de malo en cambiar de aires —contestó el otro, que caminaba unos pasos por detrás de él—. Yo mismo…

—¡Tú! —gritó el primer hombre, que escupió una saliva ácida que apestaba a cerveza—. ¿Tú… qué? Tú no tienes la menor idea de lo que significa… ¡perderlo todo! Un poco cada vez, como… partes de mí que veo pudrirse y luego despegarse… ¡como si de repente hubiera contraído la lepra!

—Por favor…

—¡La lepra! —repitió el otro, tambaleándose—. ¿Y sabes por qué? ¿Sabes por qué se pudren las cosas?

—Dímelo tú.

El otro se detuvo. Ahora oía, cerca del borde de su capa lleno de

barro, el chapoteo de las ondas del río…

—Por tu culpa. Porque tú estás podrido. ¡Y yo contigo! No debí…

—¿El qué? —lo interrumpió el otro en susurros—. ¿Qué no debiste?

—Aceptar —dijo el primero. Luego bajó la cabeza y se dejó dominar por una serie continuada de sollozos—. No… debí… aceptar…

Su acompañante le dejó llorar y sollozar, imperturbable, y luego, cuando oyó que el otro se limpiaba la cara en la manga del abrigo, le dijo:

—Pero aceptaste.

—Sí. Sí. ¡Sí! Acepté… acepté tu plan loco… pero ahora que veo las consecuencias… ahora que veo todas las consecuencias… ¡Te pido que volvamos atrás!

—¿Volver atrás? ¿Adónde? ¿A la guerra acaso?

—¡Volver atrás! ¡Confesar lo que hicimos! Confesar y… y… ¡librarnos del peso de toda esta podredumbre que nos persigue! ¿Es que no lo hueles a nuestro alrededor? ¿No hueles este hedor tremendo?

—Es el Támesis —contestó el otro tranquilo.

—¡No! ¡Somos nosotros! ¡Soy yo! Es el olor que llevo encima desde que te hice caso, desde que te creí, ¡desde que todos te creyeron! ¡Pero yo no quiero seguir de este modo! ¡Ya no quiero vivir así!

—Por eso te he pedido que nos veamos hoy aquí.

—Sí, vernos de noche, aquí, donde ni los perros vagabundos se atreven a refugiarse… ¡Como dos malhechores de la peor calaña! ¿No podíamos vernos en mi consultorio, como la última vez?

—¿No crees que este sitio es más apropiado para dos malhechores?

El hombre con el tic sorbió por la nariz, ruidosamente. Asintió, fuera de sí. Miró a su alrededor, indeciso, confundido.

—¿Qué quieres hacer, entonces? —preguntó, dándole la espalda a su compañero.

—Cumplir tus deseos —respondió el otro.

Su mano se deslizó bajo la capa y agarró un largo puñal sujeto a su cinturón.

—¿Vas a confesar, pues?

—El otro deseo.

—¿Qué…?

El vuelo de la capa restalló en la oscuridad como el ala de un cuervo mientras el hombre se arrojaba sobre su compañero. Lo agarró por las solapas y lo tiró al suelo, empuñando el arma.

—Acabas de decirme que ya no quieres vivir así —masculló rabioso, poniéndose a horcajadas sobre el otro—. ¡Que así sea, entonces!

Lo apuñaló una primera vez.

—Nada…

Una segunda.

—… de…

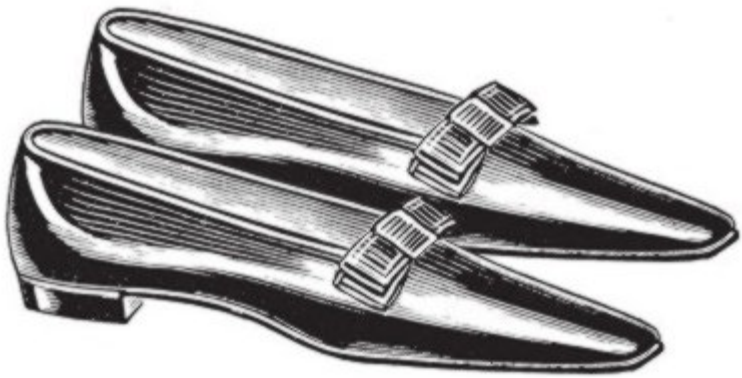
Y una tercera.

—… ¡vivir!

Y después lo empujó al río.

Capítulo 3

UNA MARCHA SIN GANAS



—Interesante, ¿no os parece? —comentó mi amigo Sherlock Holmes en nuestro lugar favorito de encuentro, la Shackleton Coffee House. Como solía suceder, apenas se le veía la parte alta de la cabeza, el resto estaba tapado por las hojas abiertas de la última edición de *The Times*. Sus manos de dedos largos, perfectamente cuidadas, y los zapatos, con suelas recién puestas pero muy gastados, cruzados sobre la mesita, eran los otros dos únicos elementos que podían apreciarse de él.

—¿Has encontrado una de tus minúsculas noticias escondidas? —le preguntó, con cierta ironía, Arsène Lupin, sentado a su lado. A diferencia de Holmes, Lupin había movido la butaca desfondada en la que estaba repantigado de modo que cualquiera pudiera verlo, es más, para que casi no se pudiera evitar verlo. Y del reposabrazos desde el que balanceaba una pierna, ceñida en un costoso pantalón a rayas grises y negras del que asomaban un calcetín que parecía de seda y un mocasín de piel estrechísimo, dirigía cada mirada hacia nosotros de una forma tan descarada que pasaba decididamente por arrogante. Por fin había prescindido del bigote postizo con el que,

en los últimos tres meses, se había hecho pasar por toda una serie de personajes que tenían en común su acento parisino, y había vuelto a ser el fenomenal imprudente que conocía. Y mientras Sherlock buscaba minucias en su rincón del periódico, él, apostado en la butaca, parecía un cazador: sus bellos ojos oscuros se movían sin parar, imperceptiblemente, en cuanto notaban que se acercaban pasos femeninos.

El periódico de Sherlock Holmes hizo ruido mientras que, con un movimiento de prestidigitador, lo doblaba en cuatro. Me dirigió una mirada (una mezcla de suficiencia y alivio por el hecho de que yo estuviera sentada allí, con ellos, y que no solo soportara sus manías, sino que además las encontrara incluso reconfortantes) y sonrió.

—No tan escondida, *mon cher*. Esta podrías hallarla incluso en París…

Arsène alargó el cuerpo desde su butaca para coger el periódico, pero yo fui más rápida que él.

—«Asesinato en el Támesis» —leí. Era el título de la noticia principal—. «El doctor Timothy Beresford, respetable médico de la capital, encontrado muerto hoy al alba en una sórdida ribera de la zona de
Jacob's
Island…». —Bajé el periódico y comenté—: Si era tan respetable, ¿qué hacía en un lugar tan terrible como
Jacob's
Island?

—Bien dicho —comentó Arsène—. Los médicos como es debido se quedan calentitos en casa por la noche.

—A menos que reciban un aviso urgente… —puntualizó Sherlock—. Pero no es el caso. Sigue leyendo.

Lo hice, recorriendo deprisa las líneas en diagonal:

—«Una carrera inmaculada, servicio en el ejército durante la guerra de Crimea, licenciado con honores, un consultorio muy reputado en Amwell Street».

—No es que esté muy cerca, pero si se tienen ganas de pasear… —observó Arsène con las manos cruzadas bajo la barbilla.

«Viudo sin hijos… brutalmente acuchillado… llevado por la corriente un corto trecho… un delito de una ferocidad inaudita…

probablemente un largo puñal…», leí para mí hasta la conclusión obvia, que silabeé en voz alta:

—«La policía anda a tientas en la oscuridad».

—Eso ya lo sabíamos. —Arsène se carcajeó. Miró a su amigo, que estaba rígido en su butaca—. ¿Y por eso lo encuentras interesante, Sherlock? ¿Quieres que vayamos tras el rastro del doctor…?

—Beresford —lo ayudé.

—Oh, no —respondió Sherlock muy calmado, como absorto en sus pensamientos—. Diría que no es el momento. Y decididamente sería poco elegante, ¿no crees?

Bajé el periódico, sonriendo. ¿Acaso era una de las raras amabilidades de Sherlock Holmes?

—No podemos empezar una investigación sin contar con la ayuda de Irene —terminó de decir.

Sí, era en realidad uno de sus momentos de gentileza. Aquella misma tarde, de hecho, yo iba a partir en tren a Devonshire para pasar unos días en compañía de mi padre y de un conocido suyo de juventud. Y no se puede decir que, ante la idea, yo resplandeciera de felicidad. Pero si el gris londinense me entristecía, mi padre se encontraba en dificultades todavía más deprimentes: en los últimos meses lo habíamos visto apagarse como una vela consumida y perder vigor en cada cosa que hacía. Ya no se enfurecía por las noticias de la Bolsa, no despotricaba, divertido, contra las recetas que la señorita Fowler nos ponía en el plato por las noches. Había engordado unos kilos, de mala manera, como hace quien duerme poco y está atormentado, su mirada se había vuelto huidiza y también su cabello se había debilitado.

—Oh, por supuesto que no —respondió Arsène—. Mientras estés en Devonshire, nuestro grupo investigador no moverá ni un dedo para curiosear en este o en otros delitos sin resolver…

—Bueno… —respondí—. No estoy segura de poder fiarme.

—¡Pues claro que puedes! —repuso Arsène—. Es más, debes. Y ten la bondad de hacer otro tanto si en tus vacaciones te tropezaras con… qué sé yo… con el famoso estrangulador de Hemyock…

Lo miré divertida. El nombre del pueblo al que me dirigía era exactamente el que acababa de mencionar Arsène: Hemyock, un lugar casi invisible incluso en los mapas más detallados. Y estaba

completamente segura de no haberlo pronunciado nunca delante de mis dos amigos.

—Y… —dije— ¿se puede saber cómo lo sabes?

Arsène retiró de inmediato las piernas del reposabrazos de la butaca y me miró con aquella expresión de niño pillado in fraganti que le conocía tan bien.

—Perdona, ¿saber el qué? —me preguntó, haciéndose el inocente.

—El nombre del pueblo —contesté—. No os lo había dicho.

—Ay, ay, ay… —comentó Sherlock, que lo había intuido todo y se disponía a disfrutar de la escena.

La cara de Arsène se puso púrpura.

—Quizá el señor Horace…

—Hum…

—O bien… —balbució—. ¡Ah, no, ya está! Es que el otro día pasé por el barrio en el que vives y me encontré casualmente con tu criada, ¿cómo se llama…?

—¡Arsène! —exclamé—. ¿Me estás diciendo que has importunado a la señorita Fowler para saber adónde iríamos estos días?

Sherlock rio, pero tuvo que tragarse inmediatamente sus carcajadas en cuanto Arsène rebatió:

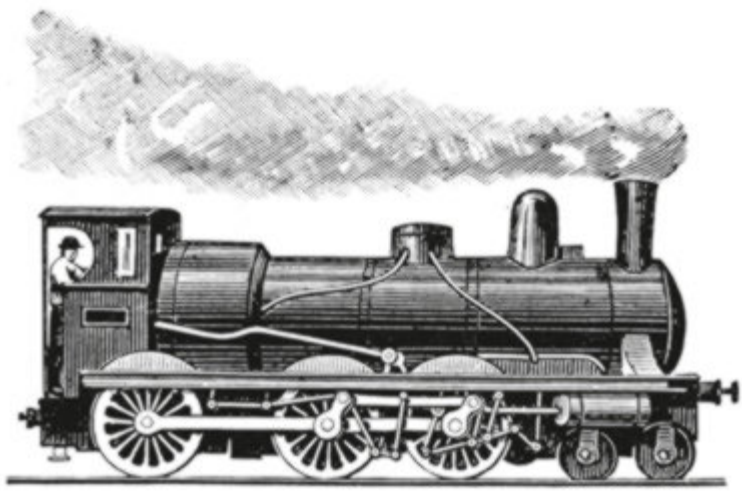
—Y tú, ¿a qué viene hacerte tanto el superior? ¿O es que quieres que le hable a Irene de tu uniforme de cartero?

—¿Uniforme de cartero? —Me alarmé—. Perdona, pero ¿qué hacías con un uniforme de cartero?

Lejos de darme una respuesta, Sherlock quitó los pies de la mesita, se levantó de la butaca y, disculpándose por no poder ir a despedirme a Victoria Station, salió de la Shackleton Coffee House.

Capítulo 4

UN VIAJE, DOS LIBROS



—Así pues… nos vemos dentro de una semana —dijo Arsène Lupin al detenerse en el gran vestíbulo de la estación. Parecía disgustado, o al menos pretendía para dar esa impresión. Estábamos rodeados por el vocerío confuso de los viajeros y ensordecidos a ratos por el bufido de las locomotoras. Mi tren estaba situado en la vía 5 y los mozos estaban cargando las últimas maletas. Me pareció ver al señor Nelson entre las personas paradas en el andén, pero había tal trasiego de gente que podía equivocarme. Mi padre, por su parte, debía de estar ya dentro.

—Pasará enseguida, ya verás… —le respondí, aunque no lo pensaba de verdad y me sentía insólitamente nerviosa, como si una simple partida para pasar unos días en el campo fuese algo más. Después, sin ningún motivo en particular, añadí—: Ya encontraréis algo que hacer sin mí.

—Oh, sí, eso seguro, aunque… —respondió él, y se encogió de hombros, como dejándolo estar. Luego suspiró—. Quizá venga mi

padre esta semana.

—¡Oh, es estupendo! ¿Hace cuánto que no os veis?

—Precisamente —respondió él—. ¿De verdad hay necesidad de verse? En todo caso…

Volvió a sonreírme, a mirar el andén y a los mozos. La sombra que había atravesado sus ojos al pensar en su padre, un artista de circo con un pasado no del todo limpio, se esfumó al instante y su mirada brilló de nuevo.

—He pensado que si los días en el campo no son tan intensos como dicen… y te faltara alguna emoción…

Se metió una mano en el bolsillo del gran abrigo azul que había lucido todo el invierno y agarró por el lomo un libro, que me entregó.

—¡Infame! —exclamó una voz en aquel preciso momento.

Nos volvimos para mirar, no sin cierta sorpresa, a nuestro amigo Holmes, que había aparecido en el andén.

—¿Y tú qué haces aquí? —le inquirió Lupin.

—¡Lo mismo que tú, diría! —contestó Holmes, acercándose. También tenía en la mano un libro y Arsène, cuando se dio cuenta, intentó devolver el suyo al fondo del bolsillo—. ¡Déjame ver!

—¡Dijiste que no vendrías! —replicó Arsène.

—¡Y tú que la idea de regalarle un libro para el viaje era una estupidez! —rebatió Sherlock.

—¡Depende del libro!

—¡Depende de lo que digas!

Parecían dos viejas ocas de largo cuello disputándose un sitio bajo el sauce llorón. Cuando comprendí lo que había ocurrido, no pude por menos que reírme.

—¡Chicos, chicos! —exclamé, parándolos. Me metí entremedias de sus brazos, que habían levantado el uno contra el otro. Al rato me encontré abrazada por ambos y a ambos los abracé, haciendo que cejaran. A un lado tenía la nariz de Sherlock, que me rozaba parte de la cara, y al otro la barbilla de Arsène. Les estrechaba sus espaldas delgadas, nerviosas, y las alejaba y acercaba al mismo tiempo.

—Ha sido…

—Él dijo…

—Él no habría debido…

—¡Fue idea mía!

Se debatieron aún unos instantes.

—Chicos —susurré en ese momento—, me alegra que hayáis venido ambos a despedirme a la estación. Pero no me voy para siempre. Solo serán unas pequeñas vacaciones… y ni siquiera para mí, sino para mi padre.

Solo entonces parecieron percatarse ambos de lo juntos que estábamos, y en plena estación londinense de Victoria. Sensiblemente abochornados, sus cuerpos se pusieron rígidos.

—Y me alegra, sobre todo, que los dos me hayáis traído un libro… —seguí diciendo, mientras aflojaba los brazos y los dejaba libres. Miré primero a Sherlock y luego a Arsène y añadí—: ¡Espero que no sea el mismo!

—No lo creo —dijo Sherlock.

—Pues claro que no —recalcó Arsène.

Detrás de nosotros silbó un tren. Y una voz, aquella vez sí la del señor Nelson, llamó:

—¿Señorita Irene? ¡Señorita Irene!

—¿Me… los dais? —pregunté a mis dos amigos, tiesos como los guardias de Buckingham Palace.

Me entregaron los libros, ambos encuadernados en tafilete rojo, sosteniéndolos los dos con la portada hacia abajo.

Se miraron.

Yo cogí los libros, leí rápidamente los títulos y sonreí.

—¿Y bien? —me preguntó Arsène—. ¿Es el mismo?

—¡Infame! —lo injurió Sherlock.

—¡Tranquilos! Son libros distintos —les aseguré—. ¡Lo cual es una bendición, teniendo en cuenta lo aburrido que puede ser el campo!

—Sí, pero… —empezó a decir Lupin.

—¡A callar! ¡Basta de discusiones! —lo interrumpí para luego mirarlos a ambos con expresión cómicamente severa. Sentía mi corazón ligero como un puñado de plumas—. Sois los dos unos tesoros…

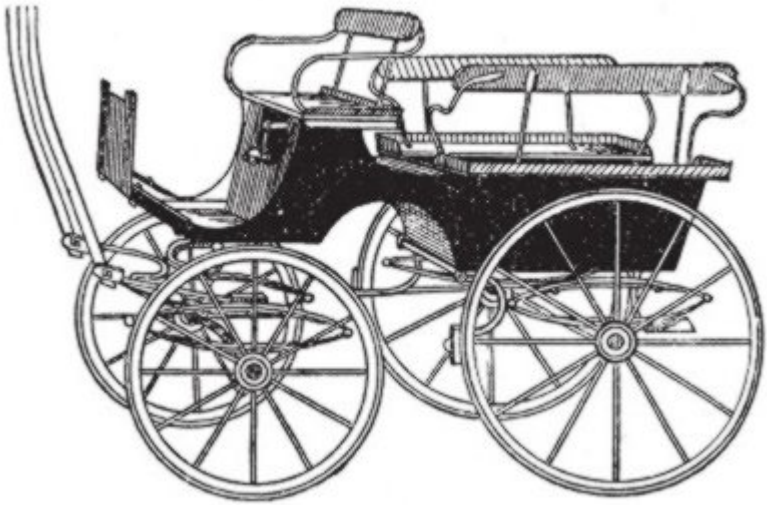
Les di un largo beso en la mejilla a uno y otro mientras me guardaba los dos libros bajo el abrigo.

Luego me volví y, radiante por primera vez desde el comienzo del año, corrí por el andén hasta donde tronaba la voz del señor

Nelson.

Capítulo 5

CAMINO DE DEVONSHIRE



—¡Mire esto, Horace! ¡Mire qué noticia! —exclamó un rato después mi padre, arrugando el periódico que leía.

Viajábamos los tres en el mismo compartimento para cuatro, pese a los reparos del señor Nelson, que habría considerado más oportuno sentarse en otro coche, y las últimas casas de la periferia de Londres pasaban perezosamente junto a la vía. El cielo, conforme nos acercábamos al campo, iba volviéndose cada vez más terso, aunque al cabo de un par de horas (eran casi las tres) se oscurecería. ¿Era cierto, pues, lo que escribían algunos estudiosos, que el aire de Londres era especialmente denso por el humo y retenía el mal tiempo sobre la ciudad?

Temía que la exclamación de mi padre hubiese sido provocada por la misma noticia que Sherlock nos había señalado en el café, pero me equivocaba por completo. Se había fijado en un suelto minúsculo que informaba de que la señora Charlotte E. Ray era la

primera mujer de color en licenciarse en Derecho por la Universidad de Howard.

El señor Nelson leyó la noticia y asintió satisfecho, aunque sin añadir ni una palabra.

—¡El progreso, Irene! La humanidad… —mi padre se cogió la barbilla entre los dedos y se quedó así, como sosteniéndosela, mirando por la ventana. Después, cuando se le fue algún pensamiento, me preguntó—: Y tú ¿qué estás leyendo?

—Oh, yo… —titubeé un tanto cortada. Los dos libros de mis amigos estaban sobre el asiento del tren, uno junto al otro. Y al menos uno de los dos estaba considerado más bien inconveniente para una chiquilla de mi edad.

—Yo, señor, estoy leyendo… *Varney el vampiro* o *El festín de sangre* —contestó por mí el señor Nelson, fingiendo que aquel libro era suyo—. Del señor James Malcolm Rymer.

Como era de prever, mi padre hizo una mueca de desagrado.

—Oh, Dios mío, Horace… ¿cómo puede llenarse la cabeza con tales necedades?

—Es un simple pasatiempo, señor Adler —respondió él—. Una lectura para distraerme.

Leopold asintió, aunque en realidad fuera incapaz de comprender que alguien leyera por simple disfrute personal.

Yo levanté el otro libro, rápida.

—*La dama de blanco*, de Wilkie Collins —dije—. Una historia ambientada en el campo…

—Ah —dijo mi padre—. Entonces perfecta para el lugar al que vamos.

No me pareció oportuno especificar de qué trataba la historia. Mientras el tren proseguía su marcha entre el verdor, me sumergí en las páginas del libro, preguntándome quién de los dos me lo habría regalado. Una frase me impresionó tanto que la anoté en el margen. El protagonista, como me sucedía a mí en aquel preciso momento, tenía «la vaga sensación de haber perdido de repente la familiaridad con el pasado sin adquirir con ello mayor clarividencia respecto al presente o el futuro». Era una manera absolutamente perfecta de describir mi estado de ánimo después de la reciente visita de mi madre Alexandra Sophie.

Me hacía falta de verdad un poco de aire campestre, me dije. Y

árboles, bosques, arbustos y fierecillas que corrían a esconderse detrás de troncos musgosos y te observaban luego con aquel miedo maravillado que tienen los animales frente a los seres humanos.

—¿Horace? —le pregunté al mayordomo cuando el tren empezó a detenerse—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto, señorita Irene.

—En los últimos días, ¿no se habrá cruzado por casualidad con mi amigo Sherlock Holmes…? —Vacilé, dudando sobre cómo seguir.

—¿Disfrazado de cartero? —terminó la pregunta por mí el señor Nelson. Luego negó con la cabeza—. No, señorita Irene. No me he cruzado con él en absoluto.

El tren se averió a la altura de Taunton, a causa de lo cual llegamos a nuestro destino con un par de horas de retraso y con el cielo completamente negro para entonces. Fuimos los únicos en bajar del tren y nos encontramos en una estación mínima, compuesta por poco más que una casa. La oscuridad del campo era tan cerrada que nos costó localizar, al otro lado de la plazoleta a la que daba la estacioncita, un pequeño carruaje esperando. De él salía un suave ruido de ronquidos; como era evidente, el cochero enviado por nuestro anfitrión había renunciado a comprobar a qué hora llegaría el tren y, arropado con una manta, se había tumbado en los asientos.

El señor Nelson lo despertó sin miramientos y el hombre, al ver junto a él a aquel gigante negro, muy probablemente creyó que había terminado de cabeza en el infierno. Pero luego, ya más despierto, se deshizo en una serie de disculpas y reverencias e insistió en cargar personalmente todo nuestro equipaje en el calesín, cosa que el señor Nelson le dejó hacer sin intervenir. Rodamos por una carreterita sin luces, flanqueada por dos filas de setos altos, al otro lado de los cuales se intuía la presencia de amplios prados en los que se erguían árboles seculares. Embocamos un sendero en el que las ramas se entrecruzaban encima de nuestras cabezas, formando una especie de túnel bordado con estrellas, y después atravesamos lo que debía de ser el pueblo de Hemyock propiamente dicho: un puñado de casas de piedra con altísimas chimeneas usadas en esos momentos, la luz de las velas de una posada de la que surgía cierto ambiente festivo, y un río que murmuraba bajo el

puente en arco. Las colinas de alrededor eran poco más que sombras indistintas que se recortaban contra el cielo despejado y oscuro, con la salvedad de una, al lado opuesto al que nos dirigíamos, en la que se veía una gran mansión iluminada por fuegos.

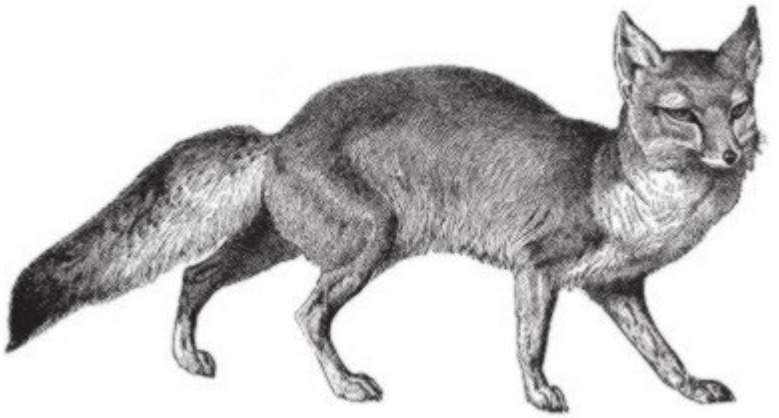
—Aquello es Ashfield Hall —nos explicó el cochero—. La residencia de lord Inglethorpe.

—¿Acaso hay una fiesta? —le pregunté al ver todas aquellas luces.

—Todavía no, pero supongo que está haciendo los últimos preparativos… —contestó, más bien misteriosamente, orientando el caballo hacia una gran verja de la que partía un camino de grava. Pocos minutos después nos detuvimos delante de la hermosa casa campestre de nuestro anfitrión.

Capítulo 6

UN HOMBRE SOPORIFERO



Nos recibió en la puerta su mayordomo con ese malhumor respetuoso que caracteriza a los sirvientes ingleses. Pese a que su función le prescribiera permanecer impasible ante cualquier circunstancia, a la vista del señor Nelson el hombre se permitió alzar una ceja en expresión de sorpresa. Evidentemente, en la aislada campiña el aspecto de nuestro leal mayordomo resultaba aún bastante insólito; y, en efecto, durante los días de nuestra estancia en Hemyock no pude por menos que notar cuánto más noble resultaba a mis ojos el señor Nelson, con su perfecta compostura y su discreta elegancia, que los altivos sirvientes de los Ralston, incluido el mismo dueño de la casa.

Conscientes de nuestro retraso, cruzamos despacio algunas estancias en penumbra.

—Me temo que no tendremos tiempo de cambiarnos para la cena… —le susurré a mi padre.

Él ni me respondió. El altivo mayordomo nos abrió una puerta que debía de ser la del comedor y nos introdujo en una vasta sala llena de espejos, en la que bramaban las llamas de una gran

chimenea y una única persona estaba sentada, bastante desconsolada, a un extremo de una larguísima mesa ya puesta.

—Señor Ralston, los señores Adler… —anunció con una leve inclinación.

Luego me deslumbró un doble destello: el del dorado de los marcos en las paredes y el de la plata de la cubertería sobre el mantel.

—Se lo ruego, señorita Adler… sabe cuánto valoran las formalidades los nobles rurales… —me murmuró en ese momento Horace, que se separó de nosotros para quedarse en el lugar que le permitía su función—. Trate de comportarse como una señorita muy correcta.

Me volví para intercambiar con él una sonrisa y luego seguí a mi padre hasta la mesa del señor Ralston.

—¡Leopold! —exclamó este último, en voz un poquito demasiado alta.

—¡Clarence! —le devolvió el saludo mi padre, que caminó hacia él con las manos tendidas, como si fuera a estrecharle las dos.

En cambio, se encontró abrazado por su viejo amigo y reaccionó, con cierto esfuerzo, con un par de palmadas en la espalda.

—Cuánto tiempo ha pasado, ¿eh?

—¡Sí! ¿Cuánto?

—¿Quince años? ¿Más?

Se miraron a los ojos, largamente, pero sin verdadera profundidad, y luego el señor Ralston se dirigió a mí:

—Y tú debes de ser la jovencísima Irene.

—Depende del punto de vista —le contesté con una media reverencia y una sonrisa afable—. Entre los indígenas de Madagascar, catorce años es ya edad de casarse.

Lo vi paralizarse un instante y advertí el crujido de la madera bajo los pies de mi padre. Fue cuestión de un segundo, pero después el señor Ralston nos tranquilizó con una potente carcajada, me agarró de la mano y me condujo hasta el que sería mi sitio en la mesa. No separó la silla para mí y eso confirmó mi primera impresión: el amigo de mi padre no era en absoluto un noble venido a menos, de antiguo linaje, dedicado tal vez a fundirse el capital familiar en algún nuevo hallazgo de la técnica o en una

extravagante patente. Nada de eso: era un comerciante o un industrial que había hecho dinero, había adquirido la casa en la que vivía y se había establecido en el campo viviendo de rentas, remedando las maneras de los nobles, haciendo muestra de ellas en vez de vivirlas y delatando, en cada gesto, su origen burgués. El cual, por supuesto, no tenía en sí nada de malo salvo el hecho mismo de querer esconderlo fingiendo ser lo que no se es.

Francamente, no habría sabido decir cómo me di cuenta nada más entrar en el salón, pero fue como para la cocinera que, con solo entrar en una cocina, de un vistazo sabe lo que se está quemando o dónde hay que añadir sal de inmediato. Para sostener su puesta en escena, el señor Ralston habría debido, en primer lugar, aprender a quedarse callado. En cambio, tras un par de intentos fallidos por ganarse mi simpatía, había renunciado y se había concentrado en mi pobre padre, bombardeándolo con noticias y hechos carentes de interés en su mayoría, que denotaban la estrechez del horizonte que era capaz de observar. Y, si me resultaba evidente a mí, quién sabe cómo se estaría maldiciendo mi padre por haber aceptado la invitación de aquel hombre tan distinto a él.

Pero los motivos por los que aquellas vacaciones en la plácida campiña de Devonshire resultarían ser cualquier cosa menos descansadas me eran aún desconocidos aquella noche.

La doncella acababa de servirnos un plato principal de caza, tal vez faisán, con guarnición de puré de zanahorias y chirivías, cuando el señor Ralston nos preguntó si habíamos visto las luces en la propiedad de Ashfield Hall.

—Vaya si las hemos visto… —respondió mi padre, al que el vino tinto, generosamente servido por el dueño de la casa después de decirnos su precio, le había coloreado las mejillas con un bonito tono lozano—. Da la impresión de que se prepara una fiesta realmente espléndida.

El señor Ralston rio con ganas, haciendo que casi se le fuera por otro lado un bocado.

—¡Oh, Leopold! ¡Menudo bromista estás hecho! ¿Una fiesta, dices? Pero cómo, ¿no recuerdas lo que te escribí?

Mi padre se quedó visiblemente perplejo y dejó los cubiertos sobre la mesa. Tal vez no se acordaba de verdad… O bien no se lo había creído.

—Pero no dirás en serio que… —dijo despacio.

—¡Pues sí! —rugió su amigo—. ¡No me preguntes cómo, pero ese diablo de lord Inglethorpe lo ha conseguido! Convocó a lord Trelawney en persona, ¿sabes? Lord Trelawney, el maestro de caza de Dartmoor, y obtuvo de él un permiso especial, ni me atrevo a pensar cuánto le habrá costado, para organizar una caza del zorro fuera de temporada. ¿No has notado la animación que hay en el pueblo? Se esperan más de doce jaurías, ochenta invitados, quizá cien… Y naturalmente… ¿podía perderse tal ocasión tu viejo amigo Clarence?

Mi padre esbozó una sonrisa tímida.

—¿Podía perdérsela?

Claro que no, pensé, envidiando su vaso de vino. Jamás había bebido alcohol hasta entonces, pero sabía que el vino era una bebida que podía provocar somnolencia. Y somnolencia era lo que habría necesitado para soportar el cariz de aquella conversación.

—¡Claro que no! —exclamó el otro—. Y puesto que cada invitación es para dos personas… ¡Aquí estás tú!

—Oh, pero Clarence… en realidad… ha pasado mucho tiempo desde que…

Mi padre se rascó la cabeza confundido. Y verlo así fue una novedad para mí. Lo conocía alegre, cómplice, enfadado, distante, triste, pero nunca le había visto enfrentado a su propia indecisión. Me dieron ganas de preguntarle de qué había pasado mucho tiempo. ¿Cómo se habían conocido aquellos dos? No lo sabía… Pero temí que una pregunta así por mi parte en aquel momento resultase inoportuna. Habría dejado ver, al menos, que mi padre nunca me había contado gran cosa de nuestro anfitrión y que yo, al recibir la invitación, tampoco me había apresurado a interesarme por él.

—¿Qué es lo que oigo, Leopold? ¡Con tu habilidad como jinete!

Ante aquella revelación, solté:

—¿Tú, papá? ¿De veras?

—Oh, bueno… nada de lo que… es decir, sí, era bueno, pero…

—¿Bueno? ¿Bueno? ¡Mucho más que bueno! —lo interrumpió Ralston—. ¡Tu padre era un fenómeno! Y si no hubiese sido por aquella caída… ¿no es cierto, Leopold? Fue la rodilla, ¿verdad?

Mi padre asintió.

—Y, así, adiós competiciones importantes.

Era la primera vez que oía mencionar aquel aspecto de la vida de mi padre y en mi fuero interno deseé que Ralston siguiera hablando, pero mi padre no parecía tener la misma intención.

—Eres muy amable, Clarence, pero no creo que me apetezca participar en una caza del zorro en toda regla después de todos estos años.

—¡Papá! —exclamé—. ¿Y por qué no? Quiero decir…

Me interrumpí confundida, y no añadí más. Me debatía en mi interior: por un lado me agradaba la idea de ver a mi padre a caballo; por otro, me oponía totalmente a aquella clase de actividades.

—¿Has oído lo que dice tu hija?

Mi padre me miró. «Puedes ir, si te apetece», intenté decirle con los ojos.

—El hecho es, Clarence, que Geneviève… quiero decir, mi mujer… era del todo contraria a la caza del zorro. Siempre la consideró una barbarie típicamente inglesa.

—La caza del zorro, señores míos, es el deporte fundacional de nuestra nación —sentenció el señor Ralston en aquel punto—. Si no existiera, las granjas y el campo entrarían en decadencia y el capital que los nobles y los burgueses más adinerados invierten en ella estarían a menudo en el extranjero. Hay cincuenta mil jaurías de perros solo en Inglaterra. Y por cada jauría hay por lo menos cien caballos. La vida media de un caballo para caza es de cinco años y su precio medio, cien libras esterlinas, y eso significa que cada año los cazadores se gastan trescientas mil libras con quienes se ocupan de los animales, es decir, los campesinos. ¿No es verdad, Leopold? La caza del zorro es un deporte para hombres que aman su tierra, no como esos jovenzuelos que por la mañana desayunan en Londres y luego comen en Leicestershire, tras un viaje en tren. La caza del zorro produce riqueza: directamente, mediante la cría de caballos, e indirectamente, mediante la circulación del dinero de todos los participantes, como ocurre estos días aquí en el pueblo gracias a una ocasión tan fuera de lo común. ¿No estás de acuerdo, Leopold?

Mi padre dudaba ahora, con la expresión ofuscada en la cara que le provocaba el pensar en Geneviève y que yo le conocía bien a aquellas alturas.

—Tal vez hubiera que preguntarle al zorro si está de acuerdo…

—susurré para mí.

—¿Cómo dices, tesoro? —me preguntó mi padre.

Levanté la cabeza de sopetón.

—Reflexionaba sobre las palabras del señor Ralston, papá.

Lo vi cruzar las manos delante de la boca y por aquel gesto comprendí que tenía vía libre para seguir hablando.

—Y me preguntaba si también una mujer, o mejor dicho, una chica, puede tomar parte en ese pasatiempo.

Como preveía, el señor Ralston meneó la cabeza con energía.

—Ninguna señora debería cazar si no sabe antes cabalgar, lo que significa, entiéndase bien, no estar simplemente en la silla, sino saber llevar cualquier tipo de caballo, galopar, saltar vallas y obstáculos, saber separar a los perros cuando se muerden y… resistir la fatiga de una larga persecución.

—Tengo entendido, sin embargo, que la reina Ana, mujer de Ricardo II, era una excelente cazadora… —repliqué en voz baja.

El rostro del señor Ralston se puso púrpura.

—Sí, pero… ¡aquello era el siglo XIV!

—¿Y?

Él agarró el vaso y exclamó:

—La caza del zorro es un instinto natural en el hombre, ¡en el hombre, eso es! ¡Y lo que es salsa para el ganso no puede ser también salsa para las ocas!

—Pero, puesto que tanto los gansos como las ocas saben nadar… —rebatí a aquel refrán tradicional del campo—, creo que también una mujer podría ir de caza, lo mismo que un hombre. De todos modos, no importa, señor Ralston. No tengo la menor intención de participar en su caza, pero sí que me complacería que mi padre aceptara.

—¡Ah, los jóvenes de hoy! —exclamó el señor Ralston, dejando de pronto y con poca elegancia su puesto a la cabecera de la mesa para ir a la chimenea encendida—. ¡Santo cielo, los jóvenes de hoy! ¿Un cigarro, Leopold?

Mi padre me miró divertido.

—Y no te atrevas a decirme que tampoco fumas puros, ¿eh? —tronó una última vez el señor Ralston antes de dejarse caer como un fardo en un sillón Chippendale de doscientas guineas.

Capítulo 7

CAZA DEL ZORRO

Para quien no esté habituado, el particular silencio del campo tiene algo de enigmático. No es un verdadero silencio, porque, prestando atención, se perciben sonidos lejanos, insinuados: bisbiseos, crujidos, gemidos, goteos que, sin embargo, al oírlos todos a la vez se funden unos con otros en un único fondo sonoro que resulta bastante descansado, sobre todo para quien vive en la ciudad. Mi primera noche en Hemyock dormí profundamente y sin soñar, salvo con la vaga imagen de una mujer vestida de blanco, huidiza, que se me había quedado de la novela que estaba leyendo.

Al despertarme, me bastó una ojeada por la ventana para

acordarme de la conversación de la noche precedente y de que, en el fondo, le había mentido a nuestro anfitrión: aunque me sentía muy contraria a la idea de perseguir a un pobre zorro con jaurías de perros furiosos y caballos al galope, me atraía la idea de participar en aquella cacería fuera de temporada. No por el resultado que nos esperaba, ¡pobre animal!, sino por el modo en que se llegaba a él. Espié con cierta envidia los dos caballos que estaban almohazando en el patio y las bonitas sillas de cuero colocadas sobre el vallado del jardín. Dos caballos, vi con placer. Así pues, ¿al final mi padre había cedido a la invitación?

Dentro de mí lo deseaba, entre otras cosas porque así tendría ocasión de hacerle mil preguntas. Oí el ladrido de perros lejanos, y puede que también el eco de un cuerno, pese a lo temprano de la hora (creo que eran poco más de las cinco) y me apresuré a salir de la habitación.

Al pasar por delante de la de mi padre, noté que la puerta estaba entornada y, por la rendija, entreví al señor Nelson abrochándole los botones de su atuendo. Me detuve a mirarlo, asombrada.

Llevaba una chaqueta larga roja con alamares en los puños, un estrecho pantalón blanco y unas botas de cuero abrillantadísimas. Un pañuelo de seda que le había regalado Geneviève resaltaba su largo cuello y dibujaba la línea elegante del mentón. El cabello, peinado hacia atrás, se veía reluciente y oscuro. Debí de demorarme demasiado observándolo, puesto que Leopold se percató de mi presencia y entonces me miró a través de la puerta entreabierta. Vi que se formaba en sus labios una palabra que ya no quería que pronunciara: «Perdona». Así que me adelanté:

—Estás muy bien, papá. Nunca te había visto tan guapo.

Y era verdad.

—¡Listo! —exclamó el señor Nelson tras abrochar el último botón.

Bajé al piso inferior, donde el mayordomo que nos había recibido la noche anterior me indicó que el desayuno estaba preparado y me acompañó a la misma sala en que habíamos cenado. Ya no había nadie, y no estaba previsto que hubiera alguien más salvo yo. La cacería empezaba pronto.

Hice que me sirvieran una jarra de leche y pan caliente con mermelada, y observé entretanto los preparativos en el patio. El

señor Ralston lucía una barriguita nada envidiable, tenía ojeras negras y, para subirse a la silla, tuvo que ayudarlo el mozo de cuadra. Agarró las riendas con impaciencia, haciendo saltar a un lado su montura.

—¡Ah, quieto, bestia! —se le escapó antes de recobrar la compostura.

Me reí al verlo tan inseguro sobre el caballo; ¿acaso un perfecto cazador de zorros no debería saber montar en cualquier tipo de cabalgadura?

Mi padre, en cambio, se subió de un único y agraciado movimiento y, en cuanto tuvo las riendas en la mano, lució una sonrisa de chiquillo.

Salí a despedirlos un momento antes de que se marcharan: mi padre me dio un beso y después ambos se dirigieron juntos por el camino de grava hacia la colina de Ashfield Hall, de donde provenía el ladrido de los perros.

—Imagino que también la señorita querrá contemplar la cacería… —intervino una voz justo a mi espalda. Era el mayordomo, quien, en cuanto el señor Ralston desapareció detrás de los olmos, había abandonado como por arte de magia su expresión mustia.

—Bueno… —contesté—, me gustaría mucho, pero no veo cómo.

—Desde la cima de Witham Mound, aquella colina de allí, se disfruta de una óptima vista de todo el valle —continuó el mayordomo—. Me he permitido hacer que limpiaran nuestra Champion & Wilton. Con montura a la amazona —especificó.

—Por supuesto —dije yo.

—Si hace el favor de seguirme, señorita, le enseñaré nuestros caballos. Tenemos dos potrillas absolutamente encantadoras para pasear por el campo, a no ser que prefiera el paso más nervioso de nuestro King Lear.

—Oh, no —respondí, mientras el corazón me brincaba en el pecho—. Una de las potrillas irá perfectamente…

—Por aquí, se lo ruego —me dijo sonriendo el mayordomo, e hizo un gesto al mozo.

Cuando pasé por delante de la puerta de entrada, el señor Nelson me agarró una mano.

—Señorita Irene… supongo que ha pensado en lo que está

haciendo, ¿no es cierto? ¿O debo recordarle que no sabe cabalgar?

—No sé si sé cabalgar o no, querido Horace, puesto que nunca lo he probado.

—¿Y de veras cree que esta es la mejor ocasión?

—En algún momento tendré que comenzar, ¿no?

Horace suspiró, como solía hacer cuando comprendía que no lograría impedirme hacer algo que consideraba totalmente inconveniente.

—Creo mi deber confesarle, no obstante, que los caballos y yo no nos llevamos nada bien… sobre todo si no van uncidos a las varas de un bonito carruaje.

—No le estoy pidiendo que venga conmigo, si es lo que le preocupa.

—No es solo eso lo que me preocupa…

Adelanté el cuerpo para darle un beso en la mejilla.

—¿Ha visto cómo cabalga mi padre? —le pregunté para tranquilizarlo—. ¡Quién sabe si no habré heredado un poco de su talento!

—Así lo espero, señorita —dijo por último el señor Nelson, mordiéndose el labio.

Y yo también lo esperaba cuando entré en las cuadras. En un rincón había un caballo que resoplaba nervioso y golpeaba el suelo con la pezuña. *King Lear*, sin duda. El mayordomo y el mozo se habían parado frente a los *paddocks* de dos potras más tranquilas, que me miraron con sus grandes ojos líquidos. Sin pensarlo, señalé la más alta de las dos y pedí que la ensillaran. Se llamaba *Gladys*.

Subí a cambiarme, me vestí con la ropa más cómoda que tenía y, cuando volví al patio, encontré a *Gladys* lista, esperándome.

Di dos vueltas alrededor de ella, preguntándome por qué lado montar. La silla era distinta de la de mi padre y solo tenía estribo en un lado.

—¿Puedo ayudarla, señorita? —se ofreció el mozo.

—¡Oh, no es necesario, se lo agradezco! —le contesté. Quería hacer todo yo sola. Pero no sabía realmente cómo proceder.

Me acerqué a la yegua y lo primero que hice fue acariciarle el hocico, justo en medio de los ojos. Ella torció las orejas hacia mí y rumió con sus grandes labios negros cerrados.

—Yo diría que le cae bien, señorita… —murmuró el mozo.

—¿Tiene una zanahoria? —le pregunté. Cuando él me pasó una, se la ofrecí a *Gladys* sin dejar de acariciarla.

Agarré las bridas y empecé a andar con ella, en círculo, por el patio. Quería acostumbrarme al sonido de sus cascos, a su altura, a sus movimientos. La llevé a la parte trasera, donde estaba segura de que nadie me veía y, una vez allí, me arriesgué por fin a subirme a la silla.

No hace falta decir que, un instante después, estaba por los suelos.

Me hicieron falta una decena de intentos para poner las piernas en aquella estúpida silla de amazona. En cuanto noté que *Gladys* caminaba debajo de mí, me invadió una extraña sensación de euforia. ¡Iba a caballo!

Pero el entusiasmo se mezclaba con el malestar. Estaba decididamente incómoda y me dolía cada centímetro de las posaderas antes incluso de haber dejado la residencia del señor Ralston. Había algo en aquella silla y en aquella manera de montar que no me agradaba en absoluto.

—Sé que podrá parecer una petición extravagante —le expliqué al mozo cuando desmonté de *Gladys* delante de él—, pero… en vez de esta Champion & Wilton de amazona, ¿no tendría una silla corriente… de hombre?

Él me miró y observó mi larga falda, estupefacto. Entonces, con una sonrisa, dijo:

—¿Y también un pantalón?

Capítulo 8

UN PASEO MUY MOVIDO

Aquello ya era otra cosa. Sentada orgullosamente a horcajadas sobre *Gladys*, una pierna a un lado y la otra al otro, y su gran panza caliente, tranquilizadora, por debajo de mí, enfilé el sendero que el mayordomo me había indicado. Veía el camino entre las orejas de la yegua y solo tenía que torcer un poco las riendas a un lado o a otro para que ella cambiara de dirección. Se lo había visto hacer a tantos cocheros que me parecía el movimiento más natural del mundo. Nos encaramamos así por un espeso bosque de árboles latifolios, gran parte de ellos aún desnudos. Bajo los cascos de *Gladys* había una blanda alfombra de musgo y hojas. Dejé a mi espalda la casa del señor Ralston y el pueblo a mi izquierda para adentrarme en la reluciente vegetación. El sol matinal se colaba entre las ramas y creaba en torno a nosotras temblorosas monedas

de luz. La yegüita respiraba despacio y de sus narices ascendían delicadas nubes de vapor. Me parecía totalmente natural ir a caballo, como si no hubiese hecho otra cosa en mi vida. Tal vez había algo de cierto en las teorías de las que había oído hablar, según las cuales cada uno lleva dentro de sí lo que ya conocen sus progenitores. Sabía montar a caballo. Y no sentía el menor miedo.

El aire a mi alrededor era cortante y ahora podía oír con mayor claridad el ladrido de muchos perros en la vertiente opuesta del valle y la llamada de los cuernos. Sabía poco, en verdad, de cómo se desarrollaba una caza del zorro, pero, en determinado momento, cuando salvaba un arroyo, oí un toque de cuerno más fuerte que los demás y luego resonó un grito en el valle: «*¡TALLY-OH!*», seguido por el retumbar amortiguado de muchos caballos en movimiento. Y comprendí que aquella debía de ser la señal de inicio.

Me sentí dominar por cierta sensación de urgencia al saber que en alguna parte de las inmediaciones había jaurías de perros con la nariz pegada al terreno, en busca de olores y madrigueras, y jinetes con chaqueta roja que saltaban vallas y galopaban por los prados, y a cada rumor en el bosque que me rodeaba casi esperaba ver aparecer un zorro en fuga. Le di un ligero golpecito a *Gladys* para que avanzara más deprisa por el camino y pronto desemboqué en una cresta herbosa desde la que tenía una mejor imagen del campo circundante. Cuando vi a un grupo de jinetes de blanco y rojo atravesando un largo prado por la parte de Ashfield Hall, se me hizo un nudo en la garganta al pensar que mi padre pudiera estar entre ellos. Vi jaurías de perros aullando que se internaban en un bosquecillo y a jinetes detrás de ellos, y luego, ¡hop!, allí estaban saltando los setos que separaban el prado del campo contiguo.

Era un espectáculo trepidante. Busqué en los bolsillos de mi vestido los pequeños gemelos que el mayordomo del señor Ralston me había prestado y, tratando de convencer a *Gladys* de que estuviese quieta, quise seguir la caza desde mi posición. Durante unos segundos lo logré, pero luego me distraje observando el paisaje a mi alrededor: los tejados del pueblo, las filas ordenadas de setos, las callecitas serpenteantes, los plácidos rebaños de ovejas que salpicaban los prados de las colinas más elevadas.

Reanudé la marcha en dirección a la que me parecía la cima de la colina con la esperanza de haber entendido bien las indicaciones

que me habían dado. Una vez en lo alto, disfruté del panorama, observé otras jaurías de perros, los oí ladrar frenéticos y responder a los largos reclamos de los cuernos. Veía, a lo lejos, la línea oscura del ferrocarril e imaginé que me encontraba en el lado largo de un triángulo invisible que unía la casa del señor Ralston con Ashfield Hall por un lado y, en el valle que tenía frente a mí, con el pueblo de Hemyock por el otro.

Decidí, pues, bajar por aquel lado con la idea de torcer luego a la izquierda para volver a la verja de la casa del señor Ralston. Y es lo que hice durante toda la hora siguiente, sin encontrar nunca dificultades en conducir a *Gladys* a donde deseaba. Y fue precisamente entonces, en el momento en que sentía que toda la tensión se desvanecía atemperada por el calor primaveral de aquella excursión por el campo, cuando me caí de la yegua.

No fue culpa mía. O al menos no del todo. Acontecieron algunos hechos en rápida sucesión. El primero fue que, mientras recorría un sendero de la colina, bordeando uno de los bosques de la propiedad de Ashfield Hall, creí vislumbrar con los gemelos un caballo blanco entre la vegetación (dada la estación, muchos árboles y arbustos estaban aún deshojados), sin jinete, atado a un árbol junto a lo que me pareció un viejo muro de piedra. La cosa me intrigó, porque era un caballo muy bonito, elegante, con una espléndida silla a la que habían sacado brillo hacía poco y que llevaba el monograma «I» marcado a fuego en el cuero. Pero, como entre mi posición y aquella en que había entrevisto el caballo había una profunda hondonada, decidí bajar por el lado en que me encontraba con la intención de subir luego por la otra parte y echar un vistazo de cerca. Llegué, así, a una carreterita mayor en medio de los campos y, una vez allí, torcí a la derecha en dirección a un viejo cobertizo cubierto de musgo casi por completo.

Había hecho que *Gladys* no diera ni diez pasos cuando casi nos arrolló un carro cargado de sacos que había salido de detrás de los setos. Al vernos, el conductor maldijo, pero no hizo el menor gesto para frenar al caballo ni para cambiar de dirección. Es más, vi que apretaba las riendas con sus manos blancas y delgadas y las sacudía con violencia para aumentar el paso de su montura. Yo di un tirón de las riendas de *Gladys* y la espoleé, haciéndola brincar a un lado. Era mi primer salto a caballo, y tan inesperado que perdí el agarre

de las riendas y los pies se me escurrieron de los estribos. Rodé por la hierba blanda, a escasa distancia de los setos y las pezuñas de *Gladys*, y me levanté de inmediato para insultar a aquel patán, que ni siquiera había hecho el menor amago de aminorar la marcha.

Entonces vi que algo brillante rodaba por el carro y caía a tierra en medio de la hierba.

—¡Bruto! —grité una última vez, tocándome las costillas para asegurarme de que seguían todas en su sitio.

Gladys me miraba preocupada.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Va todo bien?

Tardé unos segundos en comprender exactamente lo que había ocurrido: el carro del labriego ya se había alejado por la carretera con aquel patán fustigando el caballo una y otra vez como si lo persiguiera el diablo. Me habría gustado ser yo el diablo en cuestión, pero no me veía capaz de perseguirlo a caballo. Así que fui hasta donde había visto brillar algo y recogí del borde de la carretera una tabaquera de plata, vacía, con dos iniciales grabadas en la tapa: *N. N*. Un objeto verdaderamente insólito para un carretero del campo.

Me acordé después del caballo atado en el bosque y, no lejos de donde me encontraba, hallé el muro de piedra, pero el caballo ya no estaba.

Como si nunca hubiese estado. O como si alguien lo hubiera hecho desaparecer.

Regresé a casa del señor Ralston a pie, llevando a *Gladys* de la brida, preguntándome el motivo de toda aquella prisa y, sobre todo, rumiando acerca de aquella pequeña caja de plata que ahora guardaba en mi bolsillo. Mi mente, para entonces entrenada en las fantasías más improbables, trabajaba a toda velocidad tratando de vincular entre sí el misterioso caballo, el carro y la tabaquera, pero sin ningún resultado apreciable. Salvo uno, un auténtico golpe de suerte: al rehacer el sendero que había recorrido aquella mañana me encontré de nuevo en Witham Mound, en el mismo punto panorámico desde el que había observado primeramente la caza del zorro. No habían pasado más de veinte minutos desde que me había caído y todavía estaba furiosa por el modo en que había ocurrido. Cogí los gemelos para mirar alrededor e inesperadamente…

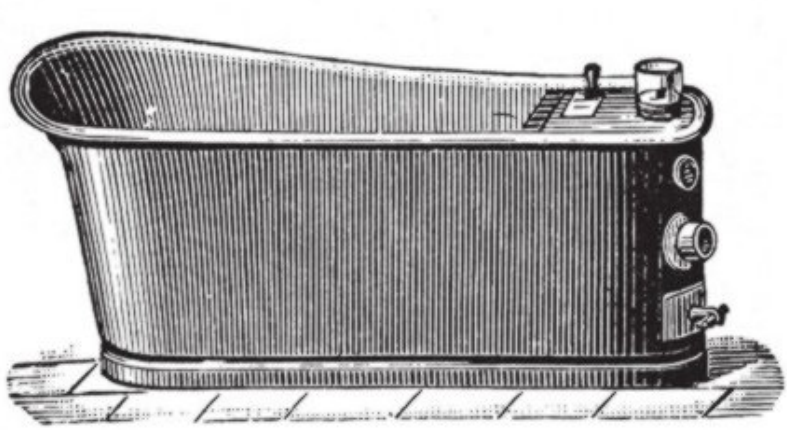
—¡Ahí estás! —me dije, creyendo reconocer a aquel maleducado carretero. Según parecía, casi me había embestido solo para detenerse en el fondo del valle, por la parte de un bosquecillo de robles—. ¿Se puede saber a qué venía tanta prisa?

En el momento exacto en que pronuncié aquella pregunta, el campesino, con las solapas subidas y el sombrero ladeado sobre el rostro, saltó de nuevo al pescante y desapareció entre los árboles con su carro vacío.

—¡A saber adónde corre ese tipo! —me dije, bajando los gemelos.

Capítulo 9

VELADA EN ASHFIELD HALL



Los cazadores volvieron poco antes de que oscureciera y aquel martes por la noche lord Inglethorpe dio una gran recepción en Ashfield Hall, a la que todos nosotros estábamos invitados.

Entre mi vuelta a casa, un largo baño en la excelente bañera familiar de cobre y una última comprobación de mis moratones (tenía uno, enorme, entre el trasero y el costado derecho), casi no tuve tiempo de hablar con mi padre. Me puse el único vestido elegante que había llevado conmigo, de un azul encendido que relucía como un topacio, y me adorné mi corto pelo, tan insólito en una señorita, con una diadema de brillantes que había pertenecido a Geneviève. Consideré ponerme también los pendientes que me habían regalado por Navidad, pero al final los dejé en el joyero.

Sentada en el carruaje con mi padre, tuve que apretar los dientes para no quejarme cada vez que las ruedas pasaban por un bache y me dolía el moratón. Pero, por suerte, como había imaginado, fue un trayecto breve.

Ashfield Hall nos recibió con su imponente arquitectura neopaladiana: la piedra clara con la que estaba construida la

mansión, en grandes bloques macizos, las majestuosas columnas laterales de la entrada, el tejado y las paredes en escuadra, los enormes ventanales iluminados desde el interior y con cortinajes oscuros que parecían párpados entornados. Habían encendido grandes braseros para acoger a los invitados a la cacería, aunque gran parte de ellos se alojaban en las estancias de la espaciosa residencia. Una patriótica bandera inglesa ondeaba perezosamente junto a la puerta, cuyo tímpano estaba coronado por un lema en latín en letras doradas que no alcancé a leer.

Dentro, llenaban la casa un murmullo de personas y vasos, los destellos de luces y cristales, y los pasos de los muchos invitados, atenuados por las alfombras de pasillo de lana roja. El conjunto era muy elegante, pero teñido de una pizca de irrealidad, como cuando en una habitación perfectamente amueblada se encuentra un objeto fuera de lugar. Que tal vez, en aquel caso, era yo.

Fui recibida, no obstante, con profundas reverencias y con el ofrecimiento de una copa de cristal que mi padre miró como ordenándome de forma tácita que no me atreviera a llevarme a los labios. Es lo que hice de inmediato, en cambio, y el cosquilleo de aquella bebida, que olía a pepino y hojas de menta, me hizo estremecer.

—Bienvenida a Ashfield Hall —me saludó entonces una voz ronca, de timbre bastante bajo.

Me volví y vi a un hombre con uniforme de oficial.

—En esta velada con demasiados hombres, es un placer dar la bienvenida a una muchacha tan espléndida.

Lo observé con atención, sintiendo una mezcla de desconfianza y de lisonja al recibir su cumplido, al que respondí con toda la formalidad de que era capaz, reconociendo en él, sin necesidad de presentaciones, al dueño de la casa, el excéntrico lord Inglethorpe.

Me lo esperaba más alto, o más delgado, de movimientos flexibles como los de mi amigo Lupin y una mirada diferente, quizá tan incisiva como la de Sherlock. En cambio, lord Inglethorpe era poco más alto que yo, robusto pero no corpulento, con manos grandes y nudosas. Pero lo que me dejó estupefacta fue su rostro, surcado por profundas cicatrices que, como líneas en un mapa antiguo, rodeaban los ojos y las cejas y cortaban el labio superior de parte a parte.

Me esforcé por no fijarme demasiado en sus heridas y le dejé completar el besamanos con que me había acogido en Ashfield Hall, felicitándole por la idea de la cacería fuera de temporada.

—¡Ha hecho falta un *terrier man* para sacar de su guarida a nuestra presa! —dijo riéndose lord Inglethorpe—. Pero al final hemos podido.

Fingí que me impresionaba, pese a no tener la menor idea de qué era un *terrier man*, y dejé que lord Inglethorpe se dedicara a saludar alegremente a sus demás invitados, aunque sin poder despegar los ojos de aquel rostro, cuya afabilidad contrastaba con las cicatrices que tenía.

Casi había conseguido degustar mi primera copa cuando una de las pocas mujeres presentes en la recepción se acercó a mí y me dijo:

—¿Quién habría pensado que podría ver reír así a Edward?

Era una señora de mediana edad, deslumbrante de joyas y ataviada con un crujiente vestido gris.

—Tal vez esté especialmente contento por el *terrier man*… —le contesté.

—De haberlo sabido antes, habríamos organizado una caza del zorro fuera de temporada todos los años… —siguió diciendo la señora.

Por un instante me pregunté si no estaría conversando con *lady* Inglethorpe, pero por suerte ella misma se presentó como prima suya inmediatamente después.

—*Lady* Westmacott… —la saludé con una pequeña inclinación —. Me llamo Irene y soy hija de Leopold Adler, aquel señor de allí. Somos huéspedes del señor Ralston.

—Ah, claro —respondió ella, fingiendo que lo conocía. Después añadió—: Debe perdonarme, pero, como vivo en Londres y raramente vengo aquí, no conozco a nadie.

—Entonces ya somos dos, *lady* Westmacott —le dije sonriendo.

—Podemos hacernos compañía, pues. Porque… debo confesarle, señorita, que ignoro por completo todo lo referente a la dichosa caza del zorro…

—Magnífico, *lady* Westmacott…

—¿Me está diciendo que tampoco usted…?

—No solo no sé nada… —susurré, divirtiéndome—, sino que,

me temo, estoy profundamente en contra.

La señora soltó un hondo suspiro.

—¡Ah, menos mal! —exclamó—. ¡Creía que era la única en Ashfield Hall! Y se lo dije a Edward, de hecho; ¿qué va a hacer allí una señora como yo, en medio de todos esos cazadores, oficiales del ejército y héroes de guerra? Pero él insistió mucho y heme aquí de nuevo en Wyndham Lodge, nuestra vieja casa llena de corrientes. ¡Hacía diez años que no ponía el pie en ella! Pero era lo mínimo que podía hacer después de todo lo que ha sufrido Edward. ¿Sabe, verdad, que fue un héroe en la guerra de Crimea?

—Debo confesarle que no, *lady* Westmacott. Aunque habría podido imaginarlo, dadas las circunstancias…

—Se refiere a las cicatrices, ¿no es cierto? Pues piense que no son nada, señorita Adler. ¡Pobre Edward! La guerra fue su tragedia. Y, además de la suya, fue la tragedia de todos los Inglethorpe, de los que ya solo queda él. Pero ¿cómo negarse? Después de lo que habrá visto, de sobrevivir… y de haber tenido la fuerza de recobrarse, él solo, aquí, en esta casa inmensa…

—Lord Inglethorpe… —murmuré mientras nacía en mi corazón, por fin, una creciente curiosidad. Acepté cogerme del brazo de *lady* Westmacott y conseguí que, durante la hora siguiente, me contara todo lo que sabía acerca de él. Y era mucho, a decir verdad.

Por las palabras de la señora, que tenía interés en precisar que ella y su primo, desde pequeños, no habían sido especialmente íntimos, ni siquiera amigos, supe que Edward Inglethorpe era el último, así como el único, descendiente de una rama menor de la familia Inglethorpe, que tenía en la finca de Ashfield Hall su sola fuente auténtica de riqueza. Según parecía, los padres de Edward habían llevado una vida muy retirada, eligiendo la gran casa como refugio, templo de su amor y baluarte contra el transcurso del tiempo. Reservadísimos, no recibían nunca a nadie, prefiriendo vivir apartados en su finca. No se ocuparon personalmente de la educación de Edward, quien, criado por un aya y atendido por la servidumbre de Ashfield Hall, muy escasa, fue enviado de muy pequeño a la Monmouth School, un prestigioso internado del que solo regresaba a casa para pasar las fiestas de guardar. Su madre enfermó cuando él no había cumplido aún los quince años, y al poco tiempo murió. Su padre la siguió al verano siguiente. *Lady*

Westmacott dijo que murieron de soledad y dolor, pero mucho más probablemente de frío, dado que insistían en encender lo menos posible las chimeneas de Ashfield Hall, convencidos como estaban de que el frío clima inglés era ideal para templar el cuerpo y el espíritu.

A los diecisiete años, por indicación de su tutor, Edward se matriculó en la escuela de oficiales del ejército de Su Majestad, que para él fue como un segundo internado. Tenía veinticuatro años cuando partió a la guerra de Crimea, para participar en la masacre en la que soldados ingleses, franceses y saboyanos disputaban a los rusos la salida al mar Negro. Edward se consumió con los demás oficiales en el fango de Sebastopol a las órdenes de lord Raglan, un nombre que a mí no me decía nada todavía, y con aquellos hombres mitad ingleses y mitad franceses (*lady* Westmacott consideraba a los italianos, en sustancia, franceses más simpáticos) asaltó la colina Malakoff.

La señora pronunció aquel último nombre como una especie de conjuro, «¡Malakoff!», haciendo que se me helara la sangre en las venas, y me explicó luego que aquella fue la batalla que decidió la suerte de toda la guerra. Más que la carga de caballería de Balaclava, más que la derrota de Redan. En su boca, todos aquellos nombres sonaban de una manera curiosa, entre épicos y folclóricos, pero de algún modo yo conseguía seguir el desarrollo de los acontecimientos. Por mis lecturas, sabía que la guerra de Crimea había sido una prueba espantosa de los horrores y los sufrimientos que los hombres son capaces de infligir a otros hombres, hasta tal punto que fue precisamente allí, entre aquellos miles de heridos, donde la señorita Florence Nightingale fundó su cuerpo de enfermeras de socorro que, en años venideros, sería conocido en todo el mundo como Cruz Roja.

Aquel martes por la noche, sin embargo, la historia que me relató *lady* Westmacott fue la de un joven oficial solitario y desafortunado que resultó mortalmente herido en la batalla decisiva, que sobrevivió y fue curado sin recuperarse nunca del todo y cuyas cicatrices se prolongaban desde su rostro hasta el punto más hondo de su alma.

—Volvió a Ashfield Hall con la cara desfigurada…, la voz rota… y sin ningún recuerdo de su pasado, y se sometió a una larguísima y

dolorosa convalecencia, quedándose solo a menudo en esta inmensa propiedad, como habían hecho sus padres antes que él…

Por ese motivo *lady* Westmacott estaba particularmente contenta de verlo reír aquella noche, satisfecho con su caza del zorro en época de veda, como si su primo hubiese aprendido de nuevo, esas fueron sus palabras, a aferrarse a la vida.

—Quizá se resuelva a salir de esta casa de vez en cuando… —murmuró la mujer—. Y a venir a verme alguna vez más a la ciudad. Figúrese que, en todos estos años, solo lo ha hecho en una ocasión, hace pocos días. No es que yo esperase una gran asiduidad, dado que, como le he dicho, nunca hemos estado muy unidos, pero… la verdad es que, aparte de mí y de algún primo aún más lejano, a Edward no le queda nadie en el mundo. Y el hecho de oírlo reír es una gran alegría para mí.

Cuando terminó de hablar había pasado ya buena parte de la velada. Habíamos picoteado algunos canapés de bandejas de plata, sin querer sentarnos a la gran mesa de los cazadores y admirar la cabeza del zorro presentada para la ocasión, y habíamos elegido para nuestra larga conversación una salita apartada con un diván un poco más blando que los demás. Había tenido que enrollarme al cuello un largo chal, dado que el frío penetraba por los postigos a nuestra espalda, pero me había quedado escuchando a *lady* Westmacott hasta el final. En algo tenía razón sin duda: las comodidades no eran propias de Ashfield Hall.

—Y… ¿hasta cuándo se quedará, *lady* Westmacott? —le pregunté poco antes de que nos despidiéramos.

—Hasta mañana, creo, cuando, si Dios quiere, volveré a mi adoradísima civilización. ¿Y usted?

—Hasta finales de semana —respondí con un deje de preocupación.

Ella me puso una mano sobre la pierna, sonriéndome.

—Ánimo.

Después de lo cual, la señora y yo nos levantamos y nos unimos a los demás invitados. Mi padre me dijo que me había buscado por todas partes y me presentó a algunas personas que había conocido en la cacería. Pero no tardé en intuir que se había estado aburriendo mortalmente hasta aquel momento. Por suerte, tampoco el señor Ralston parecía disfrutar de ninguna conversación

interesante, es más, lo esquivaban con cortesía, por lo que no pasó mucho rato antes de que nos despidiéramos.

—¡Señor Lemon! —ordenó entonces lord Inglethorpe cuando nos despedía—. Los abrigos de los señores Adler y Ralston. Y el de la señorita, naturalmente.

Estrechó de forma vigorosa la mano de mi padre y, como si continuara una conversación que hubieran mantenido en la mesa, le dijo:

—En eso quedamos, entonces. Espero que pronto volvamos a vernos.

Mi padre sonrió sin decir nada, tal vez para evitar que Ralston se entrometiese. Se volvió para coger cuanto antes el abrigo que el sirviente de lord Inglethorpe le tendía y me invitó a hacer otro tanto. Pero, al entregarme el mío, el señor Lemon se sobresaltó y, con la cara congestionada, lo dejó caer.

—¡Señor Lemon! ¡Ya le he aconsejado que guarde reposo! —le echó en cara lord Inglethorpe, quien cogió mi abrigo antes de que tocara el suelo y me lo tendió—. Acepte mis excusas, señorita Adler.

—No tiene importancia —repuse yo.

Y después, de una manera totalmente involuntaria, mi mirada se encontró con la del sirviente y, aunque no podría jurarlo, me pareció que los grandes ojos oscuros de su cara pálida me miraban con desconfianza.

Fuera cual fuese el motivo de aquella rápida mirada tan desconcertante que me había dirigido el señor Lemon, me olvidé de ella inmediatamente después, cuando, una vez en casa, me hundí otra vez en un sueño poblado de recuerdos y visiones pintorescas que por la mañana se desvanecerían.

Capítulo 10

EL HUESPED DESAPARECIDO

El bastón de mi padre tenía una cabeza de oca en plata por puño y golpeaba la tierra con su punta de hierro. Aquella mañana, aprovechando el sueño pesado del señor Ralston, habíamos conseguido burlar su vigilancia y concedernos un largo paseo por los bosques. Y era casi mediodía cuando divisamos, al final del camino, el letrero de la Pale Horse Inn.

—La verdad, Irene… —decía mi padre, insólitamente locuaz y muy a gusto en un traje de terciopelo de caballero rural— es que me encantan los caballos, pero detesto todo lo que los rodea. ¿Quieres saber cómo fue la caza? Un aburrimiento mortal. La única e indudable ventaja de todo fue la de mantenerme lo bastante lejos de mi amigo Clarence y de sus conversaciones…

—Ahora podría chantajearte por esa afirmación —le contesté.

—Y yo correr la voz de que mi guapa hijita está buscando marido —replicó él diabólico.

—¡Papá! —exclamé horrorizada.

—¿No es lo que le dijiste al señor Ralston cuando te presentaste? —me recordó él.

—¡Hablaba de Madagascar! Era solamente para dejar las cosas claras… —repuse.

Proseguimos nuestro paseo hasta la posada, una vieja casa de madera con todos los muros torcidos y una hiedra trepadora que había crecido hasta enrollarse alrededor de las chimeneas. El sol nos había regalado otro día resplandeciente y por la puerta de entrada salía un aroma tentador.

—Lo otro que te contaba… —siguió diciendo mi padre— es que, en la velada de ayer, con todos esos personajes notables del campo, ¡me sentí tan incómodo que ni siquiera hice honor a la cena, excelente, de lord Inglethorpe! Y pretendo remediarlo lo antes posible… —Plantó el bastón ante la puerta de la posada y dijo—: El caballerizo del señor Ralston sostiene que aquí el *steak and kidney pudding* de la casa es el mejor de la comarca.

—¿Acaso habrá saboreado algún otro? —le pregunté.

—Quién sabe. Pero vale la pena probar, ¿no crees?

Y sin más tardar, con el estómago agradablemente estimulado por el paseo mañanero, entramos.

El mesón de la Pale Horse Inn estaba compuesto por cuatro habitacioncitas de madera con mesas y sillas distintas entre sí. Una vieja pátina de humo cubría los vidrios por dentro y el olor de la carne al fuego había impregnado las vigas y el suelo. Cuando entramos aquel miércoles por la mañana, había un solo parroquiano, que sostenía una intensa conversación con el dueño de la posada, y dos perros enroscados cerca de la puerta.

Elegimos una mesa y después nos acercamos al mostrador para pedir: pudin de carne para ambos, una cerveza para mi padre y limonada para mí.

Cruzamos un gesto de saludo con el otro cliente, que era, como supimos más tarde, el doctor Finchley, el médico del pueblo, y nos sentamos en nuestras sillas. Cuando el patrón volvió de su incursión a la cocina, los dos reanudaron su charla y no pude evitar captar algunos retazos de la conversación.

El posadero estaba furioso con uno de sus clientes (bajó la voz para comentar que probablemente era un amigo de lord Inglethorpe que había venido para la cacería), que la noche anterior no había vuelto a su habitación.

—¡Y pensar que me había pedido de forma expresa una pierna de cordero y una botella de jerez!

Por lo tanto, no era cierto que hubiera venido para la cacería, anoté yo mentalmente, porque de otro modo también habría estado invitado a la recepción nocturna en Ashfield Hall y no habría pedido la cena.

El asunto, a juicio del otro hombre, era raro, pero no preocupante. El tipo llevaba allí desde hacía dos días y había dejado su equipaje en la habitación; eso hacía pensar que regresaría.

—Si no es así —aconsejó—, si tampoco hoy da señales de vida, lo mejor es advertir a la policía de Sidmouth y contarles lo sucedido, querido Sheppard.

—No es que tenga mucho que decir sobre él… Es forastero, como he mencionado, y cuando no estaba en su cuarto paseaba por el campo… —precisó el posadero. Luego dejó de secar con un trapo

los vasos, abrió un gran libro de registro y leyó—: Aquí está: «Señor Nathaniel Neele».

Al oír aquellas palabras, no pude evitar sobresaltarme, y mi mano corrió a la tabaquera con las iniciales *N. N.* que todavía guardaba en el bolsillo.

—¿Todo bien, Irene? —me preguntó mi padre.

—¡Lo he encontrado! —exclamé en voz alta en ese momento—. ¿Ha dicho Nathaniel Neele?

El posadero y su interlocutor se volvieron a mirarme.

—Ayer por la mañana —proseguí—. ¡Conducía un carro, y corría como un loco!

—Ayer por la mañana el señor Neele desayunó en la posada… —puntualizó el hombre, repentinamente en alerta.

—Sería mediodía —concreté.

—¿Y se paró a hablar con él? —me preguntó el doctor Finchley.

—¡No! Me tiró del… —Miré a mi padre y me corregí sobre la marcha—. Me tiró el sombrero… ¡pasando como una flecha por mi lado con el carro!

—Entonces ¿se conocían? —preguntó el posadero sorprendido.

—¡No! No sé en absoluto quién es —contesté—. Pero puedo decirle que, unos veinte minutos después, estaba al otro lado del valle, ya saben, donde…

Me esforcé por explicarles en qué punto se había producido el encuentro y qué dirección había tomado, pero me di cuenta de que, mientras hablaba, los dos me miraban con creciente escepticismo.

—Parece el Pozo de las Brujas… —le dijo el médico al posadero, pero luego negó con la cabeza, nada convencido—. Si no se detuvo, y ustedes no se conocían, ¿cómo sabe que era precisamente el hombre del que hablamos?

Entretanto, llegó el pudin.

—Se le cayó una tabaquera con las iniciales… *N. N.* —aclaré.

—¿Y tiene consigo esa tabaquera? —me preguntó entonces el posadero.

—No —mentí, oliéndome un engaño—. La he dejado en casa. Pero puedo traérsela, si quiere.

Mi padre me miró admirado.

—No me habías contado todas estas cosas…

Los dos del mostrador parecían no haberse creído ni una sola

palabra de lo que había contado. Y aún menos cuando, mientras me atracaba de pudin, que era realmente excelente, les describí al señor Neele tocado con un gran sombrero, con un abrigo y el cuello alzado y… ¿Y qué más?

—Sostenía las riendas con manos blancas, delgadas… las de quien no está acostumbrado al trabajo físico… —terminé, radiante por haber rescatado de mi memoria aquel nuevo detalle.

—Ah, esa sí que es buena… —rezongó el posadero—. ¿Y para qué iba a ponerse el señor Neele un sombrero así?

—¿Y qué me dices del carro? —lo apoyó el otro—. ¿Te dijo cómo llegó aquí, Sheppard?

—Olía a tren —contestó Sheppard, volviendo a coger el trapo—. Así que me da que, pese a su bonita historia, señorita, debe de estar equivocada.

—Ah, desde luego… —intervino mi padre—. Entre otras cosas porque no es seguro que esa tabaquera sea suya a la fuerza… Después de todo, las iniciales *N. N.* pueden significar muchos nombres.

—Exactamente, señor mío —concordó Finchley—. Y el tipo del carro podía ser alguien de paso…

—¿A esa velocidad? —insistí.

—Por suerte, todavía vivimos en un país libre, señorita, en el que podemos conducir los carros un poco a la velocidad que queramos… —se burló el señor Sheppard, que nos dio la espalda.

—Borrico —murmuré para mí, dando por concluida la conversación.

—¡Resígnate, viejo amigo! ¡Has alojado a un listillo que se ha escapado para no pagarte la noche! —sacó en conclusión el hombre del mostrador.

—¡Eso es lo que me parece a mí, doctor! —estuvo de acuerdo el señor Sheppard, mientras que yo, desanimada, meneaba la cabeza.

—¿Qué hay de raro en eso, Irene? —me preguntó mi padre.

—Se escapa para no pagar una noche… ¿y deja su equipaje en la habitación? —le hice notar en voz baja—. No tiene sentido, ¿no crees?

—A lo mejor sí —contestó Leopold—. Pero puede que no nos corresponda decidirlo a nosotros.

«Así es», pensé en ese momento. Pero no pude evitar sentir de

nuevo, a mi alrededor, aquella extraña atmósfera enrarecida y, de algún modo, errónea, que había percibido en Ashfield Hall. Me pareció que, después de mi breve intrusión, la conversación entre el posadero y su cliente había perdido autenticidad, y el pudin mismo había perdido su sabor en mi boca.

Sabía ya perfectamente lo que me ocurría, y para entonces había aprendido muy bien cuándo debía seguir mi sexto sentido. Cuando volvimos a casa del señor Ralston, cogí papel y pluma y escribí de un tirón:

Queridísimos Sherlock y Arsène:
Me duele informaros de que tengo la rotunda convicción de que en este somnoliento pueblo de Devonshire está sucediendo algo que merecería toda nuestra atención…

Capítulo 11

UN MENSAJE URGENTE

—¡*Lady* Westmacott! ¡*Lady* Westmacott! —grité, atravesando la pequeña estación a la carrera.

El tren para Londres estaba detenido en el andén y la locomotora resoplaba, sobrecalentada, pero afortunadamente la prima de lord Inglethorpe no había subido aún al vagón. La detuve cuando acababa de poner el pie en el estribo y ella, al oír mi voz, se volvió para mirarme con curiosidad.

Desde el vagón de cabeza, el revisor nos gritó algo que no entendí. Corrí hasta la señora y casi la abracé, porque, si no la hubiese visto, mi plan se habría ido al garete inmediatamente.

—¿Qué sucede, querida? —me preguntó ella, en equilibrio sobre el apoyo, y su total aplomo me empujó a imaginar que me respondería de aquella manera aunque me hubiera presentado

chorreando sangre.

—¡*Lady* Westmacott! —jadeé una última vez—. ¡Necesito pedirle un favor! Cuando llegue a Londres, ¿podría hacer que un recadero entregara esta carta en un café de Carnaby Street?

—Por supuesto, querida —me dijo ella, aceptando sin mirar siquiera la carta que había escrito la tarde anterior.

—Se llama Shackleton Coffee House —añadí—. Y la carta es…

Ella me sonrió mientras el revisor, en la parte delantera del tren, se llevó el silbato a la boca.

—Una señora nunca le revela a otra señora el porqué de una carta que entregar, querida…

Y, dicho aquello, me acarició levemente una mejilla, me sonrió otra vez y subió al tren.

Yo permanecí aún unos instantes en el andén, con la mano levantada y la idea de que, si alguna vez me convertía en una señora, me gustaría ser exactamente como ella; después, confiando en que me haría aquel pequeño favor, volví sobre mis pasos.

Una vez fuera de la estación ocurrió que mis ojos cayeron por segunda vez sobre la mirada oblicua del sirviente de lord Inglethorpe. Estaba cruzando unas palabras con Horace, que me había acompañado hasta allí. Pero, en cuanto se percató de mi presencia, el señor Lemon, tras un saludo apresurado y con movimientos de hurón, se alejó.

—¿Qué quería? —le pregunté al señor Nelson, acercándome.

—¿Quién, el señor Lemon? Ha venido a recoger a lord Inglethorpe a su regreso de Londres. Según parece, últimamente su señor empieza a apreciar la gran ciudad.

Asentí, recordando lo que me había contado *lady* Westmacott de la inesperada visita a Londres de su primo.

No nos quedó, pues, más que seguir con la mirada al sirviente, quien, una vez colocado el equipaje, se puso a las riendas de la calesa por delante del asiento ocupado por lord Inglethorpe, que se estaba encendiendo la pipa y no nos vio.

Cuando la calesa se marchó, también nosotros nos pusimos en camino. Nuestro programa para el día era el siguiente: puesto que mi padre había vuelto a caer bajo el pleno control de su amigo y en aquel momento hacía una visita a un criadero de cerdos con factoría de salchichas anexa que sería seguida por una visita a una

bodega en la que Ralston dejaba envejecer su colección de jerez, y puesto que no había dado ninguna muestra de que juzgara fastidioso aquel plan, Horace y yo nos habíamos reservado el tiempo para un largo paseo, que yo, como era natural, había pensado de modo que se adecuara a mi plan, el cual no solo comprendía la entrega de la carta a *lady* Westmacott. El hecho de que el señor Nelson detestara los caballos y que con toda probabilidad esa manía suya fuera correspondida, me había obligado a estudiar un itinerario a pie, pero eso no era forzosamente un impedimento.

Nos adentramos en los campos y, al ver que a cada cruce de caminos yo dudaba y miraba alrededor con atención antes de elegir la dirección que tomar, el señor Nelson comprendió que el nuestro no era un simple paseo.

—Desembuche, señorita Irene… —me invitó a hacer después de embocar determinado sendero—. ¿Qué vamos a hacer exactamente?

¡Mi querido, queridísimo señor Nelson! ¿Qué habría hecho sin él?

Le conté sin titubear todo lo que me había ocurrido, todo menos las consecuencias del salto de *Gladys* en el momento en que nos habíamos topado con el carro conducido a tumba abierta por el hombre que, estaba segura, era el señor Neele.

—¿Fue entonces cuando se cayó del caballo? —me preguntó el señor Nelson sin malicia alguna. Y luego, al ver mi expresión estupefacta, añadió—: Usted no es la única observadora, señorita Irene. Y su amigo Sherlock no es el único que sabe reconocer un esqueleto por un huesecito. La vi volver a pie con *Gladys* el otro día y eso no es propio de usted; si todo hubiera salido bien, habría vuelto al galope, o al menos al trote. Sin embargo, estaba muy tranquila. Demasiado, a mi parecer. La he observado y, aunque no es fácil notarlo, camina arrastrando ligeramente un pie, el derecho, como se puede ver por la parte externa de su calzado, que está mucho más gastado por ese lado. Además, pone mucho cuidado cada vez que tiene que sentarse, incluso sobre algo blando. Lo cual solo puede significar una cosa: que justo ahí tiene un moratón. Y únicamente hay una manera sensata de habérselo producido.

Alcé las dos manos, derrotada, e incorporé a la historia todos los detalles que me vinieron en mente, incluido el de las manos blancas

y cuidadas, insólitas en quien trabaja en el campo, del misterioso campesino que conducía el carro.

—Y eso me hace pensar que se trataba del desaparecido señor Neele —acabé—. Pero, obviamente, todavía no sé por qué ha desaparecido.

—Pero amenaza con querer descubrirlo… —El señor Nelson sonrió—. Y este paseo forma parte de su plan.

—Algo por el estilo, sí —murmuré.

Mi plan consistía, muy simplemente, en encontrar el rodal de hierba delante del bosquecillo donde había entrevisto por última vez el carro y al misterioso carretero. Pero, dada la uniformidad del paisaje que nos rodeaba, no fue nada fácil.

Después de una hora y un par de intentos que no me convencieron, me di por satisfecha.

—Debe de ser aquí… —aventuré, mirando detrás de mí. Veía la colina de Ashfield Hall, el bosque y el pueblo a sus pies, e intuía la línea de setos junto a la que discurría la carretera en la cual había sido arrollada. Tracé con la mirada un gran semicírculo que dejaba fuera, pasando por los campos, todas las casas, y terminé contemplando el claro embarrado en torno nuestro.

—Así pues, llegó a toda velocidad hasta aquí… —recapitulé—. Bajó del carro…, luego volvió a subirse… y se dirigió hacia aquel bosque de allí.

Señalé un grupo de robles, muy juntos, hacia los que proseguía serpenteando la carreterita que habíamos recorrido hasta ese momento. El señor Nelson y yo subimos hasta el bosque, mirando en torno en busca de alguna explicación. El terreno estaba surcado por numerosas roderas y huellas de cascos, señal muy probable del paso de varios carros y caballerías. De hecho, más allá del bosquecillo de robles, la carreterita seguía el perfil de la colina y se alejaba hacia otras granjas.

—Lamento hacerle notar, señorita Irene, que puede haber mil razones para que su hombre se detuviera en este claro… —murmuró entonces el señor Nelson.

Asentí. Por supuesto, yo también me daba cuenta. En el hecho en sí de que un carro pasara por aquel paraje no había nada de sospechoso, me hacía notar el señor Nelson, y las numerosas marcas en el terreno lo confirmaban. Alrededor de nosotros, por todas

partes, había campos y granjas; ¿de qué otro modo aquel hombre habría ido por ahí para no resultar sospechoso a una muchacha de ciudad con inclinaciones detectivescas? Ciertamente, no conocíamos el motivo de su prisa endemoniada… Pero eso tampoco demostraba nada. ¿No sería todo aquel asunto solo fruto de mi ingenuidad y en aquel mismo momento, en Londres, mi amigo Sherlock se estaba carcajeando al leer mi carta?

«No —me dije—. Irene Adler, tú no eres una estúpida cualquiera. Razona. Piensa».

¿Y la tabaquera, entonces? ¿Qué hacía en el carro? Podía haber terminado en él por otros motivos o… ni siquiera haberse caído del carro, sino encontrarse ya al borde de la carretera. Después de todo, yo había observado la escena tras rodar hasta el borde de la carretera y magullarme el costado… y no podía estar segura al cien por cien de haber visto caer del carro aquella cajita de plata, y no, como empezaba a parecerme más probable, simplemente saltar en el suelo movida por los cascos o las ruedas.

¿Acaso no había dicho el posadero que el señor Neele había salido a dar un paseo?

—Un paseo en el cual la tabaquera le resbaló del bolsillo… y luego yo la encontré —murmuré, volviendo dubitativa sobre mis pasos.

—¿Cómo dice, señorita? —me preguntó Horace, que andaba unos pasos por detrás de mí.

—¡Sooo! —exclamé, parándome, con la misma voz que habría usado con *Gladys*.

Al rehacer la carreterita que bajaba del bosque al claro, me percaté de un particular que se nos había escapado al ir. A poca distancia de la vía, en medio de un cúmulo de zarzas, asomaba el techo de piedra de una casita. Pero era demasiado bajo y estrecho para que pudiera tratarse realmente de una casa o de un cobertizo para aperos.

Me acordé entonces de algo que había dicho el médico en la Pale Horse Inn cuando yo había intentado explicar dónde había visto escapar al señor Neele.

Había dicho: el Pozo de las Brujas.

Por lo que parecía, lo habíamos encontrado.

Dejamos la carretera y nos encaminamos en la dirección en que me había parecido ver sobresalir aquel ángulo de tejado. Bajamos a una hondonada yerma y asilvestrada, encajada entre los campos y los setos bien mantenidos de las propiedades circundantes. Pensé que allí no ponía el pie nadie desde hacía años mientras intentaba evitar que las espinas me rasgaran el vestido y avanzaba a duras penas por el barro, que se me pegaba a las botas.

El señor Nelson bufaba cada vez que el pie se le hundía en el terreno, a cada paso más mojado y pantanoso. A nuestro alrededor, escasos arbustos punzantes se enrollaban a los troncos de los árboles como marañas de alambre de espino. Ramas de bayas de un rojo vivo y malsano brillaban en aquel amasijo desolado.

—Señorita Irene… —me llamó al rato el señor Nelson—. No creo que sea conveniente seguir más.

Tenía razón, obviamente: buscara lo que buscase allí, y ni siquiera yo tenía claro lo que era, no era prudente alejarse demasiado de la carretera; en aquella cuenca no había puntos de referencia visibles y, dada la estación, las horas de luz que teníamos por delante iban ya reduciéndose. Di un último paso para atisbar en una maraña de zarzas y, justo cuando iba a desistir, vi aparecer el tejadillo que había divisado desde arriba.

—¡Horace! —lo llamé—. ¡Venga a ver!

Y lo llamé sobre todo porque lo que había delante de mí daba escalofríos y no tenía intención de dar ni un paso más yo sola.

Lo que quedaba del Pozo de las Brujas era una cubierta torcida, deteriorada por los años y devorada por las enredaderas, sostenida en un lado por un poste medio podrido y en el otro por la ruina de un muro invadido por un musgo de amenazador color amarillento, parecido al de los mejunjes que los charlatanes hacen pasar por elixires curativos. El muro, o lo que quedaba de él, era de ladrillos oscuros en los que alguien, con un trozo de carbón, había dibujado violentos trazos negros, rayas verticales como arañazos o espirales que parecían ojos malévolos. En el aire denso y húmedo de aquel lugar siniestro tuve la desagradable impresión de estar contemplando las runas borradas de un antiguo encantamiento.

Del tejado se habían adueñado en un lado tupidas enredaderas espinosas que, no obstante, dejaban abierto un pasaje hasta la boca del pozo, un cúmulo de tierra apenas sobresaliente del suelo y un

agujero negro sobre el que colgaba un gancho de hierro oxidado. Detrás del pozo estaba el tronco seco de un viejo roble, retorcido y tronchado como si lo hubiera alcanzado un rayo.

—Comprendo muy bien por qué llaman así este lugar… —murmuré cuando el señor Nelson llegó hasta mí.

—Un pozo realmente maltrecho… —observó él. Se acercó lo bastante para mirar dentro, agachando la cabeza para poder meterse bajo el tejadillo, que le llegaba a la altura de los hombros —. Dejado así, es peligroso. Debía de haber una casa, o un establo, por aquí cerca…

Me asomé con él al hueco negro del pozo y me estremecí por segunda vez al advertir una especie de aliento gélido que salía de aquel oscuro círculo de piedra.

—Bueno… —suspiré entonces—. Hubiera lo que hubiese aquí… diría que no existe desde hace mucho.

El señor Nelson asintió, luego me invitó a alejarme con él. Lo seguí, cavilando y buscando alrededor algún indicio de qué podía haber inducido a aquel campesino a bajar del carro, pero sin llegar a ninguna conclusión. De nuevo en la carreterita, miré por última vez hacia el pozo y luego nos encaminamos a la colina de Ashfield Hall, desde la que podríamos descender para volver a la finca del señor Ralston.

El señor Nelson caminaba con las manos enlazadas a la espalda. Yo seguía mirando a mi alrededor. Tardamos otra hora, andando con toda calma, en alcanzar los límites de la propiedad de lord Inglethorpe, y una vez allí decidimos cortar justo por debajo de la casa para luego bajar por el lado opuesto.

Estaba pensando justamente en que tal vez mi imaginación era un poco demasiado excitable (después de todo, solo me había tropezado con un campesino maleducado y había encontrado un objeto perdido por alguien que a lo mejor, mientras tanto, había vuelto a aparecer en la posada), cuando una imagen que se presentó ante nosotros me sacó de mis elucubraciones.

El señor Nelson y yo teníamos los ojos vueltos hacia la austera casa situada más arriba y asistimos así a una escena bastante extraña.

Vimos de nuevo tanto a lord Inglethorpe como a su mayordomo, que no se dieron cuenta de nuestra presencia. Parecían enfrascados

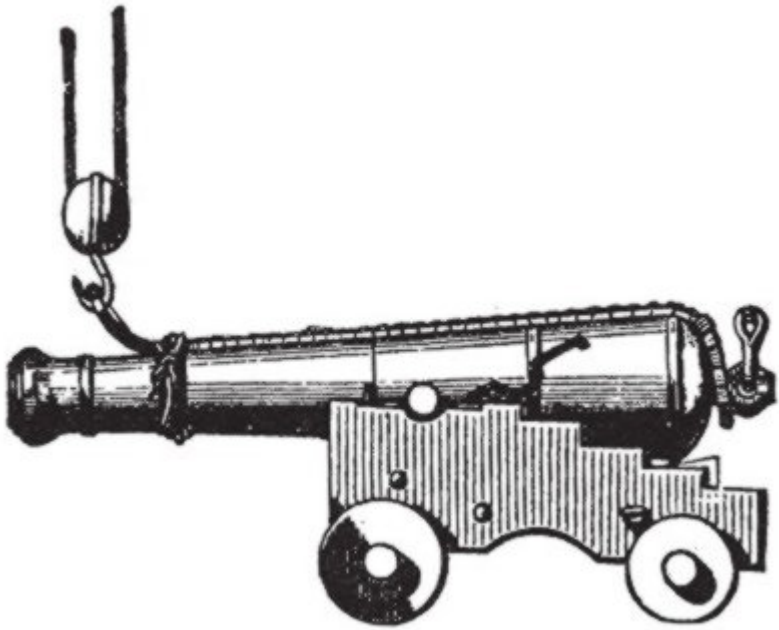
en una discusión realmente insólita dadas sus posiciones: no era solamente lord Inglethorpe el acalorado, sino que también el señor Lemon hablaba de una manera alterada. Este último, además, tenía ahora un aspecto como poco terrible, estaba palidísimo y se apretaba todo el tiempo contra la nariz un pañuelo blanco, copiosamente manchado de sangre. Los dos sostuvieron una disputa bastante áspera, al término de la cual, no obstante, la actitud de lord Inglethorpe se hizo más conciliadora, hasta el punto de que su conversación concluyó con el aristócrata reconfortando a su mayordomo, al que incluso le dio dos amigables golpecitos en el hombro.

—Un tono más bien inusual de dirigirse a un sirviente… —comenté, alejándome.

—No más inusual del modo en que usted y yo hablamos, señorita Adler, ¡reconózcalo! —bromeó Horace, que de todas formas volvió la cabeza un par de veces para echar un vistazo a la vieja mansión. También a él, pese a que conociera el grado de excentricidad que suele tolerarse entre la nobleza inglesa, aquella situación le había parecido más bien extraña.

Capítulo 12

LA HABITACIÓN NÚMERO CINCO



Al día siguiente no noté nada significativo excepto el hecho, previsible, de que tampoco la noche anterior el señor Neele hubiese vuelto a la posada. Y puesto que los días de ausencia eran ya tres —martes, miércoles y jueves—, el señor Sheppard se había resignado para entonces a haber perdido un cliente y renunciar al cobro de la habitación.

Estábamos casi al final de nuestra semana de vacaciones y yo, en compañía de las últimas páginas del libro del señor Rymer, confiaba en que ocurriera algo, imaginando que la plácida campiña que me rodeaba pudiera ser escenario de hechos tan turbios como los de mi novela. A decir verdad, lo que para mis adentros deseaba era que se manifestaran figuras menos evanescentes y más familiares: esperaba respuesta a la carta que les había hecho llegar a mis amigos en

Londres.

La aguardaba con la seguridad de que me responderían. Pero, y no podía evitar pensarlo, ¿y si de verdad Holmes se había reído al leer acerca de presuntos misterios ocultos en la plácida campiña de Devonshire? ¿Y si Lupin, tras la llegada de su padre a Londres, hubiera cambiado de planes y hubiera decidido dejar la ciudad sin avisarme siquiera? Sabía que habría sido capaz, y no por maldad, sino por aquella libertad de espíritu que le conocía bien y que a veces lo hacía incomprensible para mí y, siempre, excepcional.

Pasada también la tarde entre esos fantasmas y los de mi libro, la busca de algo nuevo que leer me llevó por la noche a la biblioteca del señor Ralston, donde tuve la fortuna de encontrar, en las hileras de libros adquiridos por metros a un anticuario de Honiton, un ejemplar encuadernado en azul del *Illustrated Crimean War Song Book*, un librito impreso unos años antes en Oakley Crescent, Londres. Y como, después de todo, no sabía realmente mucho de aquella guerra, me lo llevé a mi habitación y me centré en las páginas finales, en las que se describía detalladamente lo que había acaecido en Crimea.

Según parecía, la guerra estaba destinada a ser recordada por una carga suicida de nuestra caballería en Balaclava que les había costado la vida a muchísimos soldados. La guerra había sido declarada por el zar Nicolás I, quien, después de definir el Imperio otomano como «el gran enfermo de Europa», lo había atacado. La motivación era religiosa, dado que el Imperio otomano no permitía la peregrinación de ortodoxos y católicos a Jerusalén. Pero la razón más profunda de la decisión del zar era la de asegurarse, con el desmoronamiento del Imperio otomano, el control de Oriente Próximo. Cuando los rusos destruyeron la flota turca en Sinope el 4 de noviembre de 1853, franceses e ingleses respondieron con el desembarco de sesenta mil hombres en las inmediaciones de la ciudad naval de Sebastopol para sitiarla.

En la primera gran batalla, a orillas del río Alma, la población de Sebastopol estaba tan segura de la victoria del ejército ruso que salió de la ciudad con todo lo necesario para comer en la hierba y disfrutar de la escena. Pero no habían tenido en cuenta a la infantería ligera inglesa ni a la segunda división, mandada por lord Raglan, cuyo avance forzó a los rusos a replegarse hasta la ciudad.

Los ingleses fijaron su campamento base en Balaclava y los franceses en la bahía de Kamiesh, sitiando la mitad de la ciudad. Por el lado norte, los rusos podían continuar aprovisionando a sus tropas, y el 25 de octubre siguiente contraatacaron. Frenados inicialmente por la brigada pesada inglesa y por el 93.º regimiento, los rusos se retiraron por segunda vez a Sebastopol, pero entonces lord Raglan, creyendo erróneamente que habían retirado los cañones de la ciudad, ordenó la carga de la caballería. Una carga fatal, que pasó a la historia como la carga de los Seiscientos, la mitad de los cuales murieron segados por las balas de cañón.

Sebastopol no fue conquistada ni liberada, y la situación se estancó. Luego llegó el invierno.

Salté las líneas siguientes en busca del nombre que *lady* Westmacott me había casi gritado la noche de la recepción en Ashfield Hall: Malakoff. Pero en aquel pequeño panfleto no encontré mucho más. Leí que la Sebastopol asediada resistió cinco bombardeos y una serie de sangrientas batallas, que hubo cinco intentos de salida y que el 5 de septiembre del año siguiente comenzó el bombardeo más violento de la historia, en el que se emplearon 592 cañones franceses y 183 británicos.

Intenté imaginarme cómo sería vivir con el estruendo de los cañones y la muerte cayendo desde el cielo y, arrebujada en mi cama, me estremecí al pensar en lo que lord Inglethorpe debía de haber presenciado durante aquellos once meses.

Y luego, justo en las últimas páginas, allí estaba aquella palabra, Malakoff. Se trataba de un bastión de las fortificaciones, la torre Malakoff, contra la que se concentró la ofensiva de los ingleses a las órdenes de William John Codrington. Atacaron a las ocho de la mañana del 8 de septiembre, tras una noche en las trincheras oyendo las cargas explosivas francesas que hacían añicos el bastión. La batalla duró un día entero, al cabo del cual los rusos ordenaron por fin abandonar la ciudad. Alrededor de Sebastopol habían muerto más de

23 000

soldados.

Y yo, agotada, me abandoné al sueño.

El sábado se anunció nublado y amenazando chaparrones. Los dio por seguros el señor Ralston al ver que las vacas de la finca

contigua estaban todas tumbadas en la hierba. Una señal clara de la llegada inminente de la lluvia.

Había bajado a desayunar temprano (las mermeladas del señor Ralston eran realmente excelentes y todavía más los huevos revueltos con tocino dorado en manteca), cuando una de las criadas me llevó una nota.

—¿Para mí? —le pregunté sobresaltada.

Y luego la abrí, incrédula y feliz.

Estimada Irene:

En el caso de que los graves asuntos que mencionabas en tu carta aún sean urgentes, puedes encontrarnos en el tugurio triunfalmente llamado Pale Horse Inn, donde, antes de cualquier posible indagación, tenemos intención de dar cuenta de un más que copioso desayuno.

Tus amigos,

SHERLOCK & LUPIN

Había reconocido la letra de Arsène sin tener que leer la nota entera y en cuanto la leí intenté disimular mi felicidad. ¡Estaban allí! ¡En Hemyock! Me costó terminar el desayuno, y todavía más subir a mi habitación como si no pasara nada.

—¡Horace! —exclamé al cruzármelo en el pasillo—. No se lo va a creer, pero…

—… necesita una excusa para coger a *Gladys* y bajar al pueblo —acabó él la frase.

Parpadeé pasmada.

—Pero ¿cómo…?

—Soy madrugador, señorita Irene, y desayunando en compañía del personal de la casa es imposible no enterarse de todas las novedades, incluso la más insignificante. Como, por ejemplo, que hemos recibido correo y a quién va destinado. Además, puesto que en esta comarca me siento observado, he llegado a la conclusión de que el color de mi piel me hace, a ojos de sus habitantes, equivalente a un cerdo de seis patas, así que prefiero pasear antes de que los caminos estén demasiado concurridos… —me dijo sonriendo el señor Nelson—. Y da la casualidad de que, mientras

pasaba junto a la posada del pueblo, ha llegado a mis oídos un sonido inconfundible: de una de las ventanas salía un sonoro y desvergonzado ronquido, el mismo que ya había tenido oportunidad de oír.

—¡Arsène! —murmuré.

—Usted lo ha dicho, señorita… —dijo el señor Nelson—. Por mi parte, todo lo que, con su permiso, le he dicho al mozo ha sido que ensillara a *Gladys* con…

—¡Una silla de hombre, espero! —lo interrumpí yo.

—El pantalón, más o menos en orden después de la caída del otro día, está ya sobre su cama.

¡Ah, sí, el pantalón! Para evitar que me hicieran preguntas, lo había escondido en el cesto de la ropa sucia con el del señor Ralston y el de mi padre. Pero, por lo que parecía, nada escapaba a la mirada del señor Nelson.

¿Qué podía decir?

—Bien… ¡gracias, Horace!

Y allí estaban, pues, sentados a la mesa más retirada de la Pale Horse Inn, con una montaña de panceta ahumada entre ellos y los tenedores abatiéndose como sables.

—¡Sherlock! ¡Arsène! —los saludé, conteniéndome a duras penas para no correr hacia ellos.

—¡Irene! —me saludó el primero.

—Pero ¿cómo vas vestida? —me preguntó el segundo—. ¿Me equivoco o eso es un pantalón de…?

—No te equivocas… —lo interrumpió Holmes, que se llevó una mano a la nariz y aspiró con fuerza—. Una yegua, ¿verdad? De manto claro, con una pinta en el hocico. De unos tres años.

—¡Pues vaya! —exclamé—. ¿Y desde cuándo eres experto en caballos?

—Desde que existen las ventanas… —me respondió Sherlock, señalándome la ventana sucia a mi espalda y a *Gladys*, atada frente a ella.

¡Era incorregible!

Me senté con ellos, me serví una taza de té y, en menos de lo que se tarda en decirlo, volvió a estar formado nuestro invisible equilibrio de intenciones. En primer lugar, les pregunté cómo era que estaban allí y Arsène, en su usual estilo nunca demasiado claro,

me confesó que volvía a tener algunas libras a su disposición. Le pregunté si se las había dado su padre y Arsène evitó contestarme cambiando rápidamente de tema.

—Necesitaba tener un pretexto para estar fuera de casa un par de días… —lo ayudó Sherlock, que de alguna manera compartía la reserva de nuestro amigo, pero por motivos distintos—. No solo porque mi hermano Mycroft ha vuelto a Londres de Oxford por algún tiempo por no sé qué encargo del que está insoportablemente orgulloso, sino sobre todo porque a Violet, mi hermana más pequeña, le han regalado un silbato y… bueno, me está haciendo enloquecer, literalmente.

—¿Y qué has contado para poder venir aquí?

—Mi excusa de siempre del círculo ajedrecístico, ¡jaque al aristócrata rural! —me contestó, masticando con satisfacción la loncha de panceta más larga que había visto en mi vida. Se la tragó con un gemido de placer y luego, un tanto entristecido, añadió—: Pero eso significa que el domingo por la tarde tendré que tomar sin falta el último tren a Londres y estar de vuelta en casa… y que, como le comentaba a Arsène, diría que no hay tiempo que perder. ¡Veamos! ¿Qué ha sucedido exactamente y cuáles son tus hipótesis hasta ahora?

No teníamos mucho tiempo y, con cuidado para que nadie nos oyera, les conté con pelos y señales todo lo que me había ocurrido. Mientras hablaba, Arsène fue disponiendo los objetos de la mesa de modo que cada uno representara uno de los lugares de mi historia: Ashfield Hall, la casa del señor Ralston, la Pale Horse Inn, el claro donde había visto el carro por última vez. Concluí dejando la tabaquera en medio de la mesa y hablándoles de la extraña discusión entre lord Inglethorpe y su sirviente, y su inmediata reconciliación.

—Los oficiales están todos un poco sonados… —comentó Arsène mientras Sherlock daba vueltas a la cajita de plata entre las manos, la abría y la olía para luego, poniéndola a la luz, tratar de leer el nombre de quien la había fabricado.

Pero yo ya lo había intentado y no había nada que hacer por ese lado.

—¿Y bien? —les pregunté—. ¿Creéis que me lo he inventado todo o que…?

—Oh, no, nada de eso —respondió Sherlock—. Lo que nos has contado es muy interesante, entre otras cosas por una coincidencia que me ha venido a la cabeza mientras hablabas. ¿Os acordáis del señor Beresford?

—¿El muerto que encontraron en Jacob's Island? —le preguntó Arsène.

—¿Habéis hecho pesquisas sin mí? —pregunté inmediatamente.

—No —me aseguró Sherlock—. Pero el artículo que informaba de su muerte decía que también había prestado servicio en el ejército y que había combatido en Crimea. A lo mejor tu lord Inglethorpe lo conoció.

—¿Hay alguna manera de saberlo?

—Por supuesto, podemos preguntárselo… —continuó Sherlock —. O bien, dado que en efecto no hemos venido aquí por el doctor Beresford, podríamos empezar por echar un buen vistazo en la habitación número cinco.

—Ah, sí… —dijo Arsène, enseñando una llave.

Los miré.

—¿Qué?

—Cuando nos registramos, ayer, nos las arreglamos para echar una ojeada al libro de registro y saber dónde se alojaba tu misterioso señor Neele —explicó Sherlock Holmes—. Habitación cinco, como decía.

—Y no hicimos nada más, salvo esperarte —completó Arsène—. Por supuesto, después de haber cogido la llave.

Nos dirigimos al piso de arriba y mientras subía por la estrecha escalera de madera que llevaba a las habitaciones, intercepté la mirada del señor Sheppard, el dueño, que me observaba con desaprobación. Desde su punto de vista, y probablemente con buen sentido, o por lo menos con sentido común, acompañar a dos caballeros a una habitación no era algo que pudiera hacer una jovencita. Dejé que pensara lo que quisiera, dada de todos modos la escasa credibilidad que me había concedido cuando había intervenido en la conversación de unos días antes.

—Chicos… —advertí a mis amigos, no obstante—. Me temo que no tendremos mucho tiempo para husmear.

—No creo que lo necesitemos —respondió Arsène.

La posada solo tenía dos pisos, así que las habitaciones se encontraban directamente encima de la taberna. Un tortuoso pasillo, de suelo irregular, separaba unas de otras. El baño común, construido en un saliente del edificio, se hallaba al fondo, poco antes de la habitación número cinco.

La abrimos y, como Arsène había previsto, nos quedamos más bien desilusionados por lo que encontramos dentro: nada.

Evidentemente, pasada la tercera noche sin que el señor Neele regresara, el dueño se había decidido a dejar libre la habitación.

—Pero no a llamar a la policía… —observé, echando un rápido vistazo al interior.

Sherlock había aguzado la vista y fruncido el ceño, la expresión habitual que adoptaba cuando la situación requería concentración. Entró de todos modos a inspeccionar la habitación mientras Arsène y yo nos quedábamos junto a la puerta. Primero se acercó a la cama, apartó la sábana, la olió, paseó la mirada por la mesilla y por el antepecho de la ventana, se agachó delante de la chimenea y…

Yo me volví, porque había oído pasos en la escalera. El señor Sheppard, sin duda.

—Yo me encargo… ¡vosotros, daos prisa! —le murmuré a Arsène, y fui al encuentro del posadero.

Me crucé con él en los peldaños y le sonreí abiertamente.

—¡Qué lejos está el baño! ¡Y es muy poco adecuado para una señora! —solté, bloqueándole el paso—. ¡Creo que tendré que volver a casa, o ir directamente a casa de lord Inglethorpe!

Él metió la cabeza entre los hombros y gruñó algo. Pero, en todo caso, tuvo que retroceder unos escalones para dejarme pasar.

Tardé todo lo que pude en pasar junto a él, fingiendo que las botas de montar me estorbaban al andar, hasta el punto de aplastarle un pie, y solo entonces, satisfecha, bajé los peldaños restantes que me separaban del comedor.

Sherlock y Arsène me siguieron poco después, pagaron la cuenta del desayuno y me alcanzaron junto a *Gladys*.

—¿Y? —pregunté.

Holmes miró de soslayo la yegua, que resopló y dilató las narices. Lupin, por su parte, le desató las riendas y empezó a acariciarla detrás de las orejas.

—Tranquila… tranquila… —le susurró, con el tono de un

experto. Su padre le había enseñado a montar a caballo de niño, en la época en que ambos viajaban con el circo.

—Ha quemado una carta, o un sobre… —respondió Sherlock—. O al menos lo ha intentado…

Sacó del bolsillo el pico medio chamuscado de una hoja de papel de carta, en el que todavía se distinguía, con mucha dificultad, un membrete en tinta azul:

Bufete legal
Archibald & Mallowan
88 Amwell St, Clerkenwell
London

—¿Qué significa? —pregunté.

—Muchas cosas —murmuró Sherlock Holmes. Se paró a una distancia de seguridad de *Gladys* y miró a su alrededor—. Que el señor Neele tenía consigo un documento legal, que ya no quería tenerlo o que alguien, después de que él dejara la habitación, ha intentado hacerlo desaparecer…

—Sí. A propósito, el posadero ha dicho que había dejado su equipaje en la habitación… —observé.

—Lo vi salir con un saco anoche, después de que llegáramos… —dijo Arsène—. Quizá lo metió ahí dentro en espera de que… no sé, de que llegue la policía o algo así.

—Por lo que yo he visto, en cambio —murmuró Sherlock—, nuestro señor Sheppard no es la clase de posadero que quiera demasiada policía merodeando.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Nada más que lo que he dicho… Pero apostaría a que sabe mucho más del misterioso señor Neele de lo que está dispuesto a contar… Por lo menos, gratis. Después de todo, él es nuestra única fuente de información: fue él quien se lamentó de que su huésped no hubiera vuelto, quien dijo que había dejado el equipaje arriba y que se encontraba en el pueblo para visitar a lord Inglethorpe, con ocasión de la caza del zorro…

—¡Los sacos! —exclamé entonces—. ¡Qué estúpida soy! ¡Había sacos en el carro!

Arsène sujetó a *Gladys* por la brida y mis dos amigos me miraron con expresión interrogativa.

—Cuando casi me arrolló, el carro iba cargado de sacos, me parece.

—¿Te parece o estás segura? —inquirió Holmes.

—Estoy segura. Y más tarde, cuando miraba con los gemelos y volví a ver al hombre en el bosquecillo de robles, noté que los sacos ya no estaban.

—Ah, por fin… —murmuró Sherlock Holmes—. Ahora sí que se pone interesante el asunto: un hombre desaparecido con su equipaje, una carta de un bufete legal quemada y ahora un misterioso campesino que hace desaparecer unos sacos… ¿Dónde, exactamente?

Temía aquella pregunta. Pero era inevitable.

—En el Pozo de las Brujas —respondí en voz baja.

Y *Gladys* relinchó.

Capítulo 13

EL POZO DE LAS BRUJAS

—Caray, menudo lugarcito… —murmuró Arsène cuando llegamos a la altura del pozo.

—¿Qué te pasa, funámbulo, te ha entrado el canguelo? —dijo Sherlock, que no dejaba de mirarlo todo con extrema atención.

Até a *Gladys* a un roble del bosque cercano, pero él me aconsejó que lo hiciera más abajo, en otro árbol.

—¿Por qué? —le pregunté.

Sherlock me señaló Ashfield Hall, en la ladera opuesta de la colina. Y añadió en un tono enigmático:

—Tal vez no seas la única que tiene gemelos.

Mientras ataba a *Gladys* pensé en el caballo blanco que había visto en el bosque el día de la cacería y en cómo había desaparecido después de mi encontronazo con el carretero, que en mi cabeza era

ya, cada vez más claramente, nuestro huidizo Nathaniel Neele. ¿Acaso el caballo no estaba atado, como me había parecido? ¿Y si, al oír los relinchos de *Gladys* y mis exclamaciones dirigidas al carretero, se hubiera asustado? Era posible, pensé. Así que procuré atar a mi yegua con un nudo bien prieto.

—Volvemos enseguida… —le dije, tranquilizándola con una palmada en el cuello. Pero en realidad habría querido que me hicieran a mí la caricia de ánimo.

—Hala, vamos a ver —dijo Arsène.

Y al observarlo allí, a pocos pasos de mí, hundiendo sus elegantes zapatos en el barro y las hojas marchitas de aquel sórdido sotobosque, me entraron ganas de reír.

Había bastado una carta, escrita aprisa y sin ninguna pretensión, para que mis amigos acudieran a aquella perdida comarca campestre en busca de un aún más perdido indicio sobre un patán que me había cortado el paso.

Había bastado una carta para que estuviéramos de nuevo los tres juntos, inconscientes e impetuosos, acudiendo al reclamo de algo que quizá resultara un asunto de nada, pero que en aquel momento nos parecía más emocionante que cualquier otra forma en que tres jóvenes respetables podían pasar un sábado. La nuestra era una pasión constante por lo insólito, por los escalofríos que se sienten caminando al filo de una navaja, por la exploración de aquellas zonas de penumbra que los demás suelen tratar de evitar y en las que a nosotros, en cambio, nos encantaba meter las narices lo más a fondo posible. Y agarrados de la mano para no correr el riesgo de caernos solos.

—¿Sabéis a qué me recuerda este sitio? —preguntó Arsène en cuanto rodeamos el zarzal y vimos el tejado torcido del Pozo de las Brujas—. A un cuento de terror.

—Tienes razón —comenté—. Este pozo, con todos esos dibujos en el muro…, es realmente perfecto para una historia de vampiros.

Arsène me sonrió. Y yo supe así qué libro me había regalado cada uno.

En aquel momento, Sherlock se detuvo y nos hizo un gesto para que calláramos.

—¿Qué ocurre? —susurré al cabo de un minuto.

—Nada —contestó él—. Quizá un… pero no… nada. —Se

mordió el labio y luego confesó—: No tengo experiencia en distinguir los ruidos del campo. Me parece oír continuamente un paso, un golpe, algo… pero no es nada. Y…

—Y por tanto estás cagado de miedo —bromeó Arsène, acercándose el primero a la boca del pozo.

—No tanto como tú —replicó Sherlock.

—Deberías haberte visto la cara cuando te has dado cuenta de que había un caballo. Ni siquiera cuando nos enfrentamos a aquel tipo en los muelles de Londres te vi tan aterrorizado…

Sherlock se agachó en la hierba, sin contestar. Buscó un canto, lo encontró y lo tiró al pozo.

—¿Te importaría estar callado un momento, si es que puedes? Quisiera oír si hay agua dentro. Y lo profunda que es.

Luego contó.

Uno, dos, tres, cuatro.

El canto rebotó un par de veces contra las paredes del pozo, pero luego, al final, no se oyó ningún sonido.

—Nada de agua —dije.

—Ni piedras —observó Sherlock, que miró a su amigo.

Y Arsène suspiró.

—Pídemelo por favor… —dijo sonriendo.

—Ni pensarlo siquiera. Si quieres, voy yo.

—¿Para quedarte atascado a la mitad? No, ni hablar… Deja hacer a quien sabe.

Arsène se puso en pie y se quitó los zapatos y el abrigo. Yo lo miré estupefacta.

—¿Se puede saber qué tenéis intención de hacer vosotros dos? —pregunté.

Por toda respuesta, Sherlock probó la resistencia de la viga que sostenía el tejado y después la del tocón del árbol que estaba detrás del pozo.

Ató a él la cuerda que habían llevado con ellos desde el pueblo («tomada en prestamo», fue la expresión que usó Arsène) y la tiró al fondo.

—Bajo yo —dijo.

—Olvídalo, genio —replicó Arsène—. Tú piensas, yo hago. Mira y aprende.

Se acercó al agujero negro del pozo y miró abajo.

—¡Uh-uh! —exclamó.

Su voz le volvió en forma de eco.

Sherlock se arrodilló cerca de él.

—Ten cuidado, ¿vale?

—Cuenta con ello.

Sherlock asintió, probó una vez más la resistencia de la cuerda y se alzó.

Arsène se volvió hacia mí, se tocó la frente y me sonrió.

—Tardo solo un momento —dijo.

Y después desapareció en el Pozo de las Brujas.

—¡Sigue hablando! —le ordenó Sherlock.

—Vale, socio. Estoy descendiendo.

—Te veo.

—¿Y ahora?

—Ya no te veo.

—Entonces ya somos dos.

Me asomé también por el borde del pozo, del que salía una continua corriente fría. La cabeza de Arsène había desaparecido, tragada por la oscuridad. Solo el sonido de su voz, de sus pies descalzos contra la piedra y la cuerda que se movía a sacudidas daban señales de su presencia.

Al imaginarlo allí abajo, un larguísimo escalofrío me recorrió la espalda.

—Pero ¿por qué ha bajado descalzo? —le pregunté a Sherlock a media voz.

—¿Has visto alguna vez a un ladrón trepando con mocasines de piel? —me contestó Sherlock.

—¡Os he oído! —protestó Arsène desde dentro del pozo—. Y da la casualidad de que… ¡uf!

—¿Qué?

—Nada.

—¿Ves algo?

—No, ver no veo nada, pero…

—¿Qué?

—Lo toco, sí… con los pies.

—¿Qué tocas?

—No… lo sé… exactamente, pero…

—¿Arsène…? —me dio tiempo a decir aún.

Después, la cuerda se aflojó de golpe, como si nuestro amigo hubiera soltado el otro extremo.

—¿Arsène?

—¡Hablad bajo! —exclamó él desde abajo—. Aquí retumba todo y… creo que he llegado al fondo.

—¿Y?

—¡Y nada! Hay piedras… y todo está seco. Seco desde hace mucho tiempo, diría… Y…

Oímos que movía algo.

—Caray.

—¿Arsène? ¿Qué sucede?

Nuestro amigo no respondió. Al menos, no enseguida. La cuerda se tensó de pronto y Arsène empezó a subir.

—¿Arsène? ¿Todo bien? ¡¿Arsène?!

Lo oíamos jadear, cada vez más fuerte, hasta que apareció pálido como una sábana por la boca del pozo. Se aferró a la hierba y respiró a pleno pulmón mientras Sherlock lo agarraba por las axilas y yo tiraba de él.

—¿Qué ha sucedido? —le pregunté. Nunca lo había visto con aquella expresión.

—Caramba, Irene… qué ojo tienes… —Incluso pudo sonreír—. Me da que tenías toda la razón. Hay dos sacos ahí abajo…

—¡Lo sabía! —exclamé—. ¿Qué os dije? El señor Neele se paró aquí precisamente para hacer desaparecer…

—Y dentro de los sacos todo hace creer que esté también el señor Neele… —En ese momento Arsène tragó saliva—. O por lo menos lo que queda de él.

Sin mediar palabra, salimos huyendo del Pozo de las Brujas, dejando que las zarzas nos arañaran las manos y la ropa. Corrimos como si toda una jauría de perros nos pisara los talones, como si nos persiguieran los mismísimos demonios del infierno. Llegué hasta *Gladys* e intenté desesperadamente desanudar las riendas del árbol al que las había atado, pero tenía las manos rígidas y los dedos insensibles. Me dolía la piel. Y también tenía miedo de mirar a mi alrededor. La potrilla intuyó mi estado de ánimo y coceó nerviosa; al final logré soltarla, pero no retenerla.

—*¡Gladys!* —grité—. *¡GLADYS!*

Pero ella no hizo caso y galopó, asustada, por el camino por el que habíamos ido.

Corrimos tras ella.

No paramos de correr y nos apartamos jadeantes al borde de la carretera hasta que empezamos a ver los tejados del pueblo.

—Lo… siento… —jadeó Arsène—. Espero que la yegua… conozca el camino a casa.

Asentí con nervios. Y en ese preciso instante empezó a llover.

—Chicos… —dijo Sherlock, alcanzándonos—. Quedaos aquí. Tenemos que… razonar.

—¿Razonar sobre qué? —le grité casi.

La lluvia nos pegó el pelo a la frente antes de que volviéramos a hablar. Estaba helada, pero la sensación era increíblemente reconfortante.

—Yo creo que deberíamos… —continuó Sherlock cuando el lento rumor de las gotas de agua dominó la campiña— ir a Sidmouth, el pueblo principal de la comarca… y advertir a la policía.

Arsène alzó la mirada de sopetón.

—¿Y desde cuándo te fías de la policía?

—No me fío en absoluto, pero…

No dijo más. Y nosotros no le preguntamos.

—Podemos ir Arsène y yo… debe de haber algún tren —prosiguió Sherlock—. Y, al llegar, entregar un mensaje anónimo sobre lo que hemos descubierto.

—Sin que nos pillen —puntualizó Arsène.

—Sin que nos pillen… —asintió Sherlock—. Y luego volvemos a la posada.

—¿Os veis capaces? —les pregunté.

—¿Y tú te ves capaz de volver a casa?

—¿Qué debería hacer?

—Nada —dijo Sherlock—. No hagas absolutamente nada. Pero si nosotros logramos advertir a la policía… creo que mañana habrá cierto alboroto en Hemyock.

Arsène asintió.

—Y nuestro asesino sabrá que no todo ha ido tan bien como pensaba.

—Es la única posibilidad de que salga al descubierto y cometa alguna tontería.

Una tontería, sí. Como la que había estado haciendo yo hasta aquel momento pensando que podía meter las narices donde quisiera.

—¿Sabéis lo que significa esto? —pregunté con un hilo de voz.

Significaba un montón de cosas: que no conducía el carro, como había pensado, el señor Nathaniel Neele, desaparecido tres días antes de su habitación en la Pale Horse Inn, sino su asesino, que lo había matado, lo había metido en un saco, lo había cargado en un carro (¡por eso galopaba como un loco!) y por último lo había tirado a un pozo.

Y que todo aquel asunto habría pasado desapercibido para el somnoliento pueblo de Hemyock, para la paz de todos, si no me hubiese tropezado con el carro la mañana de la caza del zorro.

—¡La caza del zorro, sí! —exclamé.

—Es lo primero en lo que he pensado —dijo Sherlock—. Tu suposición es correcta, Irene: si Neele hubiese venido a Hemyock para la cacería, también habría sido invitado por lord Inglethorpe a la recepción del martes por la noche y, por tanto, no habría encargado la cena en la Pale Horse Inn. Pero estaría dispuesto a apostar mis últimas libras a que el señor Neele y lord Inglethorpe no se conocían…

—Apuesta aceptada —dijo Arsène.

—La mía, ojo, es una simple suposición. Pero ¿por qué otro motivo alguien que guardaba en el bolsillo la carta de un bufete legal de Londres iba a venir hasta este lugar perdido como no fuera para hablar con la única persona importante del pueblo? ¿Quién puede ser esa persona salvo lord Inglethorpe?

Arsène torció la boca y luego se echó hacia atrás el pelo, brillante por la lluvia.

—Hasta hace poco, sin embargo, sospechabas del posadero.

—Pero, si yo estuviera en el lugar del posadero, y fuese el asesino del señor Neele… —reflexionó Sherlock—, no me tomaría la molestia de decirle al médico del pueblo el nombre del hombre que acabo de matar; ¿no estáis de acuerdo?

—A no ser que el médico esté compinchado con él.

Sherlock negó con una mano, fastidiado por la *boutade* de

Arsène.

—Todo eso son especulaciones. Hemos encontrado un cuerpo —recapituló—. Tenemos un muerto, es cierto, pero en realidad no sabemos nada de él, ni siquiera su nombre. Me temo que tendremos que esperar el reconocimiento de la policía. Y, sin saber nada de él, no tenemos ni siquiera móvil. Y sin móvil no tenemos asesino.

—Salvo por el hecho de que es evidente que hay un asesino —puntualizó Arsène—. Y debe de estar por aquí cerca.

—No necesariamente —replicó Sherlock—. En la caza del zorro estuvieron presentes casi cien personas, noventa de las cuales volvieron a sus casas. Por lo que sabemos, cada una de esas personas podría ser el asesino. Y por cualquier motivo.

Por mucho que me esforzara en pensar, las piezas de aquel terrible enigma seguían chocando entre sí sin encajar de ninguna manera.

De vuelta en la mansión de Ralston, pregunté si podía darme un baño caliente, insistí en dármelo completamente sola y pasé la hora siguiente intentando entrar en calor en el agua hirviendo. Todo lo que conseguí fue enrojecerme la piel y nublar aún más mis pensamientos.

—¿Señorita Irene? —preguntó el señor Nelson al otro lado de la puerta—. ¿Hay algo que deba saber?

Gimoteé.

Lo oí esperar en el pasillo y luego alejarse de mala gana, dado que no encontraba fuerzas para contestarle, aunque estoy segura de que habría preferido entrar para abrazarme.

Me envolví en una toalla y salí. Mi padre y el señor Ralston estaban conversando en el salón del piso inferior y por la escalera de madera clara subía un penetrante olor a puro. Encontré al señor Nelson en el pasillo, sentado en un sillón acolchado, a escasa distancia de la habitación de mi padre. Nada más verme llegar con solo la toalla encima, saltó como un muelle y me invitó a ir inmediatamente a mi cuarto para…

—Hemos encontrado al señor Neele, Horace —le dije.

Sus grandes manos se apoyaron en mis hombros.

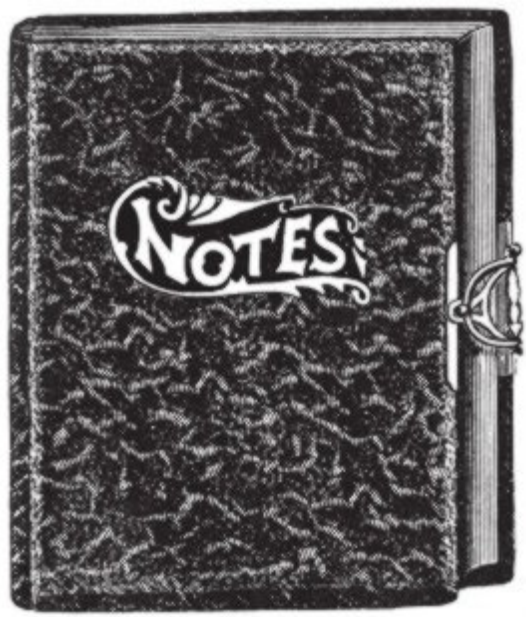
—Está en el fondo del pozo… —concluí en voz baja.

—Santo cielo, señorita…

—Sherlock y Arsène han ido a avisar a la policía —dije aún—. Y mañana… Bueno, mañana creo que alguien tendrá que empezar a tomarse algo más en serio lo que cuento.

Capítulo 14

UN PUEBLO REVUELTO



Al día siguiente, la policía de Sidmouth se presentó en el adormecido pueblo de Hemyock por la mañana temprano. Sherlock, Lupin y yo contamos seis agentes mientras bajaban de uno en uno de un carruaje negro. Aislaron la zona del Pozo de las Brujas y, desde el momento de su llegada, todo fue una sucesión de rumores y conjeturas que corrieron de boca en boca, de la vicaría a la tienda del pueblo, de la Pale Horse Inn a los jardincitos de las cotillas que daban a la calle principal. Los habitantes del pueblo empezaron un torpe ir y venir, fingiendo que pasaban por allí por casualidad, para husmear y enterarse de lo que sucedía.

A las diez ya se había propagado la noticia de que los policías estaban inspeccionando el pozo. A las once se sabía que en el fondo

del pozo había unos sacos de cal y un cadáver. Una hora después, el señor Sheppard fue llamado por el doctor Finchley para efectuar el reconocimiento. Se le vio acercarse al Pozo de las Brujas y alejarse unos minutos después, pálido como un fantasma, y para entonces seguro de qué le había ocurrido a su huésped desaparecido. Se trataba, así pues, de Nathaniel Neele.

Sherlock, Lupin y yo, decididos a recabar toda la información posible referente a la investigación, observamos parte de las operaciones desde la colina de Ashfield Hall e identificamos al inspector jefe, un hombretón corpulento con pelo rubio escaso y ojos de color ceniza, y a sus dos ayudantes, uno de los cuales se ocupó de acompañar de vuelta al señor Sheppard a su posada y proceder a la requisa del equipaje de Neele. Para mi sorpresa, cuando regresó vimos que solo entregaba a su superior una modesta maleta de viaje que contenía una muda de ropa, un pequeño neceser de cuero y un sobretodo. Tuviera los planes que tuviese el señor Neele, por tanto, su intención no era la de estar fuera de Londres más de una noche.

Llegó luego el momento de los interrogatorios. El inspector jefe estableció su cuartel general precisamente en la Pale Horse Inn y escribió una primera lista de personas. Para oír lo que tuviera que decir lord Inglethorpe, sin embargo, se tomó la molestia de ir en persona a Ashfield Hall, de donde lo vimos salir al cabo de pocos minutos de conversación.

—No me parece que nuestro inspector esté sacando mucho en claro —comentó Arsène, agazapado en el suelo entre Sherlock y yo.

—Me sorprendería lo contrario —replicó Sherlock seráfico—. Un extraño en un pueblo perdido de Devonshire… Nadie lo conoce, nadie tiene nada que decir sobre él. Salvo su asesino, naturalmente, que se guardará mucho de abrir la boca.

Yo suspiré.

Tenía la impresión de que la verdad de aquel caso estaba aún inmersa en la oscuridad de un pozo, mucho más profundo que aquel en que había sido hallado el desventurado.

Y puesto que, para entonces, se había echado encima la hora del almuerzo, abandonamos el punto de observación y nos dirigimos a nuestros respectivos comedores.

En casa del señor Ralston, obviamente, había una agitación jamás vista, e incluso entre la servidumbre corrían de forma frenética las más variadas noticias. Solo el mayordomo, rígido como una estatua, parecía permanecer del todo impasible.

Mi padre, Leopold, nada más conocer la noticia, se había quedado atónito. Recordó la conversación que habíamos tenido apenas unos días antes con el doctor Finchley y el dueño de la posada, y me aconsejó que fuera a contarles a los policías lo que había visto. Ya sabía que tendría que entregarles la tabaquera, a la cual mis amigos y yo ya habíamos dado por descontado que tendríamos que renunciar. Intenté descubrir a través del señor Ralston algo nuevo para nuestra indagación, pero de él no saqué más que frases moralizantes sobre los «insensatos» que llegaban de la ciudad para arruinar la «tranquila vida campestre».

Por un momento estuve tentada de preguntarle si también mi padre y yo, que además de venir de Londres, ni siquiera éramos ingleses, podíamos ser considerados unos insensatos que habíamos ido allí para estropearle su idilio campestre, pero me mordí la lengua justo a tiempo.

Así que Ralston siguió hablando:

—Este ha sido siempre un lugar de gente respetable. El último hecho desgraciado que recuerdan los habitantes del pueblo es el del señor Millsap, el viejo guardián de Ashfield Hall, que fue encontrado muerto en circunstancias poco claras… ¡Pero hablamos de un suceso de hace casi veinte años, por amor de Dios! Y tampoco entonces se comprobó que se tratase de un delito… La modernidad será algo bueno, pero ¡a día de hoy no se puede estar en paz ni siquiera en un pueblo respetable como Hemyock! —fue la última perla de sabiduría que nos regaló antes de que yo me decidiera a seguir el consejo de mi padre e ir a prestar testimonio ante el inspector.

Descubrí que mi nombre no figuraba en la lista de personas informadas de los hechos a las que el encargado de la investigación (que se presentó como inspector Davis) quería interrogar. Pero, cuando me presenté en la posada, fue precisamente el señor Sheppard quien insistió para que el inspector me escuchara. A mí, dijo señalándome con gestos descompuestos, al hombre que había

comido conmigo y que, suponía, era mi padre y a los otros dos londinenses llegados hacía poco.

De mis dos amigos, solo Sherlock estaba presente y, después de atribuirse tranquilamente algún año de más y sostener que su familia estaba al corriente de su breve visita, demostró, con el billete en la mano, que no tenía más que hasta las cuatro, dado que debía regresar a Londres antes de la noche. Facilitó, pues, sus datos y, en el momento en que le pidieron que dijera la dirección en que vivía, en caso de posteriores verificaciones, se inventó una al instante. A continuación, concluidas sus frías respuestas a las preguntas del inspector, se despidió y salió.

—El otro jovencito debe de haber ido a dar un paseo… —explicó el señor Sheppard al inspector jefe, refiriéndose a Arsène—. Ha confirmado la habitación. Para lo que vale eso… —añadió de una manera que sonó un poco cómica y un poco macabra al mismo tiempo.

Llegó por fin mi turno. Me preguntaron mi nombre y mis datos, y así pude explicar que mi padre y yo éramos huéspedes del señor Ralston y que, a través de él, habíamos sido invitados por lord Inglethorpe a…

—A la famosa cacería del zorro… Sí, señorita, eso ya lo sabemos. Cuénteme lo que sepa, por favor… —me interrumpió el inspector Davis, secándose el sudor que le perlaba la frente. Tenía una boquita femenina y una voz chillona, silbante, de verdad poco acorde con su cargo. Como hacía un tiempo agradable, se había quitado la chaqueta y la había colgado del respaldo, y cada vez que se movía la vieja silla crujía horriblemente.

Conté lo que recordaba de la manera más minuciosa posible, esa vez indicando con mayor precisión los lugares de los hechos.

Cuando llegué al paso del carro lanzado a una velocidad enloquecida que casi me había arrollado, saqué la tabaquera de plata, que el inspector observó con gran interés antes de entregársela a uno de sus agentes. Seguí hablando luego sin interrupción y, al acabar, el señor Davis solo había tomado poquísimas notas en su cuaderno de pesquisas.

Hubo un momento de silencio, y después el inspector me preguntó:

—¿Y no pensó en advertir a la policía?

Vi que mi padre abría mucho los ojos, vagamente alarmado.

Yo permanecí tranquila, pues recordaba exactamente cómo habían ido las cosas.

—En realidad, no, señor inspector… —contesté—. Pues en esta misma posada oí decir al señor Sheppard y al médico del pueblo que, si el señor Neele tampoco se presentaba aquella noche, ellos procederían a avisarla.

El inspector jefe alzó los ojos hacia el dueño de la posada.

—¿Es cierto? —le preguntó.

El señor Sheppard me lanzó una mirada irritada, con la cara colorada, y tuvo que admitir, balbuciendo, que las cosas habían sido tal como yo había contado.

—¿Y por qué no lo hicieron? —presionó Davis.

—Oh… bueno… Qué quiere, señor inspector… —farfulló el posadero, esbozando una media sonrisa que reflejó su incomodidad —. Cuando no se hacen enseguida las cosas, puede pasar que se le olviden a uno…

Vi que el inspector tomaba un rápido apunte en su cuaderno. Me despidió agradeciéndome mi testimonio y le ordenó a su ayudante que fuera a casa de nuestro anfitrión, el señor Ralston, para pedirle que nos hospedara unos días más; sería útil que «la señorita y su padre pudieran estar disponibles».

—A decir verdad… ¡nosotros tendríamos que volver a Londres mañana! —objeté.

—Y yo tendría que estar en mi casa celebrando el cumpleaños de mis hijas, señorita… pero da la casualidad de que una carta anónima, que nos entregaron ayer en la oficina, nos ha traído derechos a descubrir un cadáver en un pozo. Y que usted… —me señaló, recalcando bien el pronombre— ha sido hasta ahora el testigo que ha resultado poseer más información pertinente en el caso.

—No lo dude, inspector; mi hija y yo quedaremos a su disposición —le aseguró mi padre.

Yo me encogí de hombros. Estaba claro que nuestra estancia en Devonshire se prolongaba y yo no podía hacer gran cosa. En aquel momento me apercibí de otra mirada torva del señor Sheppard, que parecía aún más contrariado que yo por la idea de tenerme por allí rondando además de todos aquellos policías. Tuve el valor de no

bajar los ojos y, así, me di cuenta de que en los del posadero, junto con el fastidio y la hostilidad hacia mí, había también otra sensación que, habría jurado, era miedo. Aquello me chocó, pero no tuve tiempo de reflexionar más porque, cuando el inspector Davis nos despidió, con permiso de mi padre corrí a ver a mi amigo Sherlock Holmes antes de que partiera. Lo encontré doblando la esquina de la posada y lo acompañé al pueblo a coger un carruaje para ir a la estación. Bendije el acierto, tan inglés, de saber colocar los bancos en el mejor sitio que pueden colocarse y nos sentamos al borde de un parterre para hablar por última vez del caso antes de su marcha.

Arsène se unió a nosotros minutos después, asomando con la *nonchalance* más absoluta de detrás de un seto.

—Te conviene regresar a Londres conmigo… —le dijo Sherlock en primer lugar—. El inspector no es ningún estúpido.

—Ni hablar —contestó Arsène—. He guardado la habitación de la pensión. Y me quedo al menos hasta mañana.

Le conté que mi estancia en Hemyock no había ni mucho menos terminado y Arsène reafirmó con más fuerza su voluntad de quedarse.

Sherlock asintió al final.

—Sí —transigió—. Tal vez sea lo mejor. Entre otras razones porque yo, en realidad…

No acabó la frase, pero entendí, por el brillo de sus ojos, que Holmes no volvía a Londres solo por sus obligaciones familiares, sino porque su agudísima mente debía de haber descubierto una dirección en que indagar precisamente en la capital. Pensé que debía de tratarse del bufete legal

Archibald & Mallowan,

aparecido en aquel papel medio quemado que había encontrado en la habitación de Neele… Pero yo no era Sherlock Holmes, claro.

Volvió a mi mente, de todos modos, que yo también acababa de notar algo interesante y les conté mi impresión de que el dueño de la Pale Horse Inn tenía los nervios bastante tensos aquel día.

—Yo también, desde el momento en que la policía ha llegado, he observado en el señor Sheppard las señales inequívocas de cierta… inquietud —confirmó Sherlock—. Podría ser buena idea tenerlo vigilado… ¡Siempre que nuestro amigo de París ducho en

acrobacias y en el arte del robo con fractura, así como poseedor de documentos gloriosamente falsos, logre no llamar demasiado la atención sobre él! —añadió, dirigiéndole una mirada sarcástica a Lupin.

Arsène se echó a reír.

—Tranquilo. En este viaje, *monsieur* Auguste Papon será un respetable viajante de comercio de visita a la estimada familia Adler y no dará espectáculo —aseguró.

Para estar seguros de que todo salía bien, mis amigos hablaron brevemente sobre lo que Lupin debería decirle al inspector Davis para que su versión y la de Sherlock coincidieran y los preservaran de problemas.

Por lo que a mí respectaba, la historia de dos simples amigos amantes del campo que habían venido de visita el fin de semana era exactamente la que yo misma le había contado a mi padre y, por tanto, confiaba en que él también, si acaso se lo preguntaban, confirmaría aquella versión.

Sherlock suspiró entonces. Se tocó las sienes con ambas manos y me pidió por última vez que le diera los mayores detalles posibles sobre lo que había visto y oído en Hemyock y, sobre todo, en la recepción de Ashfield Hall. Aprovechando cada instante que quedaba para almacenar información útil, Holmes me sometió a una especie de cerrado interrogatorio, que seguía claramente un orden prefijado en su mente.

Primero me preguntó qué personas había visto en la recepción y de qué invitados conocía al menos el nombre. Pasó luego a pedirme varios detalles sobre la cacería del zorro: cómo se llamaba el maestro de caza que le había proporcionado a lord Inglethorpe el permiso para aquella batida fuera de temporada, quién había capturado el zorro, si había notado algo insólito durante la cacería y, sobre todo, lo que *lady* Westmacott me había contado, palabra por palabra, de la vida de lord Inglethorpe, de su familia y de su pasado militar en Crimea.

Al término de aquel ametrallamiento a preguntas, en comparación con el cual el interrogatorio del inspector Davis había sido una fruslería, Sherlock me miró y dijo:

—¡Bien! Y ahora… dime todo lo demás.

Lo miré con los ojos desencajados.

—¿Cómo que lo demás?

—Todo… Hechos que se te hayan quedado grabados de estos últimos días, detalles en que te hayas fijado, aunque los hayas juzgado sin importancia… Cosas así, en suma —respondió Sherlock flemático.

Después de un instante de desconcierto, me di cuenta de que, en realidad, en efecto había unas cuantas cosas que me habían chocado. Le conté, pues, que, en el momento de abandonar Ashfield Hall tras la recepción de lord Inglethorpe, su sirviente había dejado caer mi abrigo. Pensando en el señor Lemon, me vinieron a la cabeza su acentuada palidez, su hemorragia nasal y la extraña discusión entre él y lord Inglethorpe a la que habíamos asistido el señor Nelson y yo.

Cuando terminé de hablar, a decir verdad de una manera más bien confusa, Holmes pareció satisfecho en todo caso. Apoyó sus largas y elegantes manos sobre las rodillas y se puso en pie.

—Muy bien, entonces… —murmuró—. Trataré de resolverlo de algún modo… Vosotros, mientras, no hagáis tonterías… e intentad volver a Londres lo antes posible. ¿Prometido?

—Prometido —le contesté.

Lo despedí con un beso en la mejilla.

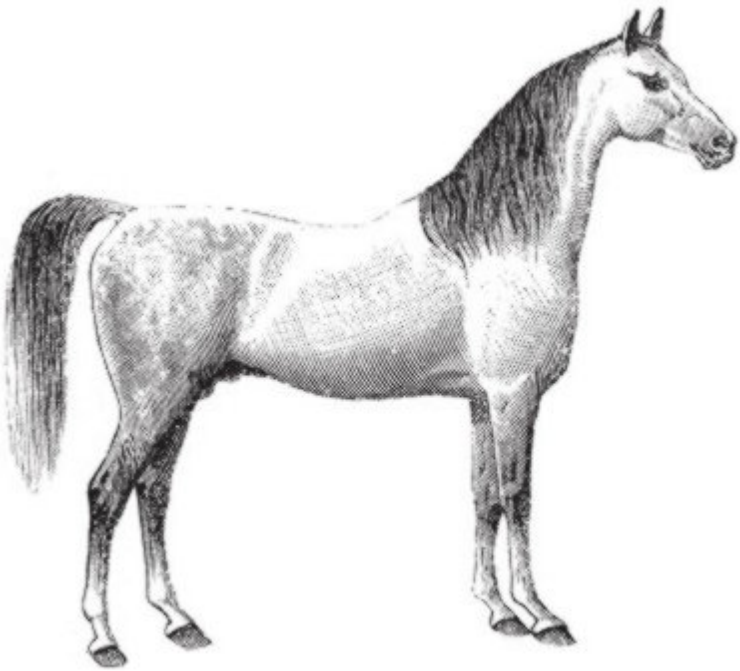
Después Holmes le puso una mano en el hombro a Arsène y los dos se miraron directamente a los ojos. No se dijeron nada, pero se quedaron así cinco segundos por lo menos. Al final se dieron un rápido abrazo y Sherlock se dirigió al carruaje.

—Es una verdadera lástima que tenga que irse justo ahora… —comentó Arsène entonces.

No me volví para mirarlo. Porque me bastaba con el tono de su voz para saber que no era sincero.

Capítulo 15

UNA CÓMICA ANÉCDOTA



¿Desde hacía cuánto tiempo nos conocíamos ya? ¿Dos años? ¿Tres? ¿Tenía importancia, en realidad? Estoy convencida de que no. El lugar en que había comenzado nuestra amistad estaba impreso nítidamente en mi memoria: la playa de Saint-Malo. Del mismo modo, recordaba muy bien la emoción de nuestra primera investigación, la del hombre llevado a la orilla por la marea. Y el beso que me había dado Arsène, que no fue en Saint-Malo, sino en Londres algún tiempo después, pero que yo seguía recordando, con todo, como si hubiese ocurrido allí aquel primer verano. Era como si en mi cabeza los sentimientos hubiesen abierto una brecha hasta el punto de modificar los recuerdos de la manera que más me convenía. El hecho era que ni Arsène ni yo habíamos hablado nunca

de aquel primer beso. Y cuando, después, él me había besado una segunda vez, a traición, yo no había opuesto gran resistencia. Y, sin que de verdad lo decidiéramos, habíamos seguido sin hablar de aquello… Nos había ayudado el hecho de que, cada vez que nos veíamos, estuviese con nosotros Sherlock Holmes. O que, en nuestras aventuras, estuviéramos tan ocupados salvando nuestra vida que no teníamos tiempo para hablar de por qué intercambiábamos aquella clase de… ¿cómo decirlo? ¿Signos de afecto?

No, me dije, riéndome de mi ingenuidad. Se llamaban besos, sencillamente. Besos entre chiquillos, los primeros besos, los que a menudo se daban precisamente quienes se consideraban grandes amigos. Porque dan menos miedo, quizá. O quizá porque, a aquella edad, es difícil comprender con exactitud de qué está compuesta la amistad y cuál es el límite invisible que la separa de otros sentimientos más tormentosos.

¿Acaso Arsène y yo habíamos traspasado aquel límite?, me preguntaba a mí misma. Y puesto que dentro de mí sentía que no había cambiado nada desde aquel verano inolvidable que había sellado la amistad entre los tres, me contestaba que no.

También Sherlock, por lo demás, me había besado una vez. Pero había sido en sueños, o, mejor dicho, mientras deliraba después de que, para defenderme de una panda de tipejos, le hubieran dado una paliza. Despierto, conmigo era más bien cambiante y tortuoso, y solo rara vez salía de su rigurosa reserva con un gesto atento, una cortesía no solicitada, un regalo inesperado. Aquel interminable juego de revelar y luego esconder de nuevo nuestros sentimientos liberaba en nosotros una gran fuerza, parecida a la electricidad de que están cargadas las nubes que anuncian temporal. Una fuerza que me hacía sentir increíblemente viva y me hacía pensar en nuestra amistad como en la cosa más valiosa que había tenido nunca.

Aquellos pensamientos, que había rumiado tantas veces, volvieron a mi mente cuando Arsène y yo nos quedamos solos, paseando por las callejuelas de Hemyock, y me di cuenta de que, sin Sherlock, era como si les faltara un trozo a nuestras conversaciones, que nos costaba sostener. Como si de repente nos hubiéramos

vuelto más desconocidos y más distantes de lo que imaginábamos.

Con aquel vago sentimiento de frialdad se correspondía la atmósfera del pueblo a nuestro alrededor: las sombras de las chimeneas ahora eran largas y amenazadoras y el sol estaba a punto de ponerse al otro lado de las colinas.

Después de unos minutos en total silencio, por suerte Arsène habló de nuevo haciendo gala de una de sus especialidades: una sonrisa maravillosa e irresistible.

—Supongo que tienes que volver a casa de Ralston, mientras que a *monsieur* Papon le tocará pasar una velada soporífera en la Pale Horse Inn. Bueno… ¡intentaré salvarme del aburrimiento vigilando al señor Sheppard! —me dijo.

Para entonces yo estaba persuadida de que el posadero era un elemento de cuidado, probablemente estaba implicado de algún modo en el asesinato de Neele, pero lo que más me inquietaba en aquel momento era la presencia de la policía en la posada, que no era exactamente una buena compañía para mi amigo Lupin.

—¿Estás preocupado por tener que volver a ese sitio? —le pregunté.

Él me contestó con una insolencia muy parisina mientras se echaba a reír:

—¿Y por qué? Mis documentos falsos son de excelente factura y nada puede ser menos sospechoso que una oveja que vuelve al redil… ¡Sobre todo si el redil está lleno de policías! —concluyó con una última carcajada.

—De acuerdo, *monsieur* Papon —dije entonces, sonriendo también—. Asumiré el riesgo de creer que conseguirá no meterse en líos en el transcurso de la noche.

Teníamos ya a la vista la Pale Horse Inn. Lupin aceptó mi declaración de confianza con una cómica reverencia y nos separamos tras quedar para la mañana siguiente.

Ya había dado unos pasos cuando me volví de nuevo y añadí:

—Arsène… ten cuidado con el señor Sheppard. Ese hombre no me gusta nada.

Lupin me respondió con un vago gesto de la mano, como si yo fuera su madre y le dijera que se arropara bien.

Yo meneé la cabeza y sonreí, dándome cuenta de que, en efecto, solo debería haberme preocupado si mi amigo hubiera reaccionado

de cualquier otra forma.

Apretando el paso, llegué a la mansión del señor Ralston en pocos minutos y corrí a cambiarme para la cena.

Sherlock se sumergiría pronto en sus misteriosas indagaciones londinenses, Lupin vigilaba al siniestro señor Sheppard y yo no quería ser menos.

Me senté a la mesa, pues, determinada a descubrir lo máximo posible sobre cómo se había desarrollado la caza del zorro del martes anterior. Uno de los puntos interrogativos de aquella historia era, de hecho, el caballo elegantemente aparejado que había visto atado en el bosque, sin ningún jinete a la vista. Se encontraba en un lugar cercano a las acciones de la cacería y me parecía del todo razonable pensar que se tratase de la montura de uno de los participantes en la batida. Recogiendo todos los detalles posibles, esperaba arrojar luz sobre aquel hecho, que podía ser importante en nuestra investigación.

Así que empecé declarando (¡una mentira descarada!) que, pese a mi inicial rechazo, había quedado fascinada por el ritual antiguo de la caza del zorro y que me gustaría mucho saber de forma pormenorizada cómo se había actuado en la batida.

Mi padre me lanzó una mirada vagamente sorprendida, pero estaba acostumbrado a la manera brusca en que mi carácter juvenil cambiaba a menudo de opinión y no hizo demasiado caso. El señor Ralston, por su parte, acogió mi curiosidad con una expresión radiante.

—Ha sido una caza del zorro fuera de temporada, señorita Irene, desde luego, pero, en todo caso, ¡un magnífico espectáculo! — empezó a hablar nuestro anfitrión.

Y, como si no hubiera esperado más que aquello, se lanzó a describir con auténtico arrebato aquella cacería: comenzó haciendo un cálculo de los cazadores presentes y luego describió, con extenuante precisión, el recorrido seguido entre los bosques de los alrededores de Hemyock. Mencionó cuántos perros había, quién había seguido a qué *terrier man* y en qué dirección, y empleó términos de auténtico apasionado: quiénes habían sido los *kennelmen* de la batida (es decir, los encargados de los perros) y los *whippers-in* (los que tenían que compartir las diversas jaurías).

En fin, que, si quería detalles, me vi arrollada por una auténtica

avalancha de ellos sobre la dichosa batida de la caza del zorro… ¡Lástima que ninguno me fuera mínimamente útil!

Antes de retirarme con las manos vacías, hice, no obstante, una última tentativa.

—¡Realmente emocionante, señor Ralston! —lo adulé—. ¡En realidad, no alcanzo en absoluto a comprender cómo, en el lío de esos intrincados senderos de los bosques, algún cazador no termine extraviándose!

El señor Ralston rio y se limitó a contestarme con una de sus banales afirmaciones sobre la excelencia de los cazadores ingleses.

A mi padre, en cambio, se le escapó una risita bufa que despertó mi curiosidad. Al captar mi mirada interrogativa, Leopold, de excelente humor gracias al pastel de perdiz y a la pierna de carnero asada que habían servido para cenar, se puso a contar:

—¡Ah! En cuanto a eso, puedo muy bien decir que el otro día vi a alguien que buscaba de todas las formas posibles «perderse», por llamarlo así…

Arrugué la frente, dando a entender a mi padre que debía explicarse mejor.

—Bien… en determinado momento, sería poco antes de mediodía, vi al bueno de lord Inglethorpe que se hacía a un lado de improviso y seguía un viejo muro de piedra en la linde del bosque —contó Leopold con los ojos risueños—. Pensé enseguida en alguna maniobra genial de experto cazador; en cambio, el caballero me hizo notar cortésmente que, si lo seguía, me alejaría del centro de la acción, pues él, fueron sus palabras textuales, ¡se veía «obligado a responder a la llamada imperiosa de la naturaleza»! Un modo de expresarse de auténtico lord, ¿no os parece?

En ese punto, mi padre se echó a reír de forma sonora y enseguida lo imitó Ralston, que, dando una poco señorial palmada en la mesa, exclamó:

—¡Una escena digna de una vieja farsa en vestimenta de época, amigo mío!

Yo tampoco pude evitar reírme, aunque aquella anécdota me había provocado sentimientos opuestos. El episodio narrado por mi padre era cómico, indudablemente, pero de ese modo también el pequeño misterio del caballo sin dueño, que confiaba en que pudiese tener alguna importancia para nuestras pesquisas, resultaba

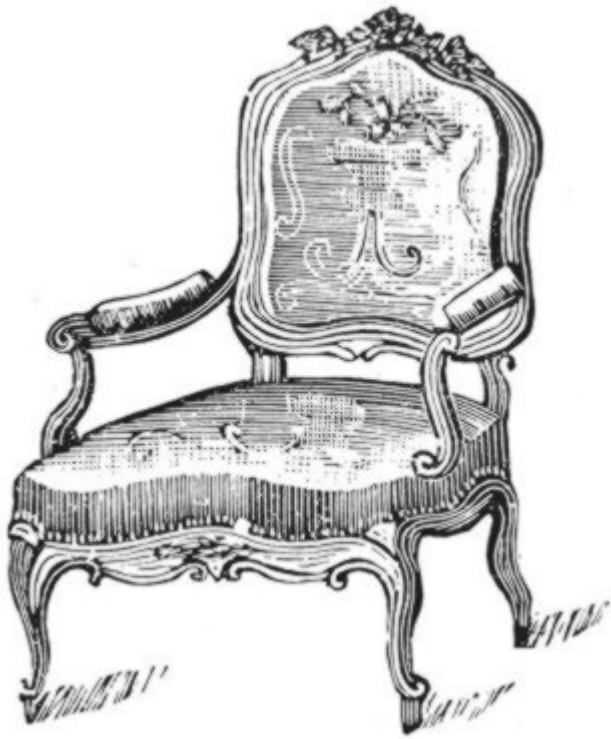
ser una perfecta nadería.

La descripción que Ralston había hecho del caballo de lord Inglethorpe en el curso de su relato correspondía, de hecho, con la del animal que yo había visto en el bosque y el viejo muro de piedra al que había aludido mi padre podía ser el que yo también había visto aquella mañana. La explicación de lo sucedido era, pues, de una trivialidad descorazonadora: lord Inglethorpe había atado a su caballo a un árbol y se había apartado a la espesura del bosque por la más «natural» de las razones.

Y así, si por un lado nuestra cena se coloreó con una nota de alegría infantil, por el otro la verdad del delito del Pozo de las Brujas me pareció que se volvía cada vez más inaprensible.

Capítulo 16

UN MAGRO BOTÍN



Acabada la cena, pasamos al salón y, puesto que las noches de febrero eran decididamente frías, acepté de buena gana el chal bordado que la sirvienta me ofreció y me senté delante de la chimenea encendida.

Mi padre y el señor Ralston, de jovial humor, cargaron las pipas y se abandonaron a los recuerdos del pasado. Historias de audaces especulaciones con partidas de madera, cenas memorables y trenes cogidos por un pelo en estaciones brumosas.

Cuando se hizo la hora de acostarse, el mayordomo entró en el salón llevándole al señor Ralston una chaqueta de estar por casa y

unas babuchas.

Mi padre y yo nos miramos perplejos.

—¡Ah, es que esta noche no me muevo de aquí! —anunció complacido nuestro anfitrión.

Y nos explicó que se quedaría allí, junto a la chimenea, con su fusil de caza cargado apoyado en el reposabrazos por si acaso el malhechor que había asesinado al señor Neele tenía la aciaga idea de pasar por su casa.

—Se lo he dicho también a lord Inglethorpe hoy, en la iglesia: ¡con un asesino suelto, nadie me separará de mi adorado Remington!

No había ningún motivo para aquello, trató de convencerlo mi padre, pero Ralston fue inflexible y se quedó a vigilar la casa hundido en sus pensamientos y en su gran sillón de piel.

Al subir al piso superior, encontré al señor Nelson aún vestido impecablemente, sentado en una butaquita que había en el pasillo.

Lo miré sorprendida y él me sonrió con sorna.

—Pese a que no me encuentre en especial sintonía con nuestro amable anfitrión, que me mira como si yo fuese una extraña criatura mitológica, me temo que esta vez tiene razón.

—Horace, ¿quiere decir que…?

—Que me quedaré despierto en esta butaca, señorita Irene, exactamente como el señor Ralston en el piso de abajo —murmuró el señor Nelson—. Así mataré dos pájaros de un tiro, como reza el dicho: vigilaré que ningún malintencionado se introduzca en la casa e impediré que alguna señorita imprudente haga una de sus escapadas nocturnas, si es que la tuviera en mente.

Entonces fui yo la que sonrió. ¡Qué bueno era constatar que el señor Nelson no cambiaba nunca! Así que me acerqué a él y lo sorprendí con un beso en la mejilla.

—Buenas noches, Horace. ¡Y quédese tranquilo! No estamos en Londres y el campo no se presta a mis «escapadas nocturnas», como las llama usted —concluí.

Fui a mi cuarto, pues, y me di cuenta de que había algo de verdad en la réplica con que me había despedido de Horace: la oscuridad se pegaba a las ventanas de la vieja casa como tinta espesa y allí afuera, aquella noche, merodeaba alguien que había matado a una persona y después la había tirado a un pozo. Por

algún motivo, pensar en una presencia así por los bosques y caminos sumidos en la oscuridad me asustaba mucho más que si hubiéramos estado en la ciudad.

La noche, en realidad, transcurrió en la calma más absoluta. Es más, el cansancio fue más fuerte que cualquier oscura sugestión y el sueño llegó bastante pronto. Dormí profundamente y no volví a abrir los ojos hasta la mañana, después de las ocho. Cuando bajé a desayunar, al pasar junto a la cocina pude oír una conversación entre un recadero de la tienda de Hemyock y la cocinera del señor Ralston. Fue como recibir un boletín exhaustivo con las últimas noticias acerca de lo que todos en el pueblo llamaban «el crimen del Pozo de las Brujas».

Según parecía, el inspector Davis había regresado a Sidmouth para recibir el informe del médico forense sobre las causas de la muerte del señor Neele. Parecía también que las indagaciones sobre los sacos de cal encontrados en el fondo del pozo no habían conducido a nada.

No obstante, en el pueblo se habían quedado cuatro policías, que se turnaban en la vigilancia del lugar del hallazgo, alrededor del cual habían tendido una larga cuerda y cuya presencia, junto con la del ayudante de Davis, alojado en la Pale Horse Inn, seguía haciendo la felicidad de todos los murmuradores y todas las murmuradoras del pueblo.

También el señor Ralston, por lo demás tan intrigado como los otros por los hechos del Pozo de las Brujas, nos anunció que había invitado a comer al doctor Finchley, del que esperaba obtener alguna información más sobre el estado de la investigación. Mi padre, en cambio, nada más comer decidió ir con el señor Nelson a la Pale Horse Inn para que la policía le firmara un papel y poder regresar por fin a Londres.

Yo había decidido acompañarlos para poder visitar a Lupin, pero, al mirar por la ventana del comedor, me di cuenta de que mi amigo se me había adelantado y se acercaba a grandes zancadas a la casa del señor Ralston.

Así que le pedí permiso a mi padre para levantarme de la mesa y corrí a la puerta de entrada.

Arsène se sorprendió bastante de que le abriera yo la puerta de

la casa, pero no se detuvo a saber por qué, sino que me dijo al oído:

—¡Buenos días, Irene! ¿Hay algún sitio tranquilo donde podamos hablar? ¡Traigo novedades!

Al abrir la puerta me había quedado admirada por el precioso sol, que me dio una idea. Dije a Lupin que me esperara y corrí a preguntar al señor Ralston si podía coger a *Gladys* para dar un paseo. Nuestro anfitrión me respondió contento que su cuadra estaba a mi disposición.

Le tomé la palabra y, al llegar a los establos, detrás de la casa, pedí que ensillaran a *Gladys* y a un segundo caballo para Lupin, que naturalmente no pudo ser otro que el inquieto *King Lear*.

Arsène acogió con entusiasmo aquella idea mía y por un momento pareció olvidarse de lo que quería decirme. Cabalgaba de una manera muy natural y con su habitual arrogancia, y ya al final del camino de olmos *King Lear* había reconocido su buena mano y había dejado de intentar desmontarlo. Aproveché para que me diera lecciones de monta y aprender algunos de sus trucos de jinete.

Nos divertimos un montón y aquella improvisada clase de equitación bajo las copas de los árboles, traspasadas por la luz intensa de la mañana, es un recuerdo que guardo todavía hoy como un tesoro.

—Antes de pasar a las acrobacias propiamente dichas, será mejor que te cuente lo que he descubierto —bromeó Lupin al rato.

Asentí divertida, y me acerqué más a él.

—¡El señor Sheppard! —empezó diciendo Arsène. Y lo hizo con tanto énfasis que me enderecé en la silla.

—Oh, Dios mío… Entonces ¿fue él quien…?

Arsène soltó una mano de las riendas y la levantó.

—No saltes a conclusiones, Irene… deja que te cuente —me dijo.

No me quedó más remedio, por tanto, que dejar a un lado mi impaciencia y escuchar.

—Había prometido no meterme en líos y es lo que hice —continuó Lupin—. Pero tuve los oídos bien abiertos, como se dice. Mientras espiaba el local desde el piso de arriba, noté lo generoso que era Sheppard ofreciéndole salchichas y pintas de cerveza al agente Murdoch, el ayudante del inspector Davis.

—¡Como si quisiera asegurarse de que el policía caía en un sueño profundo! —observé.

—Exacto, Irene. Y eso me hizo abrir los oídos todavía más. Decidí no dormir, por tanto, y el horroroso colchón de la posada fue de gran ayuda en eso. Así, hacia las dos de la noche, como esperaba, oí ruidos abajo y dejé mi habitación para echar un vistazo; ¡era Sheppard, que salía a hurtadillas! No hace falta decir que en ese momento aproveché la oscuridad para bajar a la planta inferior y tratar de averiguar qué tenía en mente nuestro posadero…

Dirigí una mirada de reproche a mi amigo, que evidentemente había conseguido no meterse en líos durante la noche, pero que a todas luces había corrido el riesgo de hacerlo.

Lupin captó mi mirada y solo replicó con una graciosa mueca antes de seguir hablando.

—En vez de mirarme así, escucha: Sheppard fue al establo, donde un viejo caballo de tiro había sido ya enganchado a su carreta y, haciendo el menor ruido posible, se puso en camino. Por suerte para mí, la luna estaba en el cielo y pude seguirlo a distancia sin perderlo de vista. El mérito es de ese rocín suyo, que es lento como un caracol. Sheppard tomó la carretera a Sidmouth y la siguió poco más de una milla, luego torció por un sendero entre los campos y llegó a un gran edificio aislado que en ese momento me pareció un molino. Lo alcancé y me aposté en la oscuridad, detrás de un arbusto, y no tardé en oír que soltaba una especie de silbido melodioso…

—¡La señal para que un cómplice supiera que era él! —exclamé yo, cada vez más interesada en lo que contaba Lupin.

Mi amigo asintió:

—Sí… Y al poco rato descubrí en qué eran cómplices. Se abrió una puertecita, de hecho, por la que salió un tipo que empezó a pasarle a toda prisa unas cajas de madera a Sheppard, que las cogía y las cargaba en la carreta.

—¡¿Cajas?! —pregunté sorprendida.

—Ginebra —respondió Arsène—, a juzgar por el olor que despedía aquel sitio… y que, en ese momento, comprendí que era una destilería.

—Pero… pero entonces… —balbucí.

—Entonces nuestro Sheppard es realmente un tipo un tanto turbio —concluyó Arsène—, pero se limita a un pequeño tráfico

ilegal de licor con un contable deshonesto que trabaja en esa destilería. O al menos eso creí entender por su discusión mientras se pasaban las cajas. En todo caso, eso explica por qué el dueño de la Pale Horse Inn esté tan en ascuas ahora que tiene a la policía en casa… La ginebra que se sirve en su bar no tiene una procedencia del todo legal. He dado con un posadero tramposo, pues, pero me temo que no con el asesino de Nathaniel Neele —dijo para terminar Arsène.

—Ah, amigo mío… —suspiré—. ¡Es una verdadera debacle!

—Usted sí que sabe decir siempre la palabra que reconforta, *mademoiselle* Adler —bromeó Lupin.

—No se trata solo de tu descubrimiento, Arsène —contesté yo, meneando la cabeza—. Mis pesquisas han sido en vano también…

Y le expliqué lo que había sabido sobre el caballo que había visto atado en el bosque, sin dueño.

Cuando terminé de contarle la anécdota que me había referido mi padre, también Lupin rio a carcajadas, que dieron paso inmediatamente a una expresión de perplejidad.

—Tienes razón, es otro callejón sin salida. A no ser que…

—¿A no ser que…?

—A no ser que lord Inglethorpe estuviera mintiendo para quitarse de encima al señor Adler —contestó Arsène, encogiéndose de hombros, como queriendo decir que era una conjetura como cualquier otra.

Puse unos ojos como platos. La graciosa anécdota de mi padre había sonado tan real a mis oídos que no había pensado en aquella posibilidad.

Precisamente en aquel momento, como para confirmar la duda planteada por Arsène, entre las ramas del bosquecillo que atravesábamos apareció, a lo lejos, la silueta austera de la gran mansión de lord Inglethorpe.

Observamos ambos las columnas de piedra blanca de Ashfield Hall, como si sus muros encerraran la respuesta a todas las preguntas que llenaban nuestra cabeza en aquel momento.

Tal vez fuera una idea dictada solamente por la frustración de no haber hecho ningún progreso en nuestras pesquisas, pero deseé poder ver a lord Inglethorpe para entender si la rendija abierta por Arsène con su pequeña duda podría llevarnos a alguna parte. Al

volverme hacia mi amigo, me di cuenta de que estábamos pensando exactamente lo mismo.

Nos echamos a reír a la vez, como había sucedido tantas otras veces.

—Podría ir yo a hacerle una visita con la excusa de despedirme antes de regresar a Londres —propuse.

Lupin se acarició la nariz, no muy convencido de mi idea.

—No creo que obtuvieras mucho más que un saludo y alguna frase amable —dijo—. Deberíamos encontrar algo menos formal… Por ejemplo, ¡una pequeña emergencia con un caballo un poco nervioso! —exclamó entonces Arsène con un centelleo en los ojos. Y le pasó las manos entre las orejas a *King Lear*, haciendo que saltara de lado.

Yo reflexioné unos instantes y al final asentí.

Podía funcionar.

Así que subimos, ambos, hacia las austeras columnas de Ashfield Hall.

En cuanto cruzamos el límite de la propiedad de lord Inglethorpe, Arsène fingió que se caía de la silla de *King Lear* y el caballo relinchó. No pasaron más que unos segundos hasta que una de las grandes ventanas de la mansión se abrió. Yo, con mi mejor cara de preocupación, guie a *Gladys* en aquella dirección en busca de ayuda.

—¡Mi amigo se ha caído! ¡Socorro! —exclamé, interpretando mi papel de pobre muchachita presa del pánico.

Se había asomado una de las gobernantas de la casa, que, en cuanto vio lo sucedido, se quedó bastante impresionada y chilló:

—¡Oh, santo cielo!

Desmonté de *Gladys* y fingí que me interesaba por el estado de Arsène, que me sonreía tumbado en el suelo.

Lord Inglethorpe no se hizo esperar; apareció a la puerta de la casa y, al reconocerme, corrió hacia nosotros.

—¡Señorita Adler!

Cuando vio a Lupin en el suelo, dio orden inmediatamente a su personal para que lo socorrieran y se ocuparan del caballo.

Lord Inglethorpe fue, en suma, solícito e increíblemente atento, y sus ojos aprensivos, líquidos, rodeados de cicatrices, hicieron que

enseguida sintiera yo remordimiento por aquella improvisada escena y por las sospechas precipitadas que la habían provocado.

Aun así, una vez se hubo asegurado de que Arsène no se había roto ningún hueso, lord Inglethorpe nos hizo sentar en el salón de su casa, pidió té caliente para todos y procuró que nos encontráramos plenamente a gusto.

—Conozco bien a ese caballo, jovencito —le dijo a Arsène como para consolarlo—. El pueblo es pequeño, así que no es extraño. Le aconsejé al señor Ralston que no lo comprara, porque es sin duda un hermoso animal, pero, como todos los animales bellos, es difícil refrenarlo. Pero en lo que respecta a sus grandes pasiones, los caballos y los fusiles, nuestro Clarence no escucha a nadie.

—Me temo que lo he comprobado a mi costa, lord Inglethorpe —dijo Lupin sonriendo, y continuó luego la conversación con gran habilidad.

Miraba a su alrededor, de hecho, como un hurón, pero solo cuando lord Inglethorpe se dirigía a mí, que estaba sentada al lado opuesto de mi amigo, y él estaba seguro de no ser observado. Su manera de cambiar rápidamente de expresión, pasando a la velocidad del rayo de la de un plácido conversador a la de un halcón en busca de presa, casi me asustaba.

—¿Es usted el de aquel retrato? Se lo pregunto porque, ¿sabe?, yo también soy un apasionado de los sellos —dijo en determinado momento, señalando uno de los cuadros de la pared que mostraba a un niño triste examinando unos sellos con una pequeña lupa.

Lord Inglethorpe se volvió, más bien rígidamente, observó el cuadro que Arsène le había señalado y asintió mientras un velo de oscuridad parecía cubrirle el rostro. Fue apenas un instante, pero yo recordé las palabras con que *lady* Westmacott había descrito su infancia: solitaria y miserable, con progenitores fríos y reservadísimos.

—A los doce años… —contestó lord Inglethorpe, contemplando unos instantes el retrato—. Pero la pasión filatélica solo fue, ay, una licencia del retratista. Esos pedacitos de papel colorido siempre me han aburrido un poco.

Una triste sonrisa se dibujó en su cara y permaneció en ella en atención a nosotros. Después, lord Inglethorpe se dirigió a mí de nuevo, retomando la conversación donde la habíamos dejado:

—Así pues, ¿regresan pronto a Londres?

—Si nos dejan marcharnos… —murmuré como respuesta.

—Es realmente una desafortunada coincidencia que su primera visita a Hemyock se haya visto arruinada por este terrible suceso —dijo él—. Terrible e incomprensible, ¿no creen?

Asentimos ambos.

Él meneó la cabeza y añadió:

—Incomprensible, ciertamente, pero no para quien, como yo, ha visto a los hombres hacer cosas aún más terribles… y a veces sin motivo. Solo en cumplimiento de una orden. Quizá una orden equivocada…

Durante unos instantes lord Inglethorpe miró sin ver frente a él. Pero yo imaginé lo que estaba viendo en realidad: una alocada cabalgada contra los cañones. Hombres cayendo. Murallas desmoronándose.

—No deseo, desde luego, que los retengan contra su voluntad, pero confío en que a usted, a su padre y a este amigo suyo les apetezca venir a verme otra vez, a lo mejor este otoño, cuando organizaremos otra caza del zorro.

—Con mucho gusto —contestó Arsène con una pequeña inclinación—. Siempre ha sido mi sueño.

—Pero ese día no montará a *King Lear*, espero —dijo lord Inglethorpe, con una de esas sonrisas corteses y definitivas a la vez con que los aristócratas ponen fin con elegancia a una conversación.

Así fue, y no nos quedó más que levantarnos y dejarnos acompañar afuera.

Lord Inglethorpe quiso hacerlo él mismo y solo entonces me di cuenta de que no habíamos visto a su sirviente personal.

—¿Acaso el señor Lemon no se siente bien? —me interesé entonces.

Lord Inglethorpe corrió el pestillo de una puertecita en la parte trasera de Ashfield Hall, tras la cual entreví los soportales de la cuadra.

—Ah, gracias por su interés, señorita Adler. Le hablaré sin falta de su amabilidad —respondió en voz baja—. En efecto, el buen Lemon está un poco débil últimamente, pero por fin he conseguido convencerlo de que se tome un tiempo de reposo.

Gladys y *King Lear*, entretanto, aparecieron en el patio llevados

de las riendas por un mozo.

—Tengan cuidado al bajar la colina, especialmente usted, jovencito —nos recomendó lord Inglethorpe, que nos indicó el sendero más seguro.

Nos despedimos, pues.

Al pasar junto a la cuadra, vi un caballo blanco que parecía precisamente el que había divisado en el bosque el día de la cacería. Sacudía las crines, fastidiado por los tábanos.

Yo no estaba menos irritada que el cuadrúpedo: Nathaniel Neele parecía haberse precipitado al pozo directamente desde otro mundo y todo aquel asunto seguía envuelto en un misterio tan cerrado que sentía que me asfixiaba.

Capítulo 17

UNA SORPRESA EN EL BOSQUE

Dejamos atrás Ashfield Hall con la desagradable sensación de ser observados y con más dudas aún de las que teníamos cuando habíamos llegado. Tuve que esforzarme para no volverme a mirar una última vez los enormes ventanales de la mansión con sus órbitas ciegas.

—¿Qué opinas? —pregunté a Arsène cuando bajábamos a caballo por el sendero que llevaba a los bosques.

Él se encogió de hombros.

—Opino que hemos encontrado a un perfecto caballero. Quizá hasta demasiado perfecto, ¿no te parece?

—Los grandes sufrimientos agudizan la sensibilidad de las personas —contesté—. Y, ciertamente, lord Inglethorpe es un hombre que ha sufrido muchísimo en su vida… Piensa lo que tiene que ser convivir con esas cicatrices en la cara. Cada espejo en que

se ve le recuerda el horror vivido en la guerra.

—Debe de ser terrible, sí —admitió Lupin—. Sin embargo, no sé… Esas mismas cicatrices… son como un escudo detrás del cual no se sabe si hay de veras una persona o solo un buen repertorio de frases amables.

—Quizá sea el modo de comportarse de las personas acostumbradas a la soledad, ¿no crees? —rebatí yo.

—Puede ser que yo sea injusto con él, ¡pero el hecho es que ese hombre es un misterio impenetrable! Por ejemplo, ni siquiera hemos estado cerca de saber si nuestra duda tenía algún fundamento… ¿Mintió lord Inglethorpe a tu padre cuando se alejó durante la caza del zorro? No tenemos la menor idea.

Era cierto. Y lo único que podía decir era que no conseguía imaginarme mintiendo a una persona tan apacible y distinguida. Pero, en aquel instante, un pequeño Sherlock en miniatura se coló en mi mente y me advirtió de que no me dejara influir demasiado por las apariencias, así que me guardé para mí mis impresiones.

Arsène, en cambio, resopló de frustración.

—El lugar en que viste el caballo de lord Inglethorpe está aquí cerca, ¿verdad?

Eché un rápido vistazo a mi alrededor y asentí.

—Creo que estaba por allí —dije, señalando una pequeña mancha de vegetación al pie de la colina.

—¿Vamos a echar un vistazo? —preguntó Arsène con la expresión un tanto perpleja de quien quisiera tener algo mejor que proponer.

Se trataba, en cualquier caso, de un recorrido que ofrecía vistas muy agradables y acepté de buen grado.

Guiamos a *Gladys* y a *King Lear* en aquella dirección, pues, hasta que di con los mismos senderos de aquel día y, una vez allí, desmontamos.

No sabíamos bien lo que buscábamos, pero atamos de todos modos a los caballos a un árbol y nos adentramos en la espesura del bosque.

—Debió de ser más o menos… allí —reconstruí, orientándome por el recuerdo.

Tras dar unos pasos, más abajo de nosotros descubrimos, en efecto, el sendero flanqueado por los restos del viejo muro de piedra

que había visto aquella mañana. Ashfield Hall se encontraba ahora más arriba de nosotros, oculta por los árboles. El bosque era como una lengua verde que marcaba los límites de la finca.

Dimos vueltas un buen rato como inexpertos buscadores de setas en la época equivocada y no vimos nada diferente de lo esperable en un lugar así: robles y fresnos, los helechos del sotobosque, el viejo murete cubierto de musgo, un manto de hojas podridas mezcladas ya con la tierra.

Tras un rato de vagabundeo inútil entre los árboles, Lupin y yo intercambiamos una mirada de resignación. Íbamos a volver ya a nuestros caballos cuando atrajo mi atención un detalle en el bosque. Las primeras flores que anunciaban la llegada de la primavera habían brotado en gran número y con cierto adelanto sobre la estación, tal vez protegidas en aquel punto por el muro y el sotobosque. Arsène y yo caminábamos por una alfombra de minúsculos azafranes, azulados como trozos de un cielo sereno. Tapizaban toda una parte del bosque salvo en un pequeño rodal de contorno extrañamente regular, todavía cubierto por una oscura capa de hojas muertas.

—Arsène… —dije, señalando a mi amigo aquel extraño recuadro oscuro en medio del azul de las flores.

Mi amigo me miró con curiosidad y, sin esperar ni un instante, se arrodilló junto al punto que le había indicado y empezó a remover las hojas secas, que pronto dejaron al descubierto una plancha de metal oxidado.

—¡Una trampilla! —exclamó Lupin triunfante, mientras se levantaba de un salto y buscaba mis ojos con los suyos, relampagueantes de emoción por aquel descubrimiento.

Yo estaba tan sorprendida que no hice otra cosa más que mirarlo y después observar de nuevo aquella especie de puertecita aparecida, no se sabía cómo, de debajo de las hojas.

Arsène cogió una rama gruesa y la empleó para forzar la trampilla, que chirrió terriblemente. Un pájaro, asustado, alzó el vuelo desde las ramas por encima de nuestras cabezas. Miré a mi alrededor, convencida de que por allí había alguien más aparte de nosotros. Pero estábamos solos y tanto *Gladys* como *King Lear*, atados a pocos pasos, parecían tranquilos.

Arsène esperó unos segundos antes de asomarse a la abertura.

—¿Qué ves? —le pregunté.

—Muy poco —reconoció él. Esperó a que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad y añadió—: Pero… parece un túnel.

—¿Un túnel?

—Sí, diría que una auténtica galería… —siguió diciendo Arsène. Levantó más la trampilla para que entrara luz—. En cualquier caso, un pasadizo que va a algún sitio…

Más allá de la trampilla vi unos escalones de piedra que bajaban a una oscuridad que sopló sobre nosotros su aliento frío y húmedo, y que me hizo estremecer.

Lupin cerró entonces la trampilla, se puso en pie y me miró. Estaba tan contento como un niño que, después de largas horas de aburrimiento, hubiese encontrado algo con lo que jugar.

—¡Arsène! Y ahora, ¿qué diablos…? —empecé a decir al verlo precipitarse hacia *King Lear*.

—En la cuadra de Ashfield Hall he visto algo que nos viene muy bien. Voy a que, ejem, ¡me lo presten! Tardo un minuto, espérame aquí —me dijo, y dio un golpe con los talones al caballo para que se pusiera en marcha.

Ni siquiera me había dado tiempo a protestar cuando vi a Lupin subiendo ya por el camino, al galope.

Suspiré, lanzando una mirada a aquella trampilla. Un simple agujero en el terreno que, sin embargo, me parecía un abismo profundo, capaz de haberse tragado quién sabe qué oscuras verdades.

Arsène, por fortuna, cumplió su palabra y al cabo de pocos minutos lo vi volver con una lámpara de aceite en las manos.

Tras desmontar, me sonrió y, sin más tardanza, volvió a abrir la trampilla, se sacó del bolsillo un fósforo, lo frotó contra la corteza de un fresno y encendió la lámpara.

—¿Tú… tú crees que es buena idea bajar ahí? —le pregunté, recordando con un pequeño escalofrío lo que había ocurrido la última vez que Lupin había explorado el subsuelo.

Él me miró con cara de incredulidad.

—Hemos venido aquí casi sin pensar y, en cambio, hemos encontrado… ¡algo! Y este algo incluso podría ser importante, pero el único modo de saberlo es bajando a echar un vistazo, ¿no crees? —argumentó.

Mi cara debió de traicionar la inquietud que sentía ante la idea.

—De todas formas, tú te quedarás fuera para vigilar que no viene nadie. No me gusta la idea de que alguien pueda pasar por aquí y encontrar la trampilla abierta —añadió Lupin.

Aquella vez fui yo quien lo miró con incredulidad.

—¿Y piensas que estaré más tranquila si vas tú solo ahí abajo? —protesté.

—No sé, pero ¡deberías! —replicó él con una de sus sonrisas que me hacían querer abofetearlo. Y me prometió—: Además, solo voy a echar una ojeada.

Yo asentí, pero de mis labios salió un suspiro.

Lupin se me acercó entonces. Olía a bosque y tenía en el rostro finas rayas oscuras, de tierra, debidas a su fingida caída del caballo.

—Arsène… —murmuré. Pero me había atrapado con los ojos.

—Dame un beso —me dijo.

—Arsène, todo esto no… —quise protestar, negando con la cabeza, pero él me puso un dedo sobre los labios.

—Dame un beso y volveré para darte otro —añadió.

Obedecí.

Él acercó la lámpara a nuestras caras y sus facciones dibujadas por la luz se deshicieron en una sonrisa. Instantes después, el rostro de Arsène ya no estaba. Mi amigo había desaparecido bajo tierra.

No pude hacer otra cosa más que ir hasta la trampilla y esperar la vuelta de Lupin y el beso que me había prometido.

Si es cierto que un beso puede hacerse esperar hasta desgarrarte el corazón, aquel segundo beso de Arsène se me hizo el más largo de mi vida. Estaba preocupada.

Me acuclillé junto a la puertecita de aquel misterioso pasadizo en el bosque y esperé durante un tiempo que me pareció eterno. Le había dicho a Arsène que no dejara de hablar y él había obedecido, pero en determinado momento su voz, que en los primeros pasos era fuerte y resonante, se había vuelto indistinguible. Y luego había cesado.

Así que me había puesto a contar los segundos que pasaban y había mirado en torno mío, fijándome en todo lo que observaba. Había vuelto a comprobar las riendas de *Gladys* y *King Lear*, me había acercado al muro recubierto de musgo y, cuando había vuelto a la trampilla, no había conseguido librarme de la sensación de que

alguien me estaba observando.

—¡Eh! —había gritado a los árboles, que en aquel momento me parecían centinelas silenciosos—. ¡No me dais miedo!

Pero sí que me lo daban. Igual que me daban miedo el misterioso goteo que me llegaba desde algún sitio cercano, los ecos que salían del túnel en el que Arsène había desaparecido, los continuos crujidos de ramas rompiéndose sin motivo aparente a mi alrededor, y los resoplidos de los caballos, los aleteos imprevistos…

Caminaba en una dirección, luego me paraba, me volvía de sopetón, convencida casi de haber sorprendido por fin al misterioso observador que me espiaba con su mirada huidiza. Pero nada. Nadie. Solo estaba yo. Y el bosque.

Después de aquella larga espera, despotriqué. Les di patadas a algunas piedras. Me froté las manos. Me esforzaba en seguir contando los segundos que pasaban y la enajenadora musiquilla de los números en mi cabeza me hacía sentir como en un sueño.

Pasaron así más de diez minutos. Después, por fin, oí unos pasos detrás de mí.

—¡Arsène! —exclamé, olvidándome de los números nada más verlo asomar por la trampilla.

Corrí hacia él, le agarré la cara y dejé que cumpliera lo prometido.

—¿Sabes adónde lleva esto, Irene? —susurró él teniéndome aún abrazada, tan tranquilo, como si fuese algo totalmente normal.

Yo me sonrojé y me separé de él.

—Bueno, Arsène, ya hace tiempo que lo pienso. Y creo que… en fin, que esto no debe volver a pasar entre nosotros.

—No digas tonterías —respondió él. Y, con una sonrisa, añadió —: ¡Lleva precisamente a la Pale Horse Inn!

Capítulo 18

UNA PIEDRA EN EL ESTANQUE

Lupin y yo volvimos a montar nuestros caballos y, tratando de aclararnos, bajamos a paso lentísimo hacia Hemyock.

—¿Y bien? —dije yo, dudando de las consecuencias que podía tener el descubrimiento que acababa de hacer Arsène.

—Pues que ahora mis sospechas no son tan infundadas —contestó tranquilamente—. Lord Inglethorpe podría haberle mentido de verdad a tu padre en la cacería para quitárselo de encima. Y necesitaba hacerlo porque tenía que llegar a esa trampilla en secreto.

—Pero ¿para hacer qué?

Arsène abrió mucho los ojos.

—Quién sabe… A lo mejor esta galería secreta sirve para algún oscuro tráfico en que están implicados tanto Inglethorpe como Sheppard, que quizá sea un tipo mucho más turbio de lo que pensaba. Puede que Neele interfiriera en sus asuntos y pagara el precio que sabemos.

—Lo mataron —proseguí yo, siguiendo el hilo del razonamiento de Lupin—. Luego lo metieron en un saco y se lo confiaron al misterioso carretero que casi me arrolla.

Mi amigo asintió.

—Precisamente. Y, por lo que sabemos, el carretero podría haber sido el propio Sheppard disfrazado y con la cara tapada…

—No —lo interrumpí. Y lo hice con tanta firmeza porque en aquel momento me vino a la cabeza un detalle que había visto aquella mañana—. ¡Las manos! Siempre he tenido la sensación de que había algo extraño en aquel hombre, porque enseguida vi sus manos: eran blancas y finas, desde luego no las de un labrador o un carretero. Mientras que las manos de Sheppard, que pude ver bien cuando fui a la Pale Horse Inn para hablar con la policía, son completamente distintas, toscas y estropeadas como las de quien trabaja con ellas.

—Eso significa que en este asunto debe de estar implicada otra persona —concluyó Lupin.

Ambos nos miramos. Era inútil negarlo, en momentos como aquel echábamos muchísimo de menos a Sherlock. Él y su mente capaz de componer con un montón de detalles desordenados una imagen única, clara y nítida.

Lupin y yo, en todo caso, continuamos descendiendo hasta enfilar la carretera que, bordeando el cementerio y la vicaría, bajaba al pueblo.

—¡Claro! Ahí desemboca nuestro túnel —me dijo Lupin, señalando un viejo cobertizo cubierto de hiedra.

—¡Y justamente en este camino me topé con el carro que casi me atropella! —exclamé, señalando a mi vez un punto delante de nosotros en aquella misma carretera.

—Según tú, ¿qué pueden ser todas estas coincidencias? —me preguntó Lupin con los ojos desencajados.

—¡Puedes pensarlo, amigo mío, pero hacerlo equivaldría a reconocer que eres un notable ingenuo! —respondí imitando la voz de Sherlock.

Arsène se echó a reír y mis carcajadas pronto se unieron a las suyas. Aquel breve momento de alegría nos hizo bien a los dos, pero enseguida volvimos a pensar en nuestra investigación.

Era cierto, no habíamos delineado una hipótesis digna de

nuestro amigo Sherlock Holmes, pero sabíamos al menos que no seguíamos con las manos vacías: ambos teníamos claro que aquel túnel secreto que iba del bosque al pueblo, hasta muy cerca de donde se había alojado el señor Neele, debía de tener alguna función en aquel terrible asunto, aunque aún no supiéramos cuál. Además, era legítimo pensar que la policía, gracias a una inspección más cuidadosa que la que había podido hacer Arsène, podría descubrir si aquella galería había sido realmente el escenario del delito, como nosotros sospechábamos.

Pero entonces ¿qué debíamos hacer? ¿Correr a ver al agente Murdoch en la Pale Horse Inn y, tomando muchas precauciones para que no nos oyera el señor Sheppard, señalarle lo que acabábamos de hallar? Y si le contábamos que habíamos encontrado la galería por pura casualidad, ¿nos creería o, por el contario, nos meteríamos en apuros?

Ante la duda, Arsène y yo decidimos actuar con prudencia.

—Estoy convencido de que la policía debe buscar cuanto antes un nuevo indicio que la ayude a resolver el caso Neele —sacó en conclusión Arsène.

Llegamos, entretanto, a casa del señor Ralston y nos escabullimos hasta mi habitación, donde nos sentamos de inmediato al escritorio.

Nos consultamos rápidamente qué palabras debíamos usar, y al final Arsène mojó la pluma de ganso en el tintero, la cogió de una manera muy incómoda y extraña para alterar su letra y redactó estas líneas:

El cobertizo con hiedra de la carretera de la vicaría no es lo que parece. ¡Ábranlo y descubrirán su secreto!

Luego firmó como «un amigo de la policía»: ¡lo más falso que una mano humana hubiese escrito jamás!

En ese punto, solo nos quedaba entregar la nota, pero Lupin me aseguró que sería un juego de niños.

—A la hora de la comida, la Pale Horse Inn se llena de coloradotes habitantes de Hemyock que van allí a comerse un par de salchichas y a charlar un rato sobre el misterioso delito. En el barullo, deslizaré nuestra nota en un bolsillo del agente Murdoch —

me explicó.

En pocas palabras, tiraríamos nuestra piedra al estanque con la esperanza de que pudiera dar un empujón a las pesquisas.

Arsène se despidió de mí en el jardín de la casa de Ralston y, después de que me guiñara un ojo, lo vi desaparecer detrás de un arbusto. Al entrar en la casa descubrí que mi padre le había ordenado al señor Nelson que preparara nuestro equipaje, porque había obtenido permiso para volver a Londres y, por tanto, partiríamos pronto, tal vez aquella misma tarde. No me apenó demasiado. Por un lado, estaba ansiosa por saber si Holmes, en la capital, había descubierto algo, como imaginaba, y por otro me parecía que, con nuestra nota, Arsène y yo habíamos hecho todo lo que estaba en nuestras manos para ayudar en la investigación.

Comimos en un ambiente distendido, con el señor Ralston amenazando con aceptar tarde o temprano la invitación de mi padre de ir a vernos a la ciudad (en el fondo, muy en el fondo, echaba de menos un poco el humo y el ruido de Londres, dijo) y Leopold con aspecto de haber vuelto a ser él mismo: vital, alegre, decidido. Pese a los funestos hechos de los últimos días, el aire del campo y las cabalgadas le habían sentado muy bien.

Habíamos terminado de comer y estábamos ya bebiendo el té cuando la quietud de aquel día despejado y sereno de finales del invierno se vio rota por gritos bastante fuetes.

—¡Lo han encontrado! ¡Lo han encontrado! —se desgañitó un joven hombre al otro lado de nuestra ventana.

El señor Ralston desencajó los ojos y, posando la taza en la mesa, fue con dos zancadas nerviosas hasta la ventana y la abrió ante los ojos acuosos y preocupados de su mayordomo. También mi padre y yo nos levantamos para mirar afuera. Vi que aquella voz pertenecía a un joven caballerizo al servicio de Ralston.

—Por Dios, Mickey… —dijo nuestro anfitrión—. ¡Para de gritar de ese modo! ¡Será mejor que estés hablando del Santo Grial!

—¡No, señor! —dijo el joven, que se quitó el sombrero e hizo una leve inclinación—. Se trata del asesino, el que mató al forastero en el Pozo de las Brujas… ¡Dicen que fue el señor Lemon!

Un murmullo excitado corrió enseguida entre la servidumbre, que había salido precipitadamente a la puerta de la casa.

—¿El señor Lemon? —se preguntó nuestro anfitrión—. ¿Y quién

demonios es el señor Lemon?

—El sirviente personal de lord Inglethorpe —le informó su mayordomo.

—Pero… —balbució mi padre—. ¿Ha confesado?

—¡No, señor! —exclamó el joven Mickey, todavía emocionado —. ¡Se ha escapado!

Yo me sobresalté.

¡El señor Lemon, por tanto!

Aquella noticia llegada de improviso desencadenó un torbellino de pensamientos en mi cabeza. ¿Era posible que la aparente mala salud de Lemon no hubiera sido más que un simulacro para conseguir unas vacaciones y poder organizar mejor su huida? Y el caballo en la cuadra de lord Inglethorpe que yo había visto en el bosque, ¿acaso lo había utilizado el sirviente?

Mi padre, por su parte, meneó enérgicamente la cabeza.

Lo miré con cara interrogativa.

—Con un asesino fugitivo… —me explicó entonces—, no creo que sea aconsejable coger el tren esta tarde.

Me fue prohibido moverme de la casa y pensé inmediatamente en Lupin. Esperé que la incansable lengua de los aldeanos lo hubiera advertido ya de la sensacional novedad. Me habría gustado, más que nada, poder hablar con él del inesperado giro final del caso, pero supuse que la policía habría impuesto el toque de queda también a los clientes de la Pale Horse Inn y me consolé pensando que al menos mi amigo estaba seguro.

Aquella fue una tarde de espera, de sutil inquietud, pero también de innegable emoción. Ralston les había pedido a Mickey y a otro mozo que hicieran turnos de guardia a la entrada de la propiedad, y él mismo tenía al lado su fiel Remington.

El recuerdo que tengo de aquella tarde está compuesto de infinitas miradas por las ventanas, partidas de *whist* jugadas para distraernos, tazas de té e interminables relatos de juventud por parte del señor Ralston.

De ese modo llegamos a la hora de la cena y, después de que todos apreciáramos un buen consomé y un estofado de conejo a la leche, cuando todavía no habían sonado las ocho de la noche, mi padre y yo nos retiramos a nuestras habitaciones.

—Confío mucho en que pillen pronto a ese delincuente, así mañana podremos dejar de causarte molestias, amigo mío… —se excusó Leopold con nuestro anfitrión.

—Ah, ¿y eso por qué? —replicó él, preparándose para otra noche en el sillón en compañía de su fusil—. ¡Al revés, han sido los días más emocionantes desde hace muchos años! ¡Quiero que vengáis también el año próximo!

Sonará raro, pero, después de una semana de convivencia más o menos forzada, incluso el extravagante sentido del humor de Ralston empezaba a hacérseme más familiar y hasta soportable.

—Buenas noches, señor Ralston —me despedí—. Buenas noches, papá.

Me dirigí al piso de arriba y en el pasillo encontré a Horace, él también dispuesto a pasar otra noche en vela.

—Espero que las recientes noticias no hayan tenido el efecto de hacerla sospechar del servicio —bromeó en voz baja.

—Puede jurar que es así —respondí yo—. Por contra, sigo fiándome de los amigos, y les doy las gracias cuando veo que se toman tantas molestias por mí —dije para terminar, poniéndole una mano en el brazo.

Una sonrisa socarrona y una pequeña inclinación fueron su réplica.

—Buenas noches, señorita Irene.

—Buenas noches, Horace, y gracias. De verdad.

Dicho aquello, entré en mi cuarto y cerré la puerta a mi espalda. Me sentía cansadísima. Y no conseguía pensar en nada. ¿Qué había ocurrido allí afuera? ¿Nuestra nota había desempeñado algún papel en la solución del misterio? Me parecía improbable, teniendo en cuenta lo pronto que había llegado la noticia de la huida de Lemon. No obstante, ¿quién podía saberlo…?

El hilo de aquellos pensamientos confusos fue enredándose hasta convertirse en una breve ensoñación, a la que siguió un sueño muy profundo.

Sueño que, de todos modos, fue roto bruscamente unas horas más tarde, cuando me desperté de pronto, gritando.

Alguien había disparado. Un tiro fortísimo. En el piso de abajo.

Agarré la sábana. Todo estaba oscuro. Por la ventana no entraba ni un rayo de luna. Habían disparado.

Salí de mi habitación y oí unos pasos en el rellano. Una voz me llamó:

—¿Señorita Irene?

—¿Horace?

El señor Nelson y yo bajamos la escalera, despacio, y al final de las peldaños vi salir una figura de la oscuridad al tenue halo de luz de una vela. Era mi padre, en bata y con los ojos aún adormilados.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunté.

—Ralston… —me contestó él, y me estrechó contra él, preocupado.

Se oyeron más pasos y unas voces.

Llegaron el mayordomo, también en bata, y otras personas de la servidumbre.

Alguien abrió una puerta. La del comedor.

—¡Así aprenderás a no colarte en mi casa! —oí gritar. Era la voz del señor Ralston.

Una mujer chilló.

El señor Nelson corrió en la dirección de la que procedía el chillido, pero volvió poco después y, con voz de barítono, advirtió a mi padre:

—No hay mucho que ver, señor Adler. Acompañe de vuelta a la señorita.

Al oír lo cual yo me solté de mi padre y me colé en el comedor.

—¡Irene! —gritó Leopold intentando detenerme en vano.

Pero yo ya había entrado en la estancia en que habían disparado. Conseguí ver al señor Ralston de pie sobre la alfombra, todavía con el fusil en la mano. Y, boca arriba a sus pies, un hombre.

El señor Lemon.

Al lado de su cuerpo, por una ventana abierta, penetraba la luz de la luna, que le iluminaba los brazos estirados.

Me estremecí. Sus manos eran blancas y delgadas. Y me parecieron increíblemente semejantes a las del misterioso carretero que casi me había embestido.

Capítulo 19

CASI UNA ALUCINACIÓN

En medio del gran alboroto que reinaba en la casa del señor Ralston al día siguiente, vino a verme Lupin, tan excitado como yo.

También el inspector Davis, que había llegado a toda prisa de Sidmouth, vino de forma precipitada a casa de nuestro anfitrión, así que mi amigo y yo pudimos oír (o quizá sería más correcto decir «espiar») la reconstrucción de los hechos que hizo el policía en presencia tanto de Ralston como de mi padre en un saloncito apartado.

Ante todo, el inspector quiso precisar que el dueño de la casa no debía albergar ninguna preocupación por su situación: aunque había matado a un hombre, no había ninguna acusación de homicidio contra él, dado que la ley británica de la propiedad privada lo amparaba por completo. Davis contó luego, confidencialmente, que un consternado lord Inglethorpe, la noche anterior, había corrido a referir a la policía lo que había descubierto

del señor Lemon tras la desaparición imprevista de Ashfield Hall de su sirviente personal. El criado tenía un pasado de jugador, y muchas más deudas de las que había confesado nunca a su señor. Aquellos hechos habían salido a la luz cuando lord Inglethorpe, movido por la desaparición de Lemon, había decidido ordenarle a su gobernanta que registrara la habitación del sirviente y la mujer había encontrado allí unos pagarés escondidos entre las páginas de un libro y, sobre todo, un mensaje de chantaje firmado con las iniciales *N. N.* Nathaniel Neele.

Todas aquellas novedades, afirmaba el inspector Davis, parecían dibujar un cuadro bastante claro de la situación: Nathaniel Neele, un hombre solitario, pasante en un bufete londinense, sin mujer ni hijos, chantajeaba a Lemon, tal vez por viejas deudas de juego de las que había intentado huir entrando de servicio en un pueblo remoto de Inglaterra, adonde esperaba que nadie fuera a buscarlo nunca. Al verse sorprendido, y perseguido de nuevo por su vida pasada, Lemon había intentado librarse de Neele de la manera más definitiva posible.

Y la cosa le había salido decididamente mal. El inspector todavía no tenía una explicación para la irrupción de Lemon en casa de Ralston aquella noche, pero conjeturaba con un intento de robo para reunir todo el dinero posible antes de escapar, suponía que al extranjero.

Así terminaba, pues, aquella historia terrible. Mi padre, bastante conmocionado por lo sucedido, me dijo que justo después de la comida nos marcharíamos de aquel pueblo infernal para regresar a Londres. No puedo negar que yo también me sentí aliviada ante la idea de encontrarme de nuevo en casa.

—¡Mañana nos veremos en la Shackleton Coffee House y Holmes nos dirá que para él la culpabilidad de Lemon resultaba del todo obvia! —bromeó Lupin.

Mi amigo y yo nos reímos, pero en realidad no veíamos la hora de analizar con Sherlock aquella última aventura delante de una taza de chocolate humeante.

Acabábamos de ponernos de acuerdo para hacer juntos el viaje de vuelta a Londres cuando el mayordomo del señor Ralston me tendió una bandejita de plata con un pequeño sobre.

Era un mensaje de lord Inglethorpe, que se manifestaba afligido porque nuestra estancia en Hemyock se hubiera transformado en una especie de pesadilla. Dadas las circunstancias, confesaba que se sentía culpable por lo sucedido y nos invitaba a Lupin y a mí a un té a las once, rogándonos que extendiéramos la invitación a mi padre, para expresarnos sus disculpas y saludarnos antes de nuestra marcha.

La idea de poder ver una última vez a aquel hombre amable y atormentado, ahora que toda sospecha sobre él se había borrado, no me disgustó en absoluto. Mi padre, en cambio, se excusó y dijo que quería estar tranquilo en la casa para preparar el equipaje con el señor Nelson.

—He de confesar que ese hombre me hace sentir incómodo. ¿Por qué no vas con Arsène, Irene? Creo que lord Inglethorpe no se tomará a mal si le mando mis saludos con vosotros.

El mensajero fue enviado de vuelta, pues, con la respuesta y Lupin se entretuvo en casa de Ralston hasta que llegó la hora de hacerle la visita a Ashfield Hall.

El mayordomo nos recibió en la puerta y nos condujo al salón donde nos esperaba lord Inglethorpe. Nada más vernos, el hombre se levantó de su sillón y nos pidió que nos sentáramos al tiempo que nos agradecía que le concediéramos la cortesía de aquella visita.

Mientras nos acomodábamos, el anfitrión se prodigó en mil excusas por los hechos horribles que habían arruinado nuestra estancia en Hemyock. Yo le respondí con presteza que no tenía nada por lo que pedir disculpas.

Una vez sentados, lord Inglethorpe meneó la cabeza.

—Es usted gentil al hablar así, señorita Adler —dijo—. Pero no puedo evitar pensar que yo tendría que haber comprendido lo graves que eran las dificultades que acuciaban a Lemon.

—No se lo reproche, lord Inglethorpe. La vida de una persona es a menudo un secreto, incluso para aquellos que viven con ella —dije, recuperando de mi memoria una frase leída en alguna novela.

Los labios del hombre se curvaron en una mueca vagamente parecida a una sonrisa.

—Imagino que así es, señorita Adler —admitió luego mientras, con un gesto, ordenaba que nos sirvieran el té.

Al tiempo que su rostro se serenaba ligeramente, nos confesó

que no ignoraba del todo el pasado del señor Lemon, pero que había querido darle la oportunidad de rehabilitarse. Había visto demasiadas vidas echadas a perder por un error cometido en el pasado, a consecuencia del cual nadie concedía la posibilidad de remediarlo. Vidas de soldados, de jugadores, de locos enamorados.

—La vida debería dar siempre una segunda oportunidad —dijo, con un énfasis que me sorprendió.

Arsène dijo que estaba completamente de acuerdo con él.

Entonces, y por primera vez, lord Inglethorpe nos preguntó algo más de nuestra vida, sobre quiénes éramos y qué hacíamos. Me sentí un tanto cohibida al contarle parte de mi pasado a una persona que sabía que había tenido una historia tan profundamente marcada por el dolor, como si todo lo que yo decía pudiera sonar extremadamente fútil en comparación.

Con todo, mientras hablaba pensé que aquel hombre me comprendía. También Arsène contó algo de él y yo quedé impresionada por lo que me pareció cierta afinidad que nos unía. Éramos, por decirlo así, tres personas que no podíamos mirar al propio pasado sin ninguna inquietud. Yo, con el misterio de mi verdadero origen flotando aún en torno a mí; Arsène, con su tormentosa vida familiar y sus problemas con la justicia; y lord Inglethorpe, con todo lo que le había ocurrido en la guerra. Esa imposibilidad de hablar de nosotros de modo sencillo y claro, como en cambio le era dado hacer a casi todas las personas, en cierto modo nos acercó y creó una especie de impalpable complicidad, que selló el propio lord Inglethorpe al final de la conversación.

—El té quizá no sea la bebida más indicada y yo no soy más que una vieja ruina, pero espero que me concedan el hacer en este momento un pequeño brindis por el futuro —dijo, y levantó en el aire su taza de porcelana. Me pareció que un relámpago de satisfacción pasaba por su mirada.

Acababa de llevarse la taza a los labios cuando oí la puerta abriéndose brusca y ruidosamente a mi espalda.

Arriesgándome a derramar el té en la alfombra, dejé la taza en el platito y me volví a toda prisa. Al principio pensé que era una alucinación. Porque en el umbral había aparecido Sherlock Holmes.

—Estaban proponiendo un brindis al futuro, si no he oído mal, pero ¡me temo que no es nada apropiado, señor! —exclamó nuestro

amigo con voz cortante.

Lord Inglethorpe se puso en pie sorprendido, y Lupin y yo con él.

—¡Por todos los dioses! ¿Quién… quién es usted, muchacho? ¿Y… qué está ocurriendo? —preguntó.

Sherlock no había ido solo. Con él estaban el inspector Davis, su ayudante Murdoch y otro agente de uniforme. Los tres jadeando visiblemente.

Sherlock corrió de inmediato hasta nosotros.

—¡Irene, Arsène! —dijo—. ¿Estáis bien?

Yo estaba demasiado sorprendida para contestar. Me limité a asentir y a intentar comprender qué era lo que sucedía.

—¡S-sí! Pero ¿se puede saber qué haces aquí? —le preguntó entonces Lupin, mirando a Holmes con los ojos desencajados.

—Sí, por favor… —intervino lord Inglethorpe, airado—. ¡¿Alguien podría dignarse a explicarme el significado de esta bárbara irrupción en mi casa?!

Y, después de casi gritar aquellas palabras, lanzó una mirada terrible a Sherlock.

—¡Policía de Sidmouth! —respondió secamente el inspector Davis, adelantándose—. Estamos aquí por el asesinato del señor Nathaniel Neele.

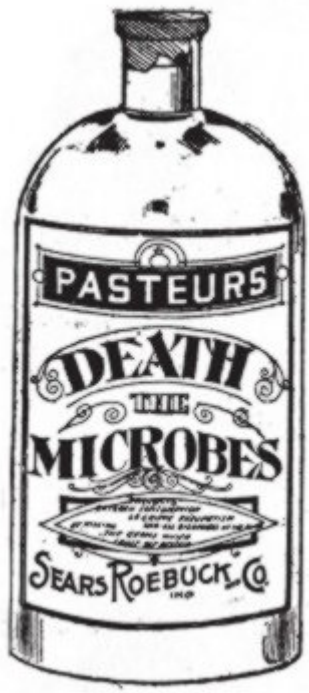
—Por el asesinato de… ¡Oh! ¡Su comportamiento es inaudito! —se asombró el dueño de Ashfield Hall—. Ya hice mi declaración, y en caso de que consideren que debo…

—Pero ¿no lo entiende? —lo interrumpió Holmes sin contemplaciones—. Puede dejar de interpretar por fin, lord Inglethorpe. ¿O acaso debería llamarlo por su verdadero nombre… o sea, Benjamin Beresford?

Aquel nombre resonó en el gran salón de Ashfield Hall como un disparo de revólver. Y, al oírlo, lord Inglethorpe palideció mientras los signos de rabia de poco antes desaparecían de su rostro surcado por cicatrices, que quedó rígido y carente de expresión, como una vieja máscara deteriorada.

Capítulo 20

UNA INDAGACIÓN LONDINENSE



Entre los muchos recuerdos que para mí permanecerán siempre ligados al nombre de Sherlock Holmes, la sorprendente entrada en escena en Ashfield Hall es uno de los más vívidos y más hondamente grabados en mi memoria.

Aquel momento era, en realidad, la culminación de una investigación que, tal como había imaginado, Holmes había emprendido nada más volver a Londres.

Puesto que Arsène y yo no habíamos estado a su lado en aquellas horas que resultarían decisivas para la resolución del caso Neele, cuando todo terminó hicimos que nuestro amigo nos contara qué había ocurrido mientras se encontraba en la ciudad.

Yo transcribí luego en mi diario lo que Sherlock nos refirió y es recurriendo a esas páginas amarillentas como ahora puedo ofrecer el resumen de aquella fulminante investigación londinense, en la cual ya se ve brillar el ingenio indagador de quien estaba destinado a convertirse en el detective más grande de todos los tiempos.

Todo había empezado el domingo anterior, con un silencioso Sherlock Holmes encogido en el rincón de un compartimento vacío del tren que lo llevaba de vuelta a Londres. Como un arqueólogo que, en su estudio, desempolva y cataloga los objetos hallados en el lugar de excavación, nuestro amigo había examinado metódicamente toda la información recabada en su breve estancia en Hemyock, incluidos los detalles que yo había sido capaz de proporcionarle justo antes de su partida.

Según Holmes, había bastado con colocar todos aquellos elementos en el orden debido para ver surgir las líneas que debería seguir su búsqueda.

La primera circunstancia que captó la atención de mi amigo fue resultado, conforme él mismo admitió, de una de las inclinaciones más enraizadas de su pensamiento, es decir, la desconfianza extrema hacia las coincidencias.

Y en aquel viaje en tren, una coincidencia en concreto, que ya había notado en días precedentes, volvió a zumbar en la cabeza de Sherlock como la más fastidiosa e insistente de las moscas: tanto lord Inglethorpe como el doctor Beresford, el hombre encontrado muerto en
Jacob’s
Island unos días antes, habían luchado en el sitio de Sebastopol. Dos delitos, separados por un breve lapso de tiempo, estaban ligados en cierta forma con una guerra de hacía casi veinte años, cuyo recuerdo muy raramente afloraba ya en la conversación de la gente y en las páginas de los periódicos. Y en cambio ahora lo había hecho, además por dos veces en el curso de pocos días…

A los ojos de Holmes había suficiente para querer hacer algunas verificaciones al respecto y el único motivo de fastidio para él era el hecho de que, para tales verificaciones, debería valerse, al menos en parte, de la ayuda de su hermano mayor.

Mycroft Holmes, en efecto, en aquella época apenas había dado los primeros pasos de su precoz y brillantísima carrera como

funcionario del gobierno de la Corona, en el cual estaba escalando peldaños rápidamente. Eso le permitiría acceder con facilidad a los viejos papeles guardados en el archivo del ejército de Su Majestad.

El segundo elemento que llamó la atención de Sherlock fue, en cambio, algo tan banal como el nombre de una calle de Londres: Amwell Street. Su formidable memoria le permitió, en efecto, recordar que, según *The Times*, aquella era la calle en que se encontraba el consultorio médico del difunto doctor Beresford. Y *Amwell St, Clerkenwell* era también lo que mi amigo había podido leer, escrito en elegantes caracteres azules, junto a los apellidos Archibald y Mallowan en el membrete de la hoja que habíamos encontrado en la habitación de Neele en la Pale Horse Inn y que él había alisado cuidadosamente y examinado durante el viaje. Para Holmes, el nombre de aquella calle se había convertido de inmediato en otro hilo invisible que, esta vez, parecía relacionar a las víctimas de los dos crímenes. Esos mismos crímenes que, en la estela de todos los demás razonamientos, nuestro amigo había ya puesto uno al lado del otro.

A Sherlock le pareció que aquellas dos intuiciones, por aventuradas que fueran y basadas solamente en el puro pensamiento hasta entonces, tenían, no obstante, el mérito de sustentarse la una a la otra, y eso le bastó para bajar del tren en Victoria Station de un humor excelente, como un jugador de ajedrez que empieza a entrever una posible estrategia de ataque.

Y si la primera intuición, la relacionada con el sitio de Sebastopol, no exigía más que hacer llegar un mensaje a Mycroft pidiéndole que realizara una pequeña búsqueda en los archivos del ejército sobre lord Edward Inglethorpe y Timothy Beresford, la segunda requería un poco de saludable acción.

Así, antes incluso de que amaneciera el lunes, antes de entrar en el colegio, mientras yo dormía en una habitación de la casa de Ralston y Arsène Lupin acababa de volver de su seguimiento nocturno del señor Sheppard, Sherlock se había encaminado por las calles todavía oscuras de la ciudad y había llegado a Amwell Street, en el distrito de Clerkenwell.

Holmes nos aseguró que había sido el paseo más satisfactorio de toda su vida. De hecho, una vez recorrida la mitad de la calle, había

reparado en la vistosa placa de latón del bufete legal Archibald & Mallowan junto a la puerta del número 88 y, solo dos puertas más allá, en la mucho más sobria del consultorio médico del doctor Timothy Beresford.

En el número 90, el único edificio que separaba el despacho del consultorio, campeaba el letrero rojo y dorado de un *pub*, el Three Feathers, que Sherlock se prometió visitar por la tarde, cuando estuviera abierto.

¡Aquel era ya un pequeño triunfo! A los ojos de un enemigo jurado de las coincidencias, la cercanía del despacho y el consultorio había sido como una confirmación de su intuición, y en aquel momento Sherlock habría estado dispuesto a apostar un brazo a que en aquel local se escondía algo interesante para la investigación. Entretanto, nuestro amigo quiso aprovechar aquellos instantes de gran calma para hacer una pequeña inspección no autorizada del consultorio del doctor Beresford.

Afortunadamente, tal como había imaginado, dada la investigación por homicidio aún en curso, después de la muerte del médico el consultorio no había sido tocado más y, por otra parte, tratándose de un segundo piso, el lugar no estaba vigilado por agentes. Forzar las sencillas cerraduras después de los trucos aprendidos de su amigo Lupin fue para Holmes un juego de niños.

El consultorio era pequeño, pero organizado con maniática precisión. Timothy Beresford había sido en vida un hombre extraordinariamente ordenado y a Sherlock le complació: aunque él fuera justo lo contrario, apreció el carácter extremadamente preciso y metódico del doctor Beresford, porque un orden así haría apercibirse con más rapidez de cualquier extrañeza o anomalía.

Y así fue.

Con apenas unas pocas ojeadas rápidas, Sherlock se percató de un detalle: entre los fármacos guardados con meticulosidad en su vitrina de cristal faltaba solo un botecito. Un rápido control del minucioso inventario que el doctor tenía en el cajón izquierdo de su escritorio le había revelado luego que se trataba de un bote de cantaridina, una sustancia que, tomada en cierta cantidad, es un veneno mortal.

El registro había durado unos minutos más y el único otro elemento digno de interés que había encontrado había sido la

minúscula agenda de citas que el doctor Beresford llevaba de forma habitual en el bolsillo de su bata y en la cual podía leerse, precisamente en la página del día en que lo habían matado, que Timothy tenía una cita con alguien nombrado simplemente como *B*.

En ese punto, Holmes, veloz como una sombra, se había escabullido del consultorio de Beresford con cuidado para que nadie lo viera y había corrido hacia el primer carruaje que encontró.

El tiempo ganado trasladándose en el vehículo había resultado precioso. En efecto, en los minutos que le quedaban para el inicio de las clases había conseguido colarse en la biblioteca de la St Paul's School para buscar en una enciclopedia, gracias a la cual se había informado debidamente sobre aquella sustancia llamada cantaridina.

Había descubierto que se extraía de las alas de un insecto, el *Lytta vescicatoria*, y que se utilizaba sobre todo en el tratamiento de verrugas. Si se ingería, en el mejor de los casos producía cansancio, palidez y exceso de sudoración; en el peor, fiebre, hemorragias nasales, dolores cada vez más fuertes, inflamaciones cutáneas y, finalmente, la muerte. Para saber si estaba presente en una comida, decía la enciclopedia, había que disolver una muestra del alimento envenenado en aceite y pasarlo por un conejo despellejado: la cantaridina formaría en la piel una serie de minúsculas ampollas. Y mientras el profesor de Latín declamaba versos de Virgilio, Sherlock había vuelto a pensar en algo que yo le había contado: la palidez y la sangre de la nariz figuraban, en efecto, en la descripción que le había dado del señor Lemon, el sirviente personal de lord Inglethorpe. Una tesela más de aquel complicado mosaico y que podía mantener alto el humor de mi amigo pese a la forzada lejanía del lugar de la investigación en marcha.

Sherlock no había tomado más que algún bocado en la comida con su familia y, con el pretexto de ir a estudiar a casa de un poco precisado compañero de clase, había salido inmediatamente para volver a Amwell Street. Había llegado el momento de hacer una visita al *pub* Three Feathers.

Las expectativas de Holmes no habían quedado defraudadas.

Entre las oscuras paredes de madera del local mi amigo había podido descubrir, de hecho, que tanto el doctor Beresford como el señor Neele eran buenos clientes. El doctor se había convertido en un parroquiano asiduo desde que había perdido a su mujer de forma repentina, hacía un par de años. El señor Neele, en cambio, era cliente fijo desde que había sido contratado como pasante en el bufete legal Archibald & Mallowan.

Por lo que el dueño del Three Feathers sabía, los dos debían de haberse conocido justo allí, en el *pub*, hacía unos seis o siete meses. Y, evidentemente, debían de haberse resultado simpáticos, puesto que habían pasado los tres meses siguientes sentándose a la misma mesa, rodeados de papeles y ocupados en un «trabajo» del que nadie hablaba abiertamente pero que el señor Neele había llamado una vez, bromeando, «mi pensión».

El tabernero creía que tenían entre manos una novela, pues pasaban el tiempo hablando y escribiendo. En realidad, era el señor Neele el que llevaba papel y pluma para anotar lo que el doctor le decía. Una larga, larguísima historia, parecía, de la que nadie más sabía nada en el Three Feathers.

Tras tener conocimiento de aquellos hechos, Sherlock no lo había dudado más: escribieran lo que escribiesen en aquellas hojas, era muy probable que hubiera conducido a la muerte del doctor Beresford y del señor Neele.

La última parada de Holmes en aquella tarde frenética había sido en Whitehall, en la oficina de su hermano Mycroft. El hermano mayor de Sherlock siempre había mirado con cierta perplejidad las que, con una pizca de sarcasmo, llamaba nuestras «actividades recreativas». En aquella ocasión, no obstante, el cuadro que Sherlock le había descrito en su mensaje había bastado para convencerlo de la gravedad de todo el asunto y había localizado la información con la máxima prontitud.

Cuando nuestro amigo había llegado a la oficina de su hermano, una carpeta llena de hojas amarillentas lo esperaba ya sobre la mesa. Y de aquellos viejos papeles había surgido la más desconcertante de las verdades.

—Pero quizá el propio señor Beresford quiera contarnos su historia… —dijo para terminar Sherlock, que posó una mirada fría en el hombre que hasta aquel momento habíamos llamado lord

Inglethorpe.

—¡Tú desvarías, muchacho! ¡Y no tengo la menor intención de quedarme aquí para que se me ultraje! —vociferó él.

Hizo ademán de levantarse del sillón, pero el inspector Davis y su ayudante fueron más rápidos.

—¡No intente dar ni un paso, Beresford! —le advirtió el último, que le apuntó con una pistola.

¡Así pues, también los policías lo llamaban por aquel nombre! Miré a Lupin estupefacta y me percaté de que mi amigo no estaba menos pasmado que yo.

—Habla tú… —dijo el inspector tras unos instantes de silencio, haciendo a Sherlock un gesto con la barbilla.

Mi amigo respiró hondo y asintió. Se volvió hacia el cuarto hombre que se había presentado con ellos y este le pasó unos papeles de archivo del ejército de Su Majestad.

—Estos documentos han permanecido sepultados bajo el polvo durante años —prosiguió Sherlock—. Una vieja cartilla militar, sobre todo, que cuenta cómo empezó…

Lord Inglethorpe pareció rugir en su sillón, donde se veía obligado a estar sentado por la amenaza de la pistola del agente Murdoch. Pero Sherlock no se dejó impresionar.

—Cuando leí los documentos referentes al médico militar Timothy Beresford solicitados al archivo del ejército, me llevé enseguida una gran sorpresa. En el mismo regimiento de infantería en que combatió Timothy en Crimea en 1854, el segundo regimiento, servía otro soldado de nombre Beresford, un subteniente para ser precisos, nacido en el mismo pueblo y el mismo año que Timothy. Se trataba de su primo, es decir, el aquí presente Benjamin Beresford…

—¡Calla, estúpido chiquillo, antes de que te cierre la boca de un puñetazo! —gritó el hombre sentado en el sillón—. Has conseguido convencer, no sé cómo, a estos dos tontos policías para que hagan caso de tus desvaríos… Pero ¡ahora deberán pagar todos las consecuencias de esta afrenta! Mi nombre es Edward Burton Inglethorpe, octavo barón de Hemyock. Y estaba en el segundo regimiento, claro que sí, pero en calidad de oficial, ¡y parece que tendré que recordarles que casi perdí la vida frente a los muros de Sebastopol!

El hombre estaba fuera de sí y el agente Murdoch tuvo que ponerle bruscamente la mano en el hombro para que volviera a sentarse mientras le apuntaba con la pistola a un palmo del rostro.

Sherlock esperó en silencio el final de aquel arrebato y luego volvió a hablar, imperturbable.

—En el transcurso de 1855, con la intensificación de la guerra, Benjamin fue nombrado asistente de campo de un joven oficial, el capitán Edward Burton Inglethorpe, precisamente, en cuya casa nos encontramos ahora. Y fue así como, en las largas noches del sitio de Sebastopol, Beresford pasó a ser el confidente del capitán. Tuvo conocimiento de su vida solitaria en Ashfield Hall, sin una verdadera familia, y de todo lo que lord Inglethorpe le quiso contar. Debieron de ser días horribles, nadie lo niega, y usted tendrá aún en los ojos la imagen de sus compañeros segados por la artillería rusa. Planes cada vez más difíciles de llevar a cabo se sucedían y la moral de las tropas sitiadoras era cada vez más baja. Se podía morir de un momento a otro, y sin ningún motivo. ¿No es verdad, señor Benjamin?

—¡Deja de llamarme Benjamin, chaval! —tronó el hombre del sillón—. ¡Todo el mundo sabe que yo soy lord Edward Inglethorpe!

Sherlock negó con la cabeza entonces, y curvó los labios en una sonrisa amarga. Lo vi retroceder un paso y por un momento pensé que se estaba rindiendo.

Para gran sorpresa de los presentes, Holmes, en cambio, se inclinó sobre una mesita y, con un gesto repentino, agarró una vieja figurita de plata, un búho, y se la tiró al hombre sentado en el sillón.

Y el hombre la agarró, de forma instintiva, con la mano derecha.

—Si lo que dice fuera cierto, señor, ahora habría usado la mano izquierda, como habría hecho cualquier zurdo, incluido el niño retratado a su espalda, que sujeta la lupa precisamente con la mano izquierda y observa los sellos con el ojo del mismo lado. El del cuadro es, de hecho, el verdadero lord Inglethorpe, un hombre con el cual usted tenía en común la estatura y el color de pelo, pero no el hecho de ser zurdo. Diferencia confirmada en su cartilla militar —dijo Holmes.

Yo miré al hombre del sillón mientras él dejaba caer al suelo el búho de plata y me di cuenta de que las palabras de Sherlock

estaban removiendo algo en su espíritu. Algo tan tremendo que lo que afloraba a su rostro bastaba para darme escalofríos. Los ojos se le habían puesto vidriosos y su boca temblaba, igual que sus manos.

—Pero lord Inglethorpe no era un desertor, y usted sí. Hay, sin embargo, algo que aún no tengo claro. ¿Qué hizo que se escapara? ¿Un asalto que salió mal? ¿Una explosión? ¿Qué? —lo presionó en ese momento, con palabras que, me pareció, sonaban como un tiro de gracia.

—La metralla de mortero… —murmuró el hombre. Y, con terrible lentitud, se pasó una mano por la cara desfigurada por las cicatrices.

Sherlock, implacable, asintió. Y esperó.

Siguió un silencio tan hondo y oprimente que tuve por un momento la sensación de ahogarme.

Fue entonces cuando el hombre sentado en el sillón paró de temblar y se dejó ir contra el respaldo. A todos nos resultó evidente que en adelante sería él quien prosiguiera aquel espantoso relato.

Capítulo 21

BAJO LOS BASTIONES DE SEBASTOPOL

—En uno de aquellos asaltos en los que nos mandaban a la boca del lobo, fui alcanzado en la cara por metralla. La herida era superficial, me dijeron, y según ellos debía considerarme afortunado, porque mi vida no corría peligro. ¡Afortunado, tuvieron el valor de decir aquellos canallas! Pero mi cara no existía ya. Me parecía que ya no era nadie… Y así, después de experimentar el horror de la guerra en mis propias carnes, dejé de creer en todos los embustes sobre el honor y el valor con que nos llenaban la cabeza para llevarnos al matadero. Pero la guerra continuó y el 6 de junio de 1855, en lo que más tarde se llamó tercer bombardeo de Sebastopol, nos vimos envueltos en una salida rusa —contó el hombre del sillón con voz totalmente carente de expresividad—. Teníamos que intentar conquistar el bastión Gran Redan, uno de los tres que nuestros generales juzgaban de vital importancia para tomar la ciudad. De vez en cuando, aún me ocurre que sueño con la enormidad de aquel bastión. Nosotros atacaríamos el Gran Redan y los franceses los otros dos, el Pequeño Redan y la torre Malakoff. Fue un desastre. Una derrota. Una masacre en la que perdieron la

vida mil quinientos soldados como yo. Fue entonces cuando abandoné mi destacamento para ponerme a salvo. Deserté, como se ha dicho aquí. Y no me avergüenzo en absoluto. En cualquier caso, después del ataque al Gran Redan, los rusos contraatacaron —siguió diciendo—, pasando el río Chorna. Lord Inglethorpe fue enviado con algunos hombres en apoyo de los generales franceses y piamonteses que se encontraban allí, pero el pequeño contingente no llegó nunca a su destino, porque cayó víctima de una emboscada justo bajo la torre Malakoff…

—¡Malakoff! —murmuré, recordando las palabras de *lady* Westmacott.

—Y ese es el final de la historia —concluyó el hombre, que cerró los ojos.

Todos miramos a Sherlock Holmes.

—El final de esa historia y el principio de otra —añadió nuestro amigo—. Porque precisamente en aquella emboscada murió lord Inglethorpe y Benjamin Beresford, el desertor que se hallaba escondido en algún lugar de las cercanías, asistió a la escena. Como he dicho, y como confirman los documentos, Beresford era más o menos de la misma complexión que lord Inglethorpe y tenía el pelo de un color parecido. En todo eso, el subteniente vio una posibilidad de salvación…

Sentí que el escalofrío de poco antes volvía a erizar mi piel y me helaba.

—También él tenía el rostro desfigurado por una terrible herida —prosiguió Sherlock mientras lord Inglethorpe escondía la cara entre las manos—. Así que se quitó el uniforme y se vistió con el de oficial de lord Inglethorpe. —Sherlock respiró hondo—. Cuando su primo Timothy, el único que podía hacerlo en el hospital de campaña, lo reconoció, Benjamin le reveló su plan y le suplicó que no se lo contara a nadie. «¡Si revelas quién soy, me mandas al pelotón de fusilamiento!», debió de decirle…

Lentamente, siempre con la cara oculta por sus grandes manos nudosas, lord Inglethorpe asintió.

—La decisión estaba tomada: Benjamin Beresford asumiría la identidad de lord Inglethorpe, un hombre del que, por lo demás, sabía mucho, dadas las confidencias que se habían hecho. Sabía que sus padres ya no vivían, que no tenía mujer ni hermanos, y confiaba

en que ninguno de los sirvientes o de sus parientes lejanos se sorprendería al verlo tan cambiado después de una experiencia terrible en la guerra y una herida gravísima en la cabeza. Y eso hizo. Su primo, el fiel, tranquilo y honrado Timothy, fue puesto a dura prueba por la situación, pero, sabiendo que los desertores eran castigados con la muerte, aceptó no decir nada. Dejó que Benjamin Beresford pudiera regresar a la patria como lord Edward Inglethorpe y fuese a vivir a Ashfield Hall, en Hemyock, Devonshire.

—¿Y después? —preguntó Arsène con los ojos como platos—. ¿Qué ocurrió?

Sherlock se encogió de hombros.

—Sucedió que este plan, tan audaz que rozaba la locura…, funcionó. Benjamin, valiéndose de los detalles recogidos en las confidencias del verdadero Inglethorpe, pasó una larga y silenciosa convalecencia hasta ser aceptado sin dificultad por el resto de la familia y por los lugareños. El único «accidente en el camino» lo representó el pobre Millsap, el viejo sirviente convertido en guardián de Ashfield Hall. Solo él fue capaz de percatarse que de Crimea había vuelto un impostor y no su verdadero patrón. Y lo pagó con la vida.

—El viejo era un maldito cabezota —intervino Benjamin Beresford en ese momento, con una voz baja y ronca que parecía salir de las profundidades del infierno—. No lo habría matado si no me hubiera obligado.

—¿Obligado, dice? —lo zahirió Holmes—. Supongo entonces que lo mismo podría decir de su primo Timothy, que a su regreso de Crimea abrió su consultorio médico gracias, entre otras cosas, al dinero de lord Inglethorpe que usted puso a su disposición. Su primo, sin embargo, muy pronto empezó a sentir fuertes remordimientos por lo que habían hecho. Y los remordimientos pasaron a ser una verdadera obsesión después de la muerte de su mujer, ocurrida hace ahora un par de años. Su mente fue subyugada por la idea de que aquel triste acontecimiento no era más que el castigo por sus culpas. Paulatinamente, su mente se volvió cada vez más inestable y Timothy se persuadió de que la única forma de librarse de la persecución del destino era que él y su primo Benjamin lo confesaran todo.

Beresford volvió a abrir los ojos y dejó que su mirada se posara primero sobre los dos policías, luego sobre el funcionario de negro y finalmente sobre Sherlock, mientras una mueca alucinada se dibujaba en sus labios.

—¿Y tú cómo sabes todas estas cosas, chaval? ¿Acaso eres una especie de adivino? ¿O uno de esos que hablan con los espíritus? —preguntó.

—Nada de todo eso, Beresford —contestó con sequedad el inspector Davis—. El chico solo nos ha dado información, gracias a la cual hemos examinado con mayor detenimiento los papeles repartidos por los cajones del escritorio de Neele. Hemos encontrado unas hojas con notas que contaban fragmentos de esta historia. Por prudencia, no obstante, su autor solo había usado siglas y nombres inventados, y eso nos engañó en un primer momento y nos llevó a pensar en ideas para una novela o algo así. Pero al poner los nombres adecuados en los lugares adecuados todo se ha vuelto terriblemente real.

Sherlock esperó a que el inspector hubiera terminado y asintió, para luego retomar la palabra.

—El resto es fácil de reconstruir: cuando Benjamin se dio cuenta de que las obsesiones de su primo Timothy se habían vuelto un riesgo demasiado grande, hizo un viaje a Londres, algo bastante insólito en él, con el pretexto de invitar a *lady* Westmacott a la cacería del zorro de la semana pasada. El verdadero motivo del viaje era otro, en cambio: asesinar a Timothy y hacerlo callar para siempre.

—El pobre Timothy había perdido el juicio —comentó Benjamin, que cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Puede ser —concedió Holmes—. Pero su muerte no le ha beneficiado nada, porque, entretanto, sin que usted lo supiera, Timothy había confesado todo en una carta que le había entregado a un joven compañero de *pub*, Nathaniel Neele, pasante en un importante bufete legal de la ciudad, con el ruego de depositar el documento en el bufete de sus jefes. Lamentablemente, cuando Neele se enteró por el periódico de la muerte del doctor Beresford, como nosotros, tuvo la desafortunada idea de forzar la situación a su favor por medio del chantaje. No depositó la carta en Archibald & Mallowan, pues, sino que se la quedó él. Sin embargo, no era más

que un joven y modestísimo pasante, y todo lo que tenía en sus manos eran las notas de un hombre atormentado, de cuya salud mental no estaba nada seguro. Así que, antes de chantajear a un lord, a un hombre que quizá tuviera amigos poderosos, decidió sondear el terreno en un corto viaje a Hemyock, en Devonshire. Y justo cuando debía de haberse convencido de tener en un puño al falso lord Inglethorpe, terminó en cambio en una trampa, víctima de un hombre mucho más astuto que él.

Benjamin Beresford, con el rostro rígido como el de una estatua, parecía participar para entonces en aquella conversación, como si no lo concerniera a él, sino a algún desconocido.

—Sí. Maté a ese cobarde avariento de Nathaniel Neele —reconoció con absoluta calma—. Fui yo, durante la caza del zorro, y le pedí ayuda a Lemon para hacer desaparecer el cuerpo en el fondo del Pozo de las Brujas. Pero, por lo que parece, ese pobre tonto no con siguió ni hacerlo…

—No. Así que usted se vio «obligado» a librarse también de su criado, primero intentando envenenarlo con cantaridina y después, cuando temió que pudiera derrumbarse y comprometerlo, empujándolo a una irrupción sin esperanza ninguna en casa de Ralston, un hombre cuya pasión por las armas usted conocía bien —explicó Sherlock.

En ese punto, un movimiento de irritación del inspector Davis nos hizo comprender que ya estaba harto de aquel hombre y del pavoroso halo de muerte que parecía rodearlo. Hizo una seña a su ayudante, que sacó del bolsillo unas gruesas esposas parduzcas con las que aprisionó las manos de Benjamin Beresford.

El hombre esposado, con una pistola apuntándole, se levantó despacio del sillón y, antes de que el agente Murdoch se lo llevara de allí, se volvió hacia mí y me miró a los ojos. Lo que acababa de oír me había conmocionado tanto que no podía hacer más que mirarlo con ojos desorbitados y con los puños tan apretados que tenía los nudillos blancos.

—No me mires de ese modo —me dijo él, entre rabioso y suplicante—. En el fondo es exactamente como decía hace poco, ¿no crees? Tuve una segunda oportunidad… y me agarré a ella con todas mis fuerzas. Antes de juzgarme, chiquilla, espera a conocer un poco mejor este asco de vida.

Y, dichas aquellas palabras, los policías lo sacaron a empujones por la puerta del salón.

Capítulo 22

DEL OTRO LADO DEL ABISMO

Hay historias negras, que rezuman maldad y horror hasta tal punto que empujan a cualquiera que conserve una pizca de sentimiento humano en el corazón a reaccionar de la única manera posible: apartando los ojos para buscar en otra parte un rayo de luz. Fue exactamente así como me sentí después de las trastornadoras revelaciones de aquel hombre que me había acostumbrado a llamar lord Inglethorpe y que, en cambio, había resultado ser Benjamin Beresford.

Nada más abandonar Ashfield Hall me puse a pensar, con una especie de curioso frenesí, en mi futuro inmediato: en el regreso a Londres, en las cenas con mi padre, en las clases de canto de la señorita Langtry, en los encuentros con Sherlock y Arsène en la Shackleton Coffee House, en la próxima novela que me aconsejaría el señor Nelson… Como si el pensar en la vida normal de todos los días pudiera cerrar el oscuro abismo que había vislumbrado al mirar a los ojos a Benjamin Beresford.

Mis dos amigos me acompañaron a casa de Ralston, donde mi padre me esperaba con impaciencia y cierta preocupación. La noticia del arresto de aquel hombre había corrido como la pólvora y había revolucionado a todo el pueblo de Hemyock. Las historias a cuenta de lord Inglethorpe, alias Benjamin Beresford, se habían multiplicado, de las más cercanas a la verdad a las más disparatadas y fantasiosas.

Si ya antes Leopold estaba ansioso por regresar a Londres, en aquellos momentos, después de los últimos y desconcertantes hechos, parecía verdaderamente que se le hubieran prendido fuego las suelas de los zapatos. Pero comprendió, por la expresión de mi cara, que yo necesitaba recobrar un poco de tranquilidad. Refrenó otra vez su prisa y se puso de acuerdo con nuestro anfitrión para que Sherlock y Lupin pudieran comer algo antes de nuestra partida.

Al señor Ralston, por su parte, no le cabía en la cabeza el hecho de que lord Inglethorpe, que representaba el centro de aquel pequeño y plácido mundo rural suyo, hubiera resultado ser un impostor asesino. El pobrecillo no hacía más que mover de lado a lado la cabeza sin cesar y, cuando por fin parecía a punto de decir algo, volvía a bajar la mirada con un suspiro. Para él, en cierto modo, era literalmente el fin del mundo.

Hicimos, pues, una comida rápida en casa de Ralston, en una atmósfera silenciosa e irreal. Nos despedimos de nuestro anfitrión con toda la prisa que la buena educación permite y fuimos en carruaje a la estación ferroviaria.

Mi padre y el señor Nelson se sentaron en la sala de espera. Faltaban aún unos minutos para la llegada de nuestro tren y eso me dio oportunidad de cruzar unas palabras con mis dos amigos.

En cuanto nos encontramos solos, Arsène sacó algo del bolsillo y me lo tiró.

Lo agarré instintivamente: era el pequeño búho de plata que Holmes le había lanzado a Beresford para poner al descubierto su mentira.

—Ha sido una agradable estancia, *mademoiselle* Adler —bromeó él—. ¡No podíamos irnos de este lugar sin un recuerdo!

—Creo que, incluso sin él, no olvidaremos fácilmente estos días —repliqué, metiéndome la figurita en el bolsillo.

—Cierto… —concordó Sherlock. Luego, suspirando a medias,

reflexionó—: ¡Días en que el aburrimiento parecía erradicado de este mundo y cada hora que pasaba traía consigo un excitante descubrimiento!

Estaba claro que la perspectiva de volver a la ciudad, sin nada en lo que poner a trabajar la mente, no lo atraía en absoluto.

—A propósito de descubrimientos… —dijo Lupin entonces—. Hay algo que no entiendo en todo este asunto: ¿qué papel tuvo exactamente ese desventurado del señor Lemon?

Sherlock, con las manos cruzadas a la espalda, asintió.

—Por desgracia para él, un papel aciago —dijo—. Sus deudas de juego, de hecho, eran auténticas y, debido a ellas, Benjamin Beresford lo tenía en su poder. De ese modo el falso lord lo obligó a convertirse en cómplice suyo, a disfrazarse de campesino y a tirar el cuerpo de Neele al Pozo de las Brujas. Pero Lemon no era un criminal y primero el tropiezo fortuito con Irene y después el hallazgo del cuerpo de Neele lo sumieron en el pánico. Cuando Beresford comprendió que no conseguiría calmarlo con unas cuantas palabras, decidió desembarazarse de él también, del último elemento fuera de lugar en el cuadro de su gran y perfecta mentira. Así que volvió a Londres por segunda vez para ir a un lugar que sabía sin vigilancia y provisto de venenos, es decir, el consultorio de su primo Timothy. Allí se apoderó de un frasco de cantaridina, con la que envenenó a su sirviente. Pero, como la sustancia no tuvo el efecto esperado, Benjamin, como cruel manipulador que era, convenció a Lemon de que su única salvación consistía en librarse de la única persona que lo había visto la mañana del crimen, o sea… ¡Irene Adler, alojada en casa de Ralston! —dijo para acabar Sherlock, que me señaló.

Yo me estremecí.

—¿Quieres… quieres decir que…? —murmuré trastornada.

—Estoy convencido de que no corriste verdadero peligro —se apresuró a decir Holmes, sonriéndome—. Beresford sabía perfectamente que aquella noche Ralston y sus mozos montarían guardia con los fusiles al hombro. Y así, de forma despiadada, empujó al señor Lemon a una trampa mortal.

Depositaba una confianza absoluta en las palabras de Sherlock Holmes, pero por un momento me pregunté si, con aquel indómito espíritu aventurero nuestro, mis amigos y yo no estuviesemos

sobrepasando realmente el límite y poniendo en riesgo nuestra propia vida.

Pero justo en aquel momento llegó el tren y su silbido barrió de mi mente toda duda y toda pregunta importuna.